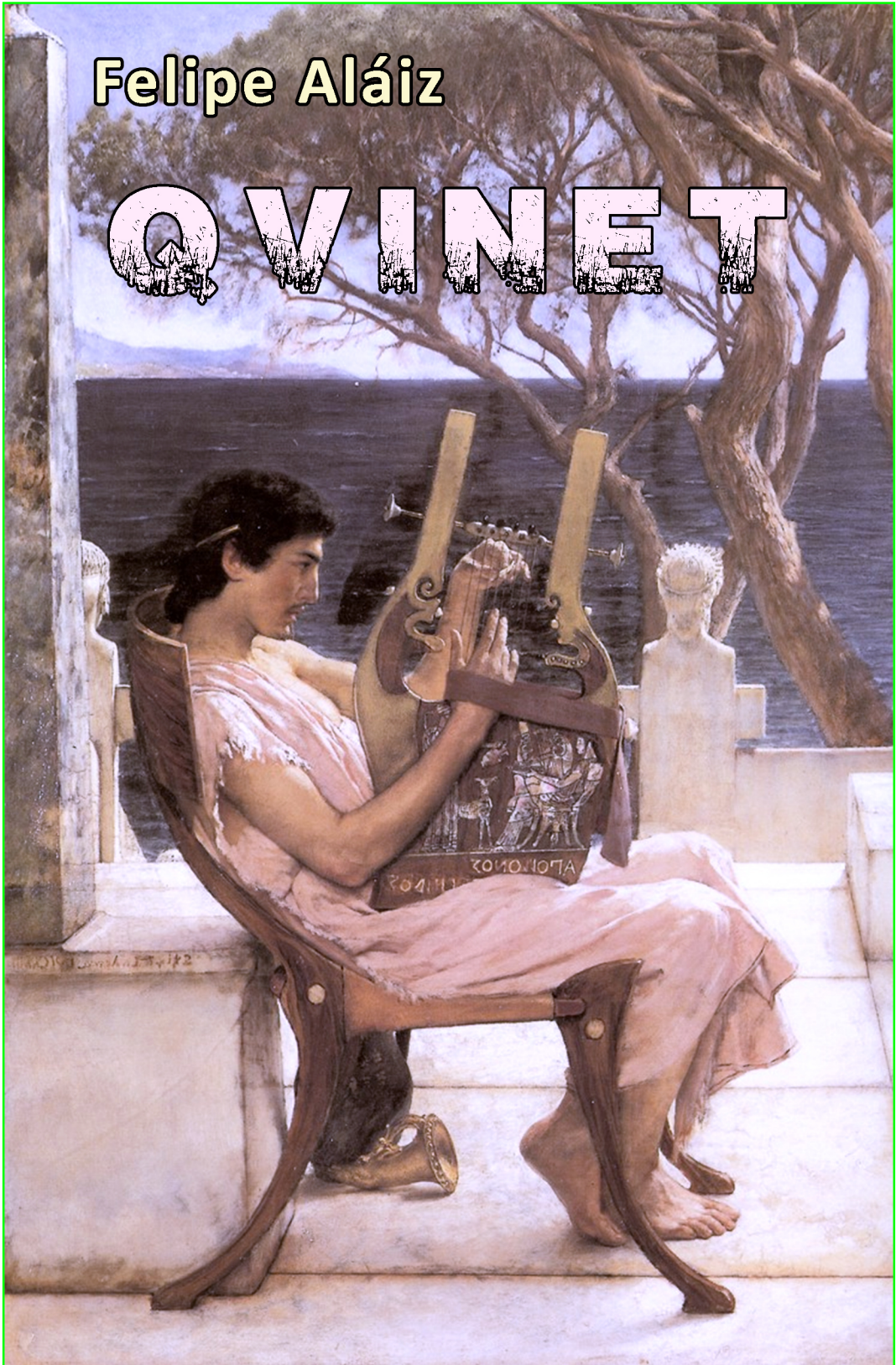


Felipe Aláiz

QVINET



Escrita en la cárcel, esta es la única novela de Felipe Aláiz, autor libertario que se dedicó fundamentalmente al periodismo.

Quinet es un joven de temperamento reflexivo y rebelde que va explicándose sus propios sufrimientos mientras aprende a mirar y nace a la vida responsable.

La obra se escribió, indudablemente, para decir algo. Téngase en cuenta que Dewey afirmó la enorme diferencia que hay entre tener que decir algo y tener algo que decir. Siempre hay algo que decir, pero no siempre hay que decir algo.

QVINET



FELIPE ALAIZ

Portada original de S.M.U.M

FELIPE ALÁIZ

QVINET

SOLIDARIDAD OBRERA

A. I. T.

2ª edición, 1961

Ilustraciones de RAMÓN SEGARRA

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera:

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PRÓLOGO

Las ediciones de «Solidaridad Obrera» me solicitan un prólogo para las «Obras de Felipe Aláiz». No sé si podré superar lo que escribí en ocasión de su muerte, ocurrida en la primavera de 1959. Decía entonces que con Aláiz había perdido el anarquismo ibérico uno de sus hombres más extraordinarios y, sin adarme de duda, uno de sus mejores escritores. Aláiz no era solamente el mejor de nuestros escritores sino uno entre los mejores escritores españoles de su tiempo. Un hombre y escritor extraordinarios.

Lo extraordinario de este hombre se descompone en múltiples facetas. Extraordinario en todo: en sus virtudes y en sus debilidades. No se puede decir escuetamente que Aláiz fuese esto o lo de más allá. Sus múltiples variantes obligan a aceptarlo en bloque. Hasta en lo discutible era original, extraordinario, fuera de lo corriente. Implícita o explícitamente, admiradores y adversarios no dejarán de rendirle homenaje. La misma debilidad no se daba nunca en crudo en Aláiz sino sazónada, atemperada o intemperante, impregnada de graciosa genialidad. Todo era en él fuera de lo común. Hasta el gran conversador que era, amenísimo, irónico, cáustico. En sus ocurrencias y maledicencias. Se burlaba de los oradores a quienes prefería los aradores; de los mítines «monstruos» («dos veces monstruos»); de los comités («ni comités ni bebités»); de los grupos («ni grupos ni grupas»), de lo farragoso de las reuniones («cuyo único acuerdo es volverse a reunir») y de los Plenos («moriremos en Francia celebrando Plenos vacíos o llenos de viento»). La misma Organización no se libraba de sus haces de flechas, crecido que se

hacía en medio de sus irreverencias. Y sin embargo la tenía en el alma y escondía por ella sus lágrimas, como esconde el hombre las suyas para que no desmerezca su virilidad. «Yo he parido a la C.N.T.» solía exclamar con el mismo gracejo que proclamaba en un artículo de «Acracia», en 1936: «Yo tengo el trabuco de Cucaracha». Aludía aquí a un viejo trabuco regalo de los colectivistas de Ballobar, que tenía colgado del respaldo de su silla de redactor. Sobre la mesa de trabajo, a guisa de pisapapeles, también regalo de colectivistas, había un cuchillo cabritero sobre cuya acerada hoja se leía, en un castellano antañón: «Serbirte es mi deber». Así: «serbirte».

Su monomanía contra los mítines se refleja en esta anécdota: Invité un día a Aláiz a un mitin que dábamos yo y Conejero en un pueblo de Lérida. Accedió a regañadientes. De regreso a la capital, el coche en que íbamos fue obligado a detenerse en un control a cargo de escopeteros del POUM. Surgió entre los escopeteros y yo una agria discusión que pudo degenerar en tragedia a causa de mi tozudez y el matonismo de los controladores, que no paraban de encañonarnos con el arma. El controlador mayor, un bigardo medio curda, resumió la trifulca disparándome un puñetazo, que yo esquivé y fue a aterrizar en el rostro de Aláiz. Este repentizó como una exhalación: «Lo tengo merecido, por haber asistido a un mitin».

Por sus méritos de intelectual, a saber: erudición, agudeza, observación, asimilación y síntesis fáciles, memoria prodigiosa, intuición natural, documentación y estilo incomparable, Aláiz hubiese pedido brillar en el firmamento intelectual español entre los astros de primera magnitud. Pero Aláiz renunció a brillar entre los grandes para vivir sin brillo confundido entre los humildes. Ha muerto entre ellos. He aquí uno de sus grandes méritos y una de nuestras deudas no menos grandes.

Poco sabemos de sus primeros pasos por la vida. Escuetamente lo que él mismo nos contara, fugaz y muy vagamente insinuado en sus magistrales trabajos sobre la vida local española. Nacido en Albalate del Cinca o en Belver, solía proclamarse ciudadano de mar a mar. Había nacido en Aragón, de padre vasco, y fue catalán de adopción. Le llamaban en el pueblo «el hijo del capitán». Su padre era un oficial retirado del ejército. Su madre, una culta matrona que al decir de Aláiz le recitaba tiradas de prosa cervantina como quien dice ya en la cuna.

Años tiernos y montaraces por la vega y secanos del Cinca. Redentor de tierras baldías en los montes de Ballobar, mano a mano con su padre. (Véase su «Expropiación invisible» y otros muchos trabajos sobre temática del campo.) Primeros estudios serios en los institutos de Lérida y Huesca. Aquí se Hermanó con el malogrado Ramón Acín. Estudios superiores en la capital de Aragón. Aquí se inicia en las letras. Director dos años de «La Revista de Aragón». José Ortega y Gasset andaba entonces en busca de valores nuevos, preferentemente provincianos. Lo descubrió y le abriría las puertas de «El Sol», de Madrid. Gratitud eterna de Aláiz a Ortega. ¡Que nadie le tocara a Ortega! Sólo él, Aláiz, podía zarandear a placer al Júpiter de la «Revista de Occidente».

Bohemia literaria en Madrid. Amistad con Pío Baroja a quien acompaña en una gira de éste de propaganda electoral por Aragón. Según Aláiz para hacerle fracasar; como también «fracasó» al decir suyo a Eugenio D'Ors aspirante a diputado por Tarragona con los votos de la CNT. Y entramos en la época de Tarragona. ¿Primeros contactos con el mundo libertario? Juan Ferrer sostiene que Aláiz ya le había sido presentado en 1918, por Viadiu, en Barcelona. Lo que daría una etapa alaiziana barcelonesa anterior a la de Tarragona

(1920), donde fue a reforzar a Plaja en el periódico que éste editaba. Fontaura, por su parte alude a otra etapa de Aláiz en Zaragoza, con Torres Tribó, al frente del periódico quincenal «Voluntad», posiblemente anterior a todas estas etapas.

Época siguiente: Barcelona. Codirector con Dionysios de «La Revista Nueva». Y el primero y casi el único libro impreso de Aláiz: «Quinet», que hoy se reedita, parido en la cárcel.

Época del pistolero. «Solidaridad Obrera» tiene que emigrar a Valencia, con Viadiu, Vidiella, Aláiz, (¿Carbó?). Época andaluza. «Solidaridad Obrera» en Sevilla, dirigida por Aláiz. Y el gran invierno de la Dictadura. Traducciones para casas editoriales: algunos libros de Upton Sinclair. Traducciones de folletos para «El Día Gráfico» (material sentimental), de cuyo diario barcelonés es redactor. Ya de cara a la república, colaboraciones en «La Revista Blanca»: Traducciones simultaneadas en la misma publicación. Las más importantes de artículos de Max Nettlau. Este se queja de supuestas infidelidades en aras de una perfecta castellanización de su prosa. Aláiz se defiende: Nettlau piensa y escribe en alemán, aunque lo haga en francés. Hay que esponjar y orear aquella prosa excesivamente amazotada.

Aláiz estuvo varias veces preso, siempre por delitos de opinión. La curia leguleya no podía soportar con calma los dibujos mortificantes de aquel bisturí que era la pluma alaiziana desencadenada. Contra la juricidad de los comités pro-presos sostenía él que el deber del delincuente social no era pedir indultos y mendigar amnistías. Si perseguido, no debía dejarse aprehender, si preso, debía hacer lo posible para fugarse de la cárcel. En razón de este criterio anduvo no pocas veces jugando al escondite con sus perseguidores. Por los «civiles» sentía una aprensión gitana que delata en Aláiz el español

de tierra adentro, el provinciano. Uno de sus escondrijos favoritos solía ser un convento de monjas en cuya comunidad figuraba una hermana suya. En la ocasión decía ésta de su hermano que era «el diablo en el convento».

La siguiente anécdota muestra la manera simple, pero tajante, de razonar de Aláiz. Andaba nuestro hombre perseguido a causa de artículos suyos denunciados por la autoridad judicial. No se había tomado la molestia de acudir a la citación de los juzgados competentes. Dada orden de busca y captura fue sorprendido en otro de sus escondrijos favoritos: Albalate de Cinca. Cayó entre dos «civiles» al saltar por la ventana trasera de la casa. Estos le condujeron amarrado a Barcelona. Durante el trayecto de tren intentaron congraciarse con el detenido. Aláiz esquivaba la conversación. Los tricornios iban una y otra vez a la carga. Perdida la paciencia el preso despachó el negocio mediante este breve diálogo:

—Déjenme en paz de una vez. No puede haber conversación entre dos guardias armados y un preso amarrado.

—Crea que lamentamos su situación.

—Pues si lamentan no tienen más que alejarse y dejarme solo. Cada uno se iría por su lado.

—Si de nosotros dependiera... Pero ya ve, somos mandados.

—Acabemos. Ustedes son mandados ahora. Pero antes, ¿quién les mandó hacerse guardias?

Director de «Tierra y Libertad» en 1930. Batalla contra el reformismo confederal de Pestaña. Sustituye a los «treintistas» en «Solidaridad Obrera», del cual es director en 1932-33. Una escandalosa campaña contra el crimen de Arnedo (varios

campesinos asesinados por la guardia civil) le vale una sentencia militar de cuatro años de cárcel, de la que cumple buena parte. Dimite la dirección desde la cárcel por discrepancias con el Comité Regional. Vuelve a «Soli» como redactor en 1934, y a sus instancias ingreso yo también en el periódico. (De esta época resalta una excelente serie de folletos que titula «Lo que dice y lo que calla la prensa».) De este mi ingreso en el periodismo escribiría Aláiz más tarde: «Siendo redactor de «Soli» de Barcelona con Paco Ascaso y yo —que le había llevado allí para que hiciera sus primeras armas — estuvo a punto de ser alcanzado por un balazo de los guardias de la Generalidad el 6 de octubre de 1934. Los guardias invadieron la redacción de «Soli» y empezaron a disparar sin ton ni son pero con bala en sus mosquetones. Allí estaba Peirats y una de las balas taladró un tomo de la Enciclopedia Espasa.»

En los primeros días del movimiento de julio del 36 la FAI se propone hacer un diario de «Tierra y Libertad» y llama a Aláiz como director. Este se apresura a mandarme recado por Alfredo Martínez, secretario regional de la FIJL. Por aquellos días agonizaba Monterde; Martínez Caería en la sima del SIM moscovita en mayo del 37 sin dejar rastro. Nos instalamos en los talleres de «La Vanguardia» Alfredo, Felipe y yo, pero «T. y L.» diario no tendrá éxito, reanudándose su publicación semanal. De aquellos días recuerdo una anécdota. Los tipógrafos nos dieron a corregir una prueba ilustrada con un retrato de Franco. Por inadvertencia habían puesto el retrato al revés. El encargado de la compaginación presentó sus excusas a Aláiz diciéndole que tendrían en cuenta la rectificación en el momento de ajustar las páginas para el tiraje. Aláiz le interrumpió de pronto: «¡Dejad la foto como está!, en todo caso vamos a cambiar el pie del grabado». Y sin más preámbulos escribió de su puño y letra está línea: «Ponemos a Franco invertido porque lo es».

Época leridana. La organización de Lérida decide convertir «Acracia» en diario y soy llamado de refuerzo. Las cosas van mal en Barcelona y se nos agregan a la redacción Aláiz y «Viroga» (Vicente Rodríguez). Completan la plantilla Magro y Lamolla, éste como dibujante (ha expuesto ya como pintor en Madrid). Aláiz y Lamolla sueñan allí una firme amistad. Siempre para que se haga la amistad tiene que mediar una riña. Aláiz se ha tomado la libertad de castrarle a Lamolla el desnudo masculino de uno de sus dibujos. Lamolla, nunca tan enfurecido, reivindica su libertad de artista y reprocha a Felipe su inconcebible pudibundez. Gritan y gesticulan uno frente al otro como dos gallitos peleones. Total, en adelante más amigos que nunca. De esta etapa es una biografía alaiziana sobre Francisco Ascaso. Vuelta a Barcelona. Hasta el final de la guerra dirigirá la revista «Hoy», de la Madera Socializada. La época del exilio es harto conocida.

La obra de pluma de Aláiz es inmensa, pero sumamente dispersa y desarticulada: artículos y más artículos, ensayos, opúsculos, folletos crítico-biográficos. Lo mejor quizás es su serie «Hacia una federación de autonomías ibéricas». Pocos libros. Su vena fue el periodismo. Y en el periodismo su especialidad la crítica.

En 1949 escribía yo a Aláiz: «Siendo tú el escritor más fecundo, el más genial y el mejor preparado, ¿privarás a la posteridad de un verdadero volumen de cara al gran público?» La respuesta, inmediata, fue más bien un balance, el más extenso que conozco, de todos sus trabajos dispersos: «Total producido —decíame—: 27 tomos y más de 40 si se coleccionara el trabajo periodístico. Total general 67 tomos».

Lo más convincente de esta autodefensa es el perfecto autorretrato de Aláiz como escritor. Copio de una de aquellas cartas:

«Creo que te equivocas (error de óptica, no de intención) juzgando mi obra de plumífero. En primer lugar no soy más que una sola cosa por vocación y oficio: periodista. Esta es mi actividad esencial. Papelotes en mano puedo probar que mi obra de 25 años largos de periodismo sobrepasa en volumen o cantidad a la de dos periodiqueros trabajando normalmente con rendimiento corriente. Esto es comprobable: ayer lo fue, lo es hoy y lo será mañana. No hay que olvidar, pues, lo principal. El periodismo es una cosa suficiente para llenar una vida activa y para colmarla: más de satisfacciones íntimas que de comprensión ajena, aunque ésta última no puedo mirarla (la incomprensión) en sentido excesivamente pesimista. Sin falsa modestia puedo decir que he logrado aclimatar en un medio distraído, pero no del todo hermético, cierto género nunca visto en la prensa de avanzada social... Y en cuanto a crítica (gran apartado de actividad) creo que no hay (insisto en no ser falsamente modesto) quien me quiebre la pluma. Y todo porque he creído que la anarquía no es un régimen, sino que es una conducta en cualquier régimen.»

No conozco otro juicio más sincero de Aláiz sobre sí mismo, fue sobre todas las cosas un periodista, un gran periodista. Y le asiste razón por demás cuando se proclama fundador en nuestros medios de un periodismo social sin precedentes. ¿En qué consiste este género? Aláiz nos invita a dejar de lado la monotonía temática, la demagogia matarife o recargada de martirologio afectado (estilo vocativo), el conceptismo doctrinario archirrecargado y la estrechez clasista. En los trabajos de Aláiz las ideas toman forma de cosas concretas. A las invectivas jupiterescas y a las ampulosidades opone hechos oreados. A la cripta sindical y al anarquismo monacal ofrece el campo raso bajo un cielo metafísico: reclusiano. Escribir claro, sencillo, sin vocablos rebuscados pero con palabras precisas sobre cosas y hechos, preferible si observados. Era la receta a los

plumíferos noveles y a los prematuramente marchitos por su apego al conceptismo nebuloso.

A este respecto escribía en cierta ocasión: «En P. se da un caso de viraje muy curioso. Sus cartas rebosan equilibrio humorístico. Sus artículos tienen todas las dimensiones menos las del humor. ¿Cuál de los dos P. es el nuestro? Probable el de las cartas de estilo sabroso que salta de un tema a otro con desenvoltura. Las cartas podrían reducirse a gráficos por un dibujante con inteligencia. Los artículos son cartesianos, conceptuosos, obedientes a una preceptiva razonada, con grandes incisos y párrafos largos, empedrados de términos transatlánticos, rebosantes de doctrina permanente y de seguridad. Son artículos de tesis...» (Artículos de tesis, decía humorísticamente.)

Y tenía razón. Todo el conceptismo del mundo no da tema para más de tres artículos, tras los cuales el plumífero en agraz queda como un balón pinchado. Hay que leer inmensamente más de lo que se escribe. Receta: lecturas siempre variadas. Hay que ampliar la biblioteca convencional (B. C.) que hay en casa de todo compañero. En nuestros medios todo compañero tiene su biblioteca. ¡Pero cómo se parecen todas estas bibliotecas! Haced la constatación y veréis en ellas casi los mismos títulos, en su mayoría caseros. Eso da una mentalidad casera, adocenada. Hay que renovar o ampliar ese deficiente bagaje. Conocíamos de jóvenes mejor la literatura francesa y hasta la rusa que la universal y hasta la española de calidad. «El hombre y la tierra» y a veces el «Quijote» figuran como artículos de adorno en nuestros estantes, en los que tampoco faltan los veintitantos volúmenes de la «Novísima geografía universal», de Reclus también, dos toneladas de papel de lujo.

Aláiz, el Aláiz de los tiempos fastos era un obrero de choque leyendo, observando, escribiendo. Escribiendo con un estilo incomparable, hecho de términos precisos, frase corta y giros sin complicaciones, directo, sobrio, cuidado sin acicalamientos, de buen tono salvo en los arrebatos polémicos. Llamaba a los versos «prosa martirizada».

Era un observador impenitente. Su Quinet era un «aprendiz de mirar». Y un gran cazador de detalles, de ésos que escapan a todo el mundo o desdeña con altanería todo el mundo. Entre sus tantas maestrías era incomparable en la sentencia, en el epíteto certero; y a las malas hasta en el epitafio. Le atraía lo popular irresistiblemente. Por su tipo, por su manera de ser él mismo era un llanote, un campechano. Los círculos distinguidos, las etiquetas, los cielos y los oropeles de la pedantería le daban «mal de vientre». Por el contrario conocía hasta los nombres de pila de todos los compañeros, con sus oficios, las «fermes» o «chantiers» donde trabajaban. Conocía a todo el mundo y todo el mundo le conocía. «Reclusianos» y «arrancapinos» eran su delectación. («¡Arrancapinos de Francia, honra del exilio!»).

Su escuela la descubrimos en los solos títulos de sus trabajos. Reparemos en la extensa serie «Hacia una federación de autonomías ibéricas». Del balance epistolar a que aludo más arriba entresaco; «Historia de la literatura desde el Cid hasta hoy», «Grandeza y miseria del siglo XIX», «Estudios de toponimia comarcal», «Monografía del trigo», «Diccionario de modismos entre Aragón y Cataluña», «Geodesia de Cataluña», «Lord Byron y su influencia en el romanticismo español», «Colores de la indumentaria rusa», «Informe sobre la aduanas y la producción textil», todos ellos, creo, ensayos semi-inéditos o inacabados. Este breve índice temático nos

recuerda la producción erudita de Joaquín Costa —su gran dios— que también dejó a la posteridad sendos legajos de obra inconcusa... además de la fabulosa obra impresa.

Con todo, la gran obra de Aláiz, cuya puesta a punto deploramos, queda remitida a la ciencia y paciencia de futuros compiladores y antologistas. Este primer volumen de las «Obras de Felipe Aláiz» es la primera piedra de un intento serio de agrupar en una sucesión de volúmenes lo mejor de su pluma: sus pequeños libros, sus grandes ensayos, sus artículos seriales, los mejores de sus folletos, la crema de sus trabajos sueltos menos conocidos. EL éxito de la empresa dependerá de la colaboración múltiple y perseverante de todos los amigos de Felipe Aláiz. Es ésta la gran deuda de honor con este hombre extraordinario, con este infatigable trabajador que murió con la pluma en la mano.

JOSÉ PEIRATS

JUSTIFICACIÓN DE «QUINET»

La publicación de «Quinet» ha producido algunas sugerencias dignas de aclaración y comentario. Imprecisión de elementos expresivos al juzgar la obra, críticas con prisa, confusión, cordialidad... Motivos son éstos que circundan el libro y obligan a situar su autenticidad en términos sencillos.

Buen deseo sería abstenerme de llenar una tarea que poco tiene de grata. La llenaré en el grado que permitan mis disponibilidades autocríticas y advertiré por anticipado que si pudiera haber normas para el autor, girarían todas en torno a estas dos: escribir sin prevención y sin indiferencia. ¿Por qué no se lee Así un libro escrito así?

ESTILO Y OTRAS COSAS

El estilo —decía Flaubert— es la llama, y el fondo el fuego. Imposible separarlos ni sacar llama de una carencia de fuego; imposible también escribir reglamentos para las llamas.

En todos los tiempos se han dictado normas sobre el estilo y para el estilo. Sin embargo, no ha podido conseguir ningún preceptista que el hombre reseco escribiera de manera jugosa, ni que un linfático se exprese, por lo regular, nerviosamente, porque el estilo

es el hombre; pero no el hombre indeterminado, sino el incapaz de estilo.

Hay, pues, estilo en la falta de estilo, en la ausencia de uniformidad, en la manera personal, en el estudio directo, en el sentido propio que Unamuno opone al común denominador pasivo llamado abyectamente sentido común almacenado en cavernas académicas. La vida tiene espacios de luz y de sombra, y no se puede hacer en igual tono la descripción de una película rápida que la de una perspectiva ciudadana de ambiente aquietado. Es imposible expresar un tumulto pasional de la misma manera que la serenidad.

Los autores que intentan fabricar vestimentas literarias planchadas y estucadas sin altibajos ni depresiones, se parecen a un burócrata de la Hacienda, para quien una casa da lo mismo que un paisaje o un motor, y sólo importa el liquido imponible y la renta, cosas que se reducen a números, a cuantía automática. Es preciso, no que los hombres hablen como libros abiertos, sino que los libros hablen como los hombres.

En una obra literaria —entendiendo por tal lo contrario de entretenimiento inferior— los pasajes no se deducen del estilo, sino al revés, el estilo de las situaciones, de los panoramas, de la realidad vista y estilizada sin ismos de naturalismos y realismos, porque el natural es siempre mejor que el naturalismo, aunque más difícil de interpretar y resolver.

Acordes cerebrales, acciones vitales, antítesis, inmediaciones y lejanías, contrastes, emoción, humor... Que el lector se sienta removido al leer, solicitado por sonatas o latigazos. Toda obra descubre, tanto como al autor al lector, obligando a veces a éste a demostrar su capacidad de indolencia. Ante lo que un libro sugiere,

ordena o concierta, despierta, desconcierta o destruye, ¿cómo permanecer indiferente?

EJEMPLOS DIRECTOS

Hay en «Quinet» cuatro partes diferenciadas. La primera transcurre en una ciudad española; allí se ejercita el aprendiz de mirar. Ve lo que pasa en su inmediación y lo describe; algunas veces se atreve a juzgarlo. Desfilan ante él taurómacos, lechuguinos, gentes de festival, matronas, indiferentes, recargados de títulos y subversivos. Unos y otros entrecruzan la Ciudad Mudéjar de cosas nuevas y viejas, de diálogos auténticos.

El estilo ha de seguir forzosamente cierto método sin método de falsilla, procedimiento ordenado y parecido al del historiador nuevo que ve la historia en el fluir perenne de las actividades privadas, en las cosas ajenas a los decretos, en el río, en el clima, en el pensamiento de los preocupados, en la tensión que produce utilidad y belleza. ¿Realismo? No: realidad y esfuerzo de síntesis. En el fondo, una violenta insurrección contra la literatura y el ambiente y tanto desprecio para denostar a los mandones como a los obedientes. Por encima de todo resalta en «Quinet» la oposición de lo vital y privado a lo público que es la muerte de los mejores y el intrusismo de los peores.

La segunda parte es de estilo absolutamente distinto, fragmentario y suelto. Así como en Ciudad Mudéjar los puntos de mira son pocos, en Villa de Segundones se multiplican rápidamente y subrayan de manera insistente la variedad de temas. El aprendiz de mirar estaba en la Ciudad Mudejar y pasa por Villa de Segundones.

Dejemos ahora de lado la cuestión de si el paso es apresurado o si en las distintas jornadas hay calidades recordadas, antípodas del indiferentismo. El hecho es que si se trata de justificar el estilo, se advierte que es de observador que camina y toma notas características de lo que ve y oye; también de lo que hace y dice.

Tampoco puede afirmarse que haya realismo de escuela en esta segunda parte. Desde que una escena hiere la retina del autor hasta que halla su adecuada situación, hay necesidad de hacer comprobaciones —muchas veces en el recuerdo y en el informe— para desplazar toda especie de tarea fotográfica y de relleno y dar plaza a la trabazón de aspectos distintos, al esfuerzo comprobable, al desglose de condimentos, penachos, toques y retoques, reclamos, discursos de tesis, chuscadas y moralejas. No hay que pensar en escuelas, capillas ni recetas.

En esta segunda parte se reproducen escenas campesinas y populares. El criterio del autor es distinto y aun antípoda del que ha venido a deformar más que a explicar la realidad campesina que los novelistas ven por regla general, con excepción de los rusos y pocos más, como si fueran espectadores de fiestas regionales, de patria chica, de certamen y juegos florales, esas cuchipandas charangueras en las que un hombre del estado llano ha de ser forzosamente codorniz sencilla, idiota, doctor en ciencias infusas o dechado de virtudes rurales, ejemplares y apartadas.

La tercera parte, Corros, no es más que la gradación de variedad de estilos requerida por la índole de los temas de reunión —estudiantes, monjas, contertulios de cafetín, niñas, chicas de vals—. El corro de estudiantes sin pasión está descrito en estilo indiferente, aunque no escrito con indiferencia, sino con cierto serpentineo.

El corro de niñas, con la emoción entrecortada y compensadora que inspira. El de monjas, con deje de ironía rápida que responde al hecho que se relata. La tertulia del cafetín: penuria, reservas mentales, intriga y doblez.

El corro de las chicas del vals comprende un comentario sobre la sensibilidad de ellas y su concepto de amor-categoría, la dispersión de los personajes y sus absurdas manías de clase media. Ha de referirse también a la indecisión de Quinet a sus tentativas coartadas por el ingeniero lejano y cinematográfico, el boticario novio y el heredero ejecutivo. Ha de ser un estilo declarativo y explicativo que vaya podando y recortando la fronda falsamente sentimental de cada personaje, para quemarla después como zarzal seco.

QUINET, ANDARIEGO

La última parte. Virgen Ceñuda, tiene también estilo vario que el autor se atreve a calificar de apropiado a cada situación de Quinet, andariego, ilusionista, prisionero de prejuicios, contradictorio, humorista, apasionado y amigo forzoso de monólogos. Como no es de una pieza, no aparece fundido en plomo, galvanizado ni rígido.

El estilo descriptivo de la feria es rápido como uno de los infinitos que pueden adaptarse al movimiento de torbellino que hay en la feria. El de la conferencia sobre los viajes, poco construido en apariencia, suscitador y burlón. El de las cartas de Quinet, de confesión e intimidad. El discurso de Lecina, premeditado y avieso, con toques de redentorismo y ampulosidad de aislador. La escena de imaginación que se refiere a los sueños de Julieta, de estilo redondo y complacido, un poco sensual, pero contenido en la limpieza de motivos.

La juerga de verbena tiene cierta sucesión apresurada y disgustada, respondiendo al mundo interior de Quinet insatisfecho y autosugestionado, alegre por fuerza o triste ante la desilusión, forzosa también. Es, en parte, estilo de zig-zag que proyecta zonas luminosas y sombrías de un carácter en agraz.

A ningún módulo ni regla pueden someterse tales diversidades ni forzarse éstas hasta producir héroes con la complacencia que un bosque produce setas. Tampoco es posible vestir de personaje ruso a un occidental ibero sin patria y chapelaundi, ni hacerle dialogar con empaque ibseniano, que sería ajeno a Ibsen y a él.

Concienzudamente, expresamente y de intento, ha de referirse directa y concretamente el estilo a la situación observada, no a rellenos de reglamento rojo ni verde. Escribir no es fabricar embutidos.

LOS TERRIBLES SALCHICHEROS

Hay en el mundo una variedad bastante crecida de personas que distribuyen sus ocios en la práctica de dos oficios: el primero consiste en hacer literatura al dictado con relleno previsto; el segundo en abominar de la literatura y gritar: ¡Hechos, hechos! Lo que equivale a gritar en la plaza: ¡Caballos, caballos! Olvidan que eso de gritar no es ningún hecho y que el pobre caballo blanco es el que paga con la vida el grito literario.

Los terribles partidarios de hechos, de panzas al aire y bandullos colgantes, son los mismos que declaran sus equivocaciones a los cuatro vientos, los que confiesan embrollos y disparates apenas se ven obligados a contrastar su literatura con la intemperie áspera, sus

embuchados con la realidad. ¡La realidad manda! ¡Es preciso adaptarse a ella! Estas palabras son de arrepentido de una utopía. ¿Y quién nos garantiza que al pasarse a la realidad no hace el arrepentido sino cambiar de postura y de ronquido? ¿Quién nos asegura que su realidad sea cosa distinta de su domesticidad? Partidarios literarios de hechos, decadentes y tornasolados, pasaron y pasan la vida tomando café, escribiendo literatura demagógica de pie forzado y resolviéndolo todo con normas de un catecismo que huele que apesta, no a nada práctico, sino a prisa por mandar. Lo que sí resulta práctico para los que mandan o manden, es pura teoría y literatura para los que obedecen, estando además obligados los obedientes a pagar las costas.

A tales gentes no puede convencerles la obra de quien no se aviene a mandar ni a obedecer. ¡Si por lo menos fuera Quinet un héroe emersoniano o un Quijote de los que saltan por entre las matas como conejos!

La obra que encanta a un partidario de hechos ha de contener estos ingredientes: higadillo de burgués, esqueletos de monja, mandíbulas de obispo, lágrimas proletarias, arengas de redentor, dinamita literaria, bohemia revolucionaria y engrudo y balduque de folletín; todo ello con salsa mística y redentorista y en ese estilo de cemento armado que usan los economistas de Estado cuando cuentan las patatas disponibles y los hombres sacrificables.

Si «Quinet» no ha convencido a esos hombres terribles, que no lean. El autor no ha sido, ni es ni será jamás súbdito de nadie.

ARGUMENTO

Todo argumento novelable y difundible ha de tener cierta apariencia gris sobre la que naufraguen alguno de estos tres temas: verde, rojo o negro. O, lo que es igual: ha de explicar enredos, sostener adulaciones o propagar tinieblas.

El enredo es un procedimiento de novela amorosa y verde que se desenvuelve en la alcoba. Hay amor de loba, de vampiresa, de esfinge, de comadreja, de serpiente, de leona, de tórtola herida o por herir, de pantera y de cotorra.

Camarera o burguesa, obrera o ricahebra, el amor novelesco tiene los mismos lances. Siempre tapadillos, siempre medias de seda y un tonto y un listo de reglamento. No es fácil averiguar qué especie de rencor tienen los novelistas. A pesar de las exaltaciones que se proponen, si la tanguista o la ricahebra nos resultan estúpidas es porque llevan a costas la estupidez duplicada al cargar con la suya y la de su señor autor. Las tanguistas nos explican al autor y nos lo mantienen. ¿Y esas jovencitas de fábrica que han de caer por fuerza en brazos del burgués?

En las novelas llamadas sociales priva lo rojo y sobre todo el servilismo. Hay idolatría para los jefes y también para los acumuladores de verborrea iconoclasta, jefaturas de contentos y jefaturas de descontentos; en último término jefaturas siempre. En el campo obrero hay torrentes de esa literatura de golpe y porrazo que no cesará hasta que los lectores sean capaces de desdeñar semejante bazofia. ¿Por qué adular los bajos instintos, la mezquindad y la melodramofilia de los más o de los menos?

En un periódico anarquista como «Le Libertaire» se publican ahora obras de Balzac. El hecho es ejemplar y compensador. No hay novela de clase, como no hay astronomía de clase. El buen astrónomo se guardará muy bien de identificar ningún sectarismo con la ecuatorial.

El autor de novelas dispone de una ecuatorial. ¿Quiere decir esto que hacer novelas puede parecerse a estudiar astronomía, a fijar la órbita de una pasión, las pasiones desorbitadas, los hechos no visibles, sin esfuerzo, las intuiciones misteriosas? En ciertos aspectos sí; en otros no.

Quinet es un joven de temperamento reflexivo y rebelde que va explicándose sus propios sufrimientos mientras aprende a mirar y nace a la vida responsable. Su romanticismo y su humor le hacen soñar, reír a medias y también guardar prejuicios sin extirparlos de raíz. Busca en el campo y en la ciudad un poco de solicitud. Cree o no cree, alternativamente, en el amor y se desengaña para saturarse después de ilusiones. Se ensimisma, vaga, sufre y a ratos se deja llevar por amoríos ocasionales.

En plena juventud se cree vencido por la inclemencia de fuera, pero su derrota es preocupación convencional de origen teológico, como la virginidad y el dominio.

Ya se ha demostrado que el misticismo proviene de cierta intoxicación de la sangre y que el amor se entiende por lo regular y de atroz sentido común como un apetito de propiedad. En la época romántica, Cadalso escribió sus famosas «Noches lúgubres». Dispongo de un curioso ejemplar de época, adornado con dos láminas finas. Es un libro que parece escrito expresamente por un aprendiz de delirios, para probar que la propiedad de la mujer se

extiende hasta más allá de la muerte. En el diálogo de la noche primera, dice Tediano (Cadalso): Tan despreciables son para mí los muertos como los vivos, en el sepulcro como en el mundo, podridos como triunfantes, llenos de gusanos como rodeados de aduladores... No me distraigas, vamos te digo otra vez a nuestra empresa. Pues bien: la empresa es apoderarse del cadáver de Madama Ibáñez, la amada que fue de Cadalso, colocarla en el lecho en unión del propio Cadalso y prender fuego a la casa, al lecho, al vivo y a la muerta.

Todavía quedan en Quinet reminiscencias de una herencia lejana y grasienta y da un salto atrás capaz de interrumpir su puro fervor y hacerlo derivar hacia los privilegios de tutor. Y ésta es su tragedia: aprendiendo a mirar aprendió tal vez a despreciar, pero no a despreciarse algunas veces lo suficiente y menos a despreciarse jovialmente, que es desprecio dionisiaco, activo y fecundo. De aquí que invente dramas como el de su vencimiento ante el cual no puede situarse en su carácter de aprendiz de mirar, sino como premeditadamente celoso, intoxicado y autoeliminado. Tal es la consecuencia de echarse tierra a los ojos Quinet y llamar la acción de cataratas en vez de batirlas.

¿No es el caso de muchos jóvenes nacidos otra vez entre latidos contrapuestos, angustias, desolaciones y dolores sin tasa? ¿No pueden conmover algunas de sus dudas íntimas a quien haya dudado y corregir prejuicios dominantes, tan profundamente conservadores y carnívoros?

Para terminar —porque este trabajo va siendo largo aun contando con que sólo está iniciado y así queda como una invitación— otros procedimientos literarios se reducen a decorar tinieblas con ráfagas de tinieblas.

«Quinet» es claro y distinto. Ha nacido así: con defectos, indudablemente, pero no de confusión evitable ni de pretensión; tampoco ocultismo de juegos de manos. No presume de perfección. Se contenta con ofrecerse a la libre opinión y a la libre plática, no al elogio a rajatabla que nace de lectura poco meditada; no se presta tampoco a la crítica sin previa y adecuada lectura, a las frases como mandobles sectarios ni al vinagre de bodegón o de palacio, parezca acrático, bolchevizante, preciosista o gruñón.

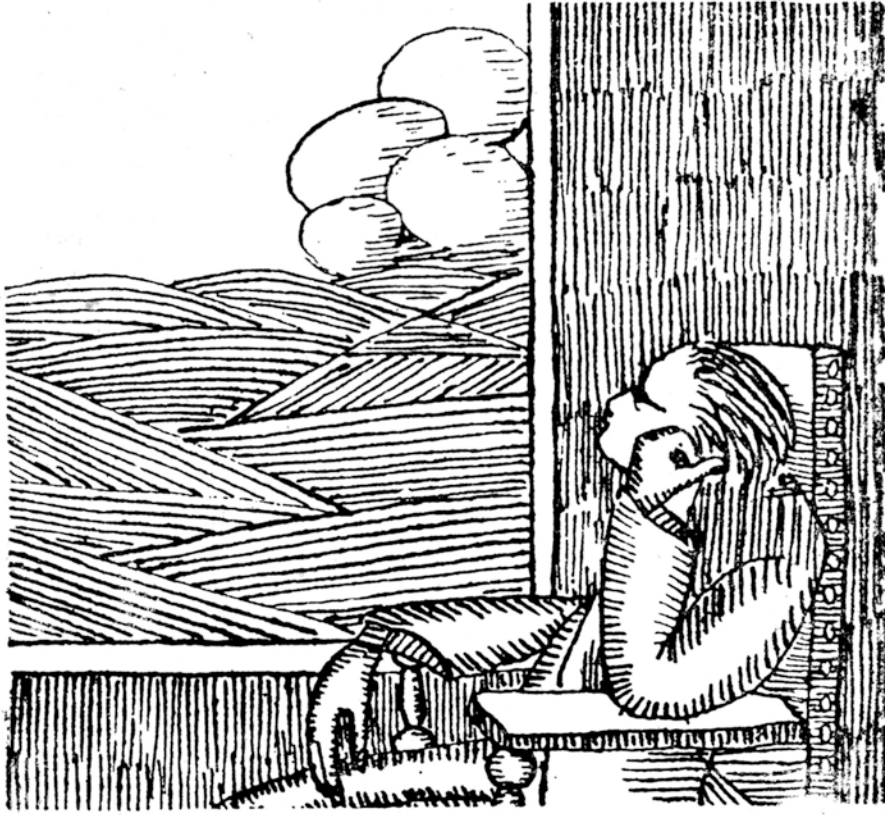
La obra se escribió, indudablemente, para decir algo. Téngase en cuenta que Dewey afirmó la enorme diferencia que hay entre tener que decir algo y tener algo que decir. Siempre hay algo que decir, pero no siempre hay que decir algo.

FELIPE ALÁIZ

Este trabajo, del propio F. Aláiz, se publicó en la «Revista Nueva» (año I Núm. 28, Barcelona, 1924). Lo incluimos en esta segunda edición de «Quinet», que iniciará una serie de volúmenes constituidos en parte por inéditos, a objeto de presentar al lector un rasgo de carácter del autor.

N. del E.

CIUDAD MUDÉJAR



Aprendiz de mirar

Siempre hay en la Ciudad Mudéjar un tendero o letrado a quien tienen algunos por primer magistrado.

Es un hombre ditirámico y patriota. Sus sonrisas son algo municipales. A causa de cierta presión dócil y sentimental, son también las sonrisas un tanto cardíacas.

El primer magistrado busca un secretario particular para que sonría cuando se le ordene y contribuya por módico precio a las solemnidades convenientes.

Empeñado en redimir a todos en grupo, habla el primer magistrado en las asambleas de fuerzas vivas, grupos solícitos que

tienen mandatarios pobres y especializados en telegramas de protesta, tan usados por los españoles para demostrar su mansedumbre.

Cuando el primer magistrado abandona la ciudad, para figurar en alguna sesión preparada por los provincianos de Madrid, para atemorizar a los provincianos de fuera, aquel pobre señor trabajosamente vestido de etiqueta, habla con el rey y puede decir al día siguiente a los periodistas que la ciudad va a entrar en una era de gran desarrollo y que el monarca comparte una porción de sentimientos tiernos y condecorados con los descendientes de mil héroes.

Para el primer magistrado la ciudad es digna de frecuentes ritos de pontifical, a los que asisten muchos contertulios sonrientes y amigos del país.



El dolor español no ha querido ver ninguna profundidad.

Los hombres de arena siguen hablando en la Ciudad Mudéjar del solar del genio, cuando el genio era soterrado o anónimo y el ingenio agudeza pordiosera.

Se elogió la sobriedad por lo que tiene de pereza o apartamiento. Por las mismas razones se ensalzó la mística.

El humorismo fue hambre o malhumor. Fray Luis de León, tan delicado y horaciano, calumnia a los pobres en su anecdotario de la perfecta casada, de manera muy poco delicada.

Se procuró probar que el ingenio suple al genio y sólo se probó que el ingenio es más asequible y barato.

El ingenio español es servicial y chocarrero. No tiene costumbre de ahorrar adjetivos en antesalas, epitafios, dedicatorias y manifiestos que nadie lee. Se gasta en hablar de las repúblicas latinas, pobres tórtolas heridas al final de cada banquete. Se gasta también en matar moros y en matar el tiempo.

Más consistió la grandeza de España en la pequeñez de dominar, que en la grandeza de dominarse. Por cada aventurado navegante, miles de aventureros, teólogos, hidalgos y truchimanes. Nadie podrá apartar de Cisneros su pobreza de su matonería.

Cuando un herrero no quería trabajar en la fragua, aprendía dos cuartos de latín y se hacía clérigo, dejando pompas y vanidades en la herrería para consagrarse a la divinidad, confesando dueñas lozanas que no hubiera topado ciertamente en la fragua.

Recordemos las comilonas del Arcipreste de Hita y el chascarrillo que cuenta el padre Feijoo: un rayo caído en la iglesia del convento no halla las reverendas paternidades que hubiera hallado en la cocina.

En nuestra vidriosa tradición se unió la insolvencia mandona con el esfuerzo ciego y la picardía disolvente y atroz.

La ciencia española tuvo exaltadores que quisieron nacionalizarla y confundirla con el dogma. Eran hombres recusables precisamente por poco científicos; filosofaban con el desparpajo de un patán en mecedora; desdeñaban a los maestros alemanes —cosa más fácil que aprender el alemán—, y juzgaban hechos vivos con términos de prontuario.

Esta crítica de impulso alborozó la insulsez contra infieles y extranjeros o justificó una sumisión tan plebeya como la de aquel

germanófilo de la Ciudad Mudéjar que esperaba de un momento a otro la toma de Hamburgo por los alemanes.

El purismo de palmeta es incapaz de contribuir al sentido de variantes auténticas y de rescatar bellezas a los pergaminos.

Como sería un dolor que los paladines fueran esforzados, los truenos horrisonos y los desfiladeros angostos por una eternidad, la cultura representada por los investigadores nuevos acompañó su labor con un elegante gesto de condenación a la xenofobia.

La plástica, delectación de hondura y contenido de frenesí, suscitó en muchos enardecidos la atracción hacia la bella durmiente y el pensativo se recreó en ella, se volvía a crear, gustando la sabiduría de los siglos.

El sediento de claridad buscó en el pasado la tradición sin dalmáticas ni maceros, en el sabor popular de letrillas y tonadas. Pensó que la verdad de hoy es compatible con la verdad de mañana, pero incompatible con las mentiras de todos los tiempos y que las hazañas sin cronistas de estrado ennoblecían lo que hay en la tradición de permanente y vivo.



La guerra aplanó muchos espíritus. Antes del día de la paz insegura y después de los tratados de papel ¡cuántos se reían de la paz perpetua! Los conceptos de paz y guerra iban borrándose de la dialéctica internacional para referirse a proximidades y hechos sociales en patente contradicción.

Era un empeño que no quería mantenerse de mentiras ni de tinieblas caballerescas. Que callen los que infectan la claridad de la palabra trabajada, ganada en dinámica ponderación. Que se vigorice

la fe del hombre en sí mismo saturada de constancia y personalidad. Quedaba un gran peso muerto, pero no se admitía el imperio de los muertos, ni el respeto a los muertos cuya vida había sido sólo un permiso para dormir fuera del cementerio. Sentían muchos hombres un brío determinista y creían que sus derrotas o sus victorias eran episodios de una nueva eternidad incesante, distinta de la eternidad para después.

A través de esta selecta vitalidad, Quinet ha nacido la segunda vez que nacen algunos hombres en la juventud, cuando la catarata de voluntad es una buena nueva de poderío y la pasión se manifiesta en sus primicias. Tiene algo de indeciso este arranque temprano en los caracteres de fuertes designios, porque el afán de buscarse requiere más esfuerzo y vibrante querer que la seguridad que tienen los simples de haberse encontrado.



A pesar de la Universidad, Quinet conserva su aire inteligente; esto es ya un pequeño crédito. Las ingenuidades de los textos han hallado en él una zona fértil y crítica. Acumula saña a costa de Justiniano y del lenguaje de considerando, aunque la burla aburre pronto al joven, impetuoso de cordialidad.

Como paseos fáciles y descuidados ha ido Quinet siguiendo sus cursos hasta el último de la serie. El Derecho es carrera que puede terminarse haciendo como que se estudia veinte minutos diarios durante los dos últimos meses del curso o sacrificando una quincena de noches al año, hazaña ésta que basta para aprobar cada lote de asignaturas. La sucesión de materias formularias se vence con un kilométrico de probar fortuna. Hay que emplear menos tiempo para ser abogado que para ser cerrajero.

No se aburrió mucho Quinet oyendo las tonterías codificadas ni los comentarios de tantos y tantos profesores, interesados en la delicada misión de justificar la fruición del gato para la rapiña y el arañazo —que esto es el Derecho—. Después de una parodia parlamentaria, organizada en clase, estudió libre y se apartó de los profesores, tan amanerados, ignorantes y endomingados, como prólogos de obras laureadas.

Quinet iba al café por las tardes. Acudía a la tertulia como otros jóvenes irreverentes y enamoradizos, revoltosos y amigos de leer.

Era aquello Ateneo libre para subastar un par de guantes, quedarse uno con el libro de otro y discutir estos temas: encantos de un escote de procesión, bailes rusos, un andante de Mozart con chistes, tacañería de los padres, rumbos de la ideología y de la revolución.

Estaba Quinet un poco triste al salir del café: remordimiento y desasosiego por haber confundido cincuenta temas en poco tiempo.

Se creía incapaz de acometer ningún esfuerzo, ni de organizar actividad desde la nebulosa interior que iba desplazando fluidez y comprensión.

Adormecía su poder de voluntad y no dejaba de reprocharse violentamente la debilidad de procurarlo con éxito.

El efecto vivo y repentino del alcohol, usurero que exige ser pagado con inmediato aplanamiento, la nicotina que intoxica la memoria y la atmósfera tupida del café, dejaban a Quinet a media tarde a merced del azar.

Si encontraba un amigo camino del cine, Quinet iba con el amigo sin abandonar descontento, sin interesarse siquiera por lo que el cine podría ser.

Si otro amigo iba al campo, Quinet le acompañaba a condición de volver en tranvía y dar una vuelta previa hasta el atrio de la Catedral para observar que las damiselas coquetean tanto como las matronas y casi tanto como los tenientes.



Quinet ha tenido el humor de calcular que un español puede, en veinte minutos, premeditar y disparar setenta y cinco chistes; produce, pues, un promedio de seiscientos veinticinco diezmilésimas de chiste por segundo, lo que explica tanto como estadísticas de emigración, analfabetos y nutrición insuficiente, el fenómeno de la voluntad española y la semejanza estudiada por los psiquiatras entre los chistosos y una rama de los anormales.

Hasta nuestra épica es toda chiste y embrollo de chistes.

Observa Quinet que el español que se estima tiene comezón por lo sombrío. En ningún país hay tantas juergas melancólicas ni tantos poetas épicos. A la mañanada, el juerguista es sentimental y por la tarde cabileño de contrabarrera.

Épicos y melancólicos cantan o lloran su propia oquedad y consiguen dar a sus palabras un aire de bufonada.

Los artículos necrológicos de los periódicos, si se escriben en solemne, llegan al máximum de comicidad, esto es, a hacer divertido un pésame.

La alegría española tiene aire corrosivo y destemplado.

Este rigor malsano sin permanencia ni gusto y entregado al fulgor enfermizo y estruendoso de verbena, o plaza encendida de afición o trompetería teatral, representa una de las más tristes realidades españolas por la reacción del descontento cansado de las dificultades de los días.

¿Cómo se explica que la alegría de los opulentos tenga el mismo aire sulfuroso y desconsiderado? Probablemente la dispersión nerviosa de los desocupados y el desgaste excesivo del trabajo, influyen de manera semejante en la generación de alegría torrencial.

Los ironistas, si quieren ser agridulces, resultan siniestros. Cuando intentan ganar nuestra risa, como las ocurrencias no suelen ser buenas ni malas, sino copiosas y zafias, la risa se hiela y a despecho de toda valentía, las lágrimas nos venden.

Así piensa Quinet siguiendo al aire libre con sus amigos las conversaciones del café. Ellos se van cada uno por su lado y sigue Quinet la calle soleada. De pronto se oculta el sol y con ocho o diez minutos de intervalo, Quinet se caldea y se hiela.

La ciudad tiene un clima desigual. El sol de invierno se anticipa, hoy, como tantas veces, a la primavera. Parece que quiere adular, pero es tan poco constante en sus anticipos, que los revierte, repentino y sañudo, cuando más deleitan.

Las furias toman entonces posesión de la ciudad. Borrascas y torbellinos helados declaran el estado de sitio. Los ociosos se privan de la intemperie y hay más cafés que refugios de campo. En verano los cambios son menos, pero bruscos también.

El clima influye en el carácter débil y como el clima se muestra el carácter en la fase desapacible o en la fase servil. Se derrocha

irritabilidad o depresión, retórica agresiva o conmemorativa, miradas torvas o grandes palmoteos.

"Siempre hay un centenario, un homenaje o un festival que están al caer, que caerán necesariamente, y unos señores que afirman con la mano puesta en el corazón, que nuestros abuelos no sólo fueron leones, sino indomables, y que si los descendientes no hemos hecho nada, se debe a que somos aún cachorros.

Hay en la ciudad algunos cientos de electores de cada partido español, correligionarios más capaces de asistir a triduos o meriendas de promiscuación, que de atender a inmediaciones concretas.

Son sumisos y reverentes para las categorías oficiales, aunque bruscos juzgando a los pobres, para quienes tienen, todo lo más, exhortaciones fáciles y conformistas. Hasta la cólera quieren acaparar los privilegiados y se manifiesta como nunca cuando los pobres que no se creen nacidos para hacer reverencias, se permiten la insoportable libertad de encolerizarse.

La división en clases tiene tales caracteres de comicidad, que mirliflores y currutacos, cuyos haberes no llegan a los de un mecánico, piden a gritos barrios obreros, apartados como lazaretos.

Para los problemas sociales no faltan divertidos doctores que, como Pedro Recio de Tirteafuera, están dispuestos a tener por soberanos a los pobres, a condición de escamotearles los platos.

Ciudad española, corazón de España; como se dice en el pulpito, relicario de España.



La ciudad es un bloque excesivo. Calles y plazas están amontonadas, sin jardines que podrían separar conjuntos urbanos surtidos de agua y árboles.

La desigualdad del clima estepario no se remedia con florestas, helioterapia, alimentación natural y una vida activa sin resecamiento, capaz de reducir la venganza del río que contesta a los olvidadizos pasando en vano. Faltan escuelas que sean escuelas y que sean alegres, y alegría que no sea de risotada para equilibrar el temperamento, superar el humor convulsivo de la fase desapacible y el humor adherente, sin cordialidad ni jovialidad, de la fase servil.

Las raíces son persistencias poseídas de cierto tino burlesco; modistas macizas, torreras erguidas, un torso de herrero del Arrabal, artesanía de Ambos Mundos con pujanza más vigorosa que en los gremios, un claroscuro de la plazuela en fiesta, vaqueras clásicas aunque se vistan de coristas para callejear, asiduos de la dínamo y del taller, pensativos perdidos por los escritorios de Banca, estudiosos solitarios afectos a la ciudad-pueblo.

En los barrios labradores y en algunas casas viejas hay gusto de fuerte color. Aleros, portaladas, patios de columnas, ladrillería mudéjar, arquería renacentista, fachadas moradas, amarillas o azules. Las casas modernas son de traza entre faraónica y cuartelera.

En ciudades de distinta cuantía hay toros, paradas, salas de lo civil y piedad de cabildo. Estas manifestaciones no son lo único de cada ciudad, no son alcaide que desdeña el uniforme y lo uniforme, todo lo que no contenga capacidad enérgica y personal. Lo distinto es el principio activo de la distinción.



Estatura, fortaleza y proporción. Cabeza fina y grave. ¡Mechones crispados, castigados hasta la rigidez y en curva sobre la frente. Los trazos de la cara conciertan un carácter de convicción, con el fuero presto de las determinaciones. Ninguna proyección de trazos desmayados, ningún recodo ni zigzag. Las líneas faciales —nariz recta, boca ni floja ni pequeña de serafín— no escapan; comparten un carácter amigo de la atención reservada y del panorama de fuera.

El motivo expresivo más determinante de la faz de Quinet, es la atención. Se advierte en su mirar. Hay un mirar indeseable, ganoso de la síntesis personal de quien entra en el mismo plano de relación.

Esta sugestión inquisitiva es muy usada en España por los mirones arremetedores de mujeres, Tenorios de todas horas que ya se contentarían con satisfacer a una sola mujer, débiles repudiados por ellas y condenados a piruetas sexuales, conquistadores de rápida ida y rápida vuelta. Está averiguado que Don Juan Tenorio cambiaba de lecho con tanta frecuencia porque no contentaba a ninguna mujer.

El mirar de Quinet es jovial, fuerte y comedido. No puede confundirse con el reservón ni con el atravesado, porque uno y otro son espontaneidades sin depurar, debilidades posesivas en vez de poseídas. Quinet no mira demasiadas veces ni demasiadas cosas y aprende a mirar diestramente. La destreza en mirar, como en vivir, no es más que un acto de energía, y la elegancia una poética de la energía; más que poética de medir, de medirse.

Los ojos de Quinet, imperativos de sí mismos, se dan en expresión. Se advierte que escasean las miradas arrepentidas porque se refina el mirar oportuno. La oportunidad es virtud tan calificada porque

hace más chillonas las parodias virtuosas y turbias de ostentosos titulados y suplicantes.

Quinet no piensa salir del baño hasta mucho después del tiempo empleado para bañarse. Penetra estados sucesivos de conciencia, lo que vale más para un aprendiz de mirar que descubrirlos suscitados y estucados como hacen los que, sin la humildad un poco irónica de Quinet, mirarían desconsiderados y gruñones. El baño prolongado hace sentir cierto enervamiento que precederá a la firmeza del diligente querer en un minuto de la sacudida venidera.

El agua del tiempo envuelve a Quinet, poseedor del beneficio sin precio que hay en las cabriolas líquidas, gentiles juegos de espuma. Esquilo veía en el mar «la risa perpetua de las ondas».

Quinet prefiere a los himnos de cosas mudables y enfáticas como la patria, la ley hipotecaria y la religión, los motivos eternos, alegres, claros y puros del agua, tan agradecida y madre de fortaleza: pavimento limpio, un camino después del aguacero, luz plana y filtrada sobre los paisajes humedecidos, jardines bajo la lluvia, transparencia del horizonte, nubes empapadas y raptadas por el viento mojadizo, atardecer saneado por agua y ozono, el hijo fluvial de la montaña, un desnudo lozano acariciado por la avidez graciosa del agua, tierras de generosa promisión que el agua festejara, la albricia de compañía clara y amorosa, placentaría de nadar...

Ahora dirige Quinet la vista desde la bañera a un espejo frontero y ve reproducida la mesa de centro de un gabinete contiguo, cubierta de monigotes, caracolas marinas, pequeños estuches y chucherías.

¿Por qué aquella feria irrita a Quinet como nunca? El retablo de la casa de huéspedes le hace pensar virilmente en la pobreza casera de una vida de incapacidad, almoneda bibelotera, gazmoñería y

pequeñez. En este instante enérgico reacciona Quinet y echa de sí el enervamiento decadente. Jamás había sentido como hoy la necesidad impetuosa de aplastar idolatrías, insignificancias, domesticidad, iconos y aprensiones ruines, incapacidad de medida, de ornato sin unidad, sin limitación y sin gracia.

Quinet quiere destruir el retablo a bastonazos, pero se contenta con cerrar la puerta que separa los dos aposentos. Querría clavar aquella puerta.

Esta tarde dominical, Quinet ha sido invitado a un té por el señor Castro Sama, que posee una casa en la ciudad; dos mil hectáreas de monte en un pueblo, acciones industriales, títulos de la Deuda, y una biblioteca, cuya virginidad es indudable.

El señor Castro Sama es redondo, locuaz, sesentón y reumático. Con estos títulos y los de sus rentas, más una esposa nacida para preparar banquetes y dos hijas casadas con altos empleados, el señor Castro Sama está muy bien visto entre las fuerzas vivas.

El reuma da crédito social. A cierta edad, sería absurdo que un hombre rico no pudiera disfrutar, para distraerse algún rato, de un modesto reuma.

A los sesenta años viene a ser el reuma lo que las travesuras infantiles en los temas de conversación. El señor Castro Sama habla del balneario un mes antes de ir y otro mes después de volver. El reuma ofrece otras utilidades: aumenta el cariño de los deudos y las precauciones mimosas de las señoras, ocupaciones de gentes que no se ocupan de nada. Es también el reuma parapeto de resguardo contra visitas, fiestas y recepciones desagradables y un requisito para conseguir la senaduría.

La señora de Castro Sama —medio siglo espléndido y adiposo— tiene una preocupación única: los aires colados. Cuando los nietos llegan a su regazo, se asegura por los fámulos de la inmunidad de pasillos y gabinetes y sólo destoca su ternura cuando se convence de que retroceden los aires colados. Su pleito contra el aire no tiene tregua. Por pereza de salir, ha perdido esbeltez y ha ganado pompa.

Las dos hijas del matrimonio Castro Sama están satisfechas del buen talante paternal y liberal para la pensión, de los consejos contra el aire y de las plantillas tan socorridas para los maridos, que tienen cierto parecido a esos solemnes burócratas de las novelas alemanas.

Los de Castro Sama están orgullosos de vivir y de haber nacido mientras no haga viento. Las hijas, vivarachas y risueñas, tienen el moreno de la madre.

Cuando entra Quinet acaban ellas de llegar con sus maridos, relativamente amables con el joven como toda la familia de Castro Sama.

La conversación está dirigida por las señoras, que tienen un sentido muy despierto para darse cuenta de la excesiva gravitación de un tema, dulces y felinas en escudriñar, soslayar, subrayar, encaminar los diálogos o salpicarlos y dejar estrujado un asunto igual que se estruja un limón, Mañas son éstas que Quinet reconoce sin mucho esfuerzo y no puede menos de suponer que el señor Castro Sama y sus yernos están deslumbrados por sus consortes, enteradas de todo lo fulanesco que ocurre en la ciudad y aun de lo que va a ocurrir. Los acontecimientos tardan en producirse el tiempo necesario para que una de las tres pueda insinuar:

—Ya lo dije yo.

Quinet es aficionado al dulce de frutas y la señora de Castro Sama porfía con él para que pruebe todas las variedades de mermelada que hay en la mesa. Pilar, hija mayor, es doctora en compotas. Dolorines, la menor, tiene una paciencia especial para el fomento de canarios.

El padre de Quinet fue amigo del anfitrión. Este dejó de ser tutor de Quinet hace un año, al llegar el joven a la mayoría de edad.

Al señor Castro Sama le parece que los años pasan muy de prisa y recuerda sus tiempos de estudiante para hablar del padre de Quinet. El joven expone una experiencia personal reciente a propósito de la facilidad de recordar. Aspiró mucho éter a los quince años por un contratiempo cardíaco.

Estos días ha vuelto a usar el volátil en un compuesto de valeriana y asegura que ninguna autosugestión tiene, por sí sola, el poder evocador del éter.

—He visto y he sentido —dice ingenuamente— las cosas de los quince años.

Gran contento recibe el concurso con esta curiosa experiencia de Quinet, que sabe sostenerse animado, sin locuacidad.

Entre diversidades de conversación, la vida del estudiante merece siempre un comentario intermedio y sabroso de sorbo a sorbo en el segundo tiempo de la tertulia, fácil y resuelto.

Podría Quinet hacerse el interesante con hábiles reservas que decoran cierta pretensión de experimentado si no creyera que la peor inconveniencia es solazarse con la propia credulidad.

Una familia —la de Zabaleta— ha invitado a los Castro Sama a pasar algunos días en una quinta.

—¿Conoces a Zabaleta?— pregunta a Quinet el señor Castro Sama.

—No, señor.

Pilar habla de las de Ronda, que se van a casar en un día según dicen —¿No las conoces?— pregunta la señora cincuentona.

—No tengo ese honor.

—Sobrinas de don Eusebio, que vive en el segundo; ¿no conoces a don Eusebio?

Quinet no conoce a nadie. El descubrimiento desilusiona a todos, y Quinet, un poco deprimido, se despide atropelladamente y sale a la calle bajo el peso, infamante en la ciudad, de no conocer a Fulano ni a las de Fulano.

Como buen corazón quebranta mala ventura, Quinet encuentra más fácil olvidar la impresión que le asaltó en casa de Castro Sama que arrepentirse de no conocer a Fulano ni a las de Fulano.

Lecina, amigo de Quinet, dialoga con éste sobre romanticismo.

Quinet: No sé hasta qué punto puede distinguirse entre romanticismo y anormalidad. Musset, en sus «Confesiones» presenta a Smith como contrafigura de Octavio. Octavio llora en cada página, quiere, olvida, vuelve a querer; todo menos trabajar. Más que romántico, es Octavio anormal del romanticismo. Smith resalta fiel amador, callado, entristecido —no para siempre— y ocupado. De los dos romanticismos, Musset nos facilita documentos humanos para alabar el romanticismo atareado y condenar el llorón y ocioso.

Lecina: Mesonero Romanos, para juzgar a los románticos, compone un tipo grotesco, que sólo comprende la vida escribiendo y haciendo cosas gemebundas y deja de ser romántico cuando asciende a alférez. El romanticismo es como todo: según quien; lo malo es querer ser romántico de reglamento con cipreses y sauces.

Quinet: El ciprés me parece uno de los árboles más alegres.

Lecina: El romanticismo divinizó la tristeza y el renunciamiento, pero ¿se diviniza nadie por renunciar cosas posibles o imposibles?

Quinet: Claro que no; la renunciación final de Octavio es probablemente, cansancio medular.

Lecina: Quieres decir que los neurólogos podrían suprimir el romanticismo curando a los románticos.

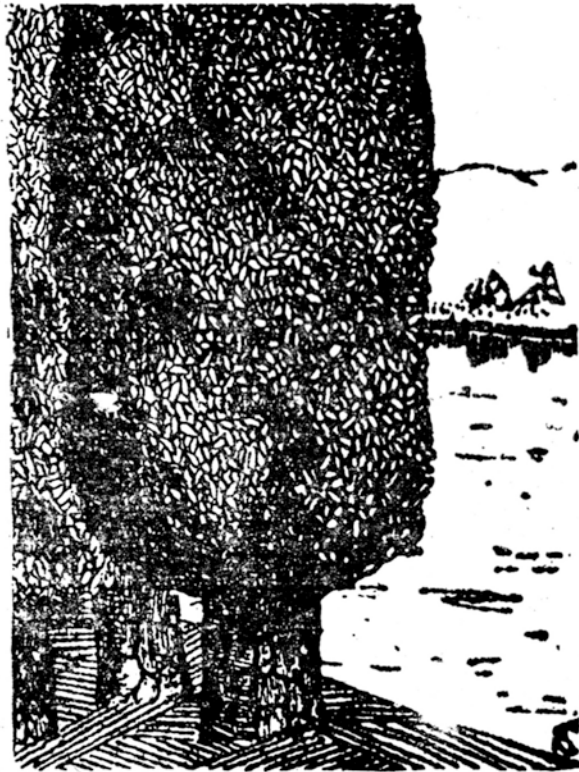
Quinet: Los neurólogos hubieran podido curar a Musset y a Larra el enamorado, no tengas duda. ¡Si la misma cirugía no sólo cura las heridas, sino que previene la cicatriz!

Los desinfectantes muy concentrados que destruían la vida celular, han sido sustituidos por el método Carrel y se puede pedir cuentas a un operador si destruye tejidos para curar.

Lecina: Y la tristeza puesta no es más que un grillete que se lleva, o un dogal, que es lo más parecido a una corbata.

Quinet: La tristeza que se lleva puesta, que se manipula, no es poderosa ni activa. Conviene destruir la tristeza de quita y pon, mejor que presumir llevándola puesta. Porque hay quien presume de triste. Cuando se siente la tristeza es mejor aplicar el método Carrel que entretenerla sin esterilizar. Hay en la tristeza una exterioridad que sólo para curarla y no para pregonarla, ha de mostrarse. Lo que da la tristeza no se cura jamás, como el vacío de

una muerte o de una ingratitud, es el recuerdo del golpe que hirió y puede transformarse en elevación, experiencia y buen ánimo. Lo primero ser fuerte y no empadronarse en ninguna escuela. Los otros románticos recuerdan a aquel profesor de Daudet que dividía los colegios en dos clases: primera clase: colegios buenos porque cumplen el reglamento; segunda clase: colegios malos porque no cumplen el reglamento.



Epitalamio

Quinet va una tarde a merendar con sus amigos bajo una apartada arboleda. Se trata de celebrar cierto acontecimiento en perspectiva.

Todos hablan. Lecina se quiere casar, inevitablemente, sin permiso del juez ni del cura. A la hora de los postres, después de maldecir los brindis, se disparan unos brindis retorcidos, arbitrarios y casi geniales:

Jusepe: ¡Salud, Lecina! Creo que fue el arzobispo de Sevilla quien impidió que Petronio muriera como le diera la gana y expurgó el Quo Vadis? ¡Anatema! ¡Abajo los expurgadores! ¡Que se expurguen ellos! ¿Conocéis nada más indecoroso que poner puntos suspensivos en un epitalamio? Pues eso se hizo nada menos que con el Epitalamio de Cátulo.

Colaborar con Cátulo para poner los puntos suspensivos es digno de un arzobispo. ¿Os parece bien? ¿Os parece mal? De todas maneras hay una cosa clara: nosotros creo que no seremos arzobispos.

Feliciano: Muchos son los llamados, pocos los elegidos. Todo tiene su clave hasta los torbellinos. Algunos se casan y ¿qué sucede? Que vuelven al lar cuando quiere la esposa. Aunque estén ellos haciendo cosas inocentes y ejemplares, vuelven. La tempestad se avecina. ¿Qué manía es la de las esposas sospechando siempre perversidades? Nada de eso, todo pretensiones. Pero confesemos que hay un momento lírico: cuando el esposo vuelve al lar y deja el alma aprisionada en el pentagrama, en el purísimo rosicler, en el paisaje, en la conversación noctámbula... El esposo se deja el alma, pero se lleva el cuerpo, que es lo que quiere la esposa. Lecina no irá al lar más que en un cuarto de hora oportuno, llevará su integridad y su satisfacción porque la esposa será distinta de las esposas de los arrodillados. Hay que encender el hogar sin arrodillarse demasiado. En la clámide no hay rodilleras ni en el pantalón de los hombres tan relativamente grandes como nosotros que no cabemos en una nota de sociedad...

Rodela: Tengo un grabado holandés de los buenos tiempos de la madera. Representa una gran «corbeille» de chicos, entre los que hay un genio o enano con bandeja en la mano. Llegan sus grupos opuestos: uno de novias, otro de novios. Ellas y ellos se proveen de chicos en la «corbeille»; quiero decir que se casan. Por no ver al enano que pide con la bandeja, y representa lo que ciertos espíritus poco poéticos llaman prosa de la vida, novias y novios se han puesto antifaz. —Ya tengo un nene— dice la dama en holandés. —Ya tengo otro— contesta el galán. En la leyenda escribe el autor: *Amor omnia*

vincit. Estamos aquí porque el amor todo lo puede, porque Lecina carece de pretensiones y de padrinos y podría encararse con el enano del antifaz y gritar: ¿Antifaces a mí? Debemos dar un banquete a la prosa. Como dijo Romain Rolland, toda poesía que traducida en prosa no tenga sentido, es una tontería. La prosa, es, pues, la piedra de toque. Lo difícil es hallar la piedra de toque de la piedra de toque... La verdad que no sé si seguir hablando de la sublimidad y de lo sublime...

Amadeo: Sublime es lo incomparablemente grande, como por ejemplo, una noche estrellada o una gran tempestad; ahora, que la tempestad es más o menos sublime según donde nos sorprenda. Para mi santiguada y creed que está perfectamente averiguado, lo sublime de una tempestad es el pararrayos. Si citas a Reclús en la cátedra, te dirán lindezas aunque seas un excelente profesor de Geografía, ciencia que se divide, según los tontos y los facilitones, en tres partes: astronomía, física y política. Más allá el caos. Nosotros venimos del caos y los otros no han llegado aún. Ahí tienes la causa de todo lo que pasa.

Quinet: Según mi opinión, para que naciera Miguel Ángel, tuvieron que ponerse de acuerdo sus padres. He aquí que te perdonamos la deserción ¡oh Lecina! porque admitimos el empeño de nuestro propio determinismo. No creemos cosa de todos los días engendrar un Miguel Ángel, pero sí ayudar a los hijos a comprender a Miguel Ángel y a las infinitas posibilidades de la «corbeille» holandesa que nos ha recordado Rodela. Los hijos de los fuertes son dignos de sus padres, pero los hijos de los otros van multiplicándose excesivamente. El mundo está demasiado poblado por los hijos de los débiles. Yo creo ante todo en el orden. ¿Os reís? Spinoza habló del bello desorden... ¿Fue Spinoza o Erasmo? Lo mismo da. También

hay grietas en los senos cuando acaba de pasar la hora maternal y primeriza. Las grietas son un bello desorden, han sido producidas por la maternidad. Corolario: los padres no padecen grietas en los senos, pero sí, muchas veces, en el cerebro. La tierra agrietada por una explosión revolucionaria podría ser maternal. ¡Vivan las grietas!

Rafael: Al vitorear a Lecina, vitoreamos al pueblo. Pero hay que distinguir. Un confesor de Carlos V escribió Menosprecio de Corte y alabanza de Aldea. Según el autor, la corte era una tromba de ambiciones, y la aldea un tema idílico. ¿Qué ocurrió? Pues que en la sublevación de la aldea contra la corte, se declaró el confesor por la corte y demostró que no sentía el libro, porque como cortesano que era, abominó de la guerra de los aldeanos, de los comuneros, aunque de éstos ni eran todos los que estaban, ni estaban todos los que eran. Nosotros no admitimos distingos, y bajo estas frondas que el Ebro nos da medio de balde, brindamos por madama Lecina. Lecina merece la inmortalidad. Que se la den, esto es, que le den a su prometida.

Lecina: Como esto no es una despedida de soltero a lo Camacho, desafiamos a Camacho y a su contertulio Gedeón. Nos pasamos la vida desafiando a todo el mundo. Jusepe se ha pronunciado contra los arzobispos; Feliciano quiere encender el hogar más para fundir que para soldar; Rodela abomina de la poesía floralesca; Amadeo está de vuelta del caos; Quinet, que jamás gobernará a nadie ni será gobernado, nos ha dicho que es partidario del orden; Rafael quiere que la inmortalidad sólo se comprenda por sucesión de generaciones atareadas y deterministas. Todos conocéis al fantasmón celoso y tierno que poseía nueve bastones y nueve dramas inéditos, o lo que es igual diez y ocho bastones, que inutilicé de manera contundente. Me quería agredir porque Agueda, dando pruebas de un exquisito

buen gusto, me prefirió. Mi programa es el vuestro: rebelión, rebelión, rebelión... En realidad me odiaba el dramaturgo porque soy un poco alpinista y él no ha pasado del foot-ball, que viene a ser una prolongación del «Matarile»...

Quinet: Aclare el orador eso de la rebelión, porque hay muchos rebeldes que no son rebeldes ni nada. Los anticlericales, por ejemplo, celebran meriendas de promiscuación, pero un anticlerical que sea vegetariano, no puede pecar porque no puede promiscuar. Aborrezco los pecados que están al alcance de todos y entiendo que ese aborrecimiento es lo que nosotros llamamos rebeldía, no el hecho de manducar cadáver, ora de besugo, ora de ternera, en día prohibido... Después de todo, las prohibiciones se van suprimiendo y pronto los anticlericales no podrán ya ni pecar.

Pausa. Anochece.

—Amigos...

Todos: ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

En el bosque cantan las oropéndolas. Mayo.



Tierra de estar y tierra de volver

Ya se fue Lecina, el amigo que tanto ha influido en Quinet. Influencia recíproca, porque ninguna pedagogía puede tener desarrollo en la oportunidad sin suscitar y vigorizar actividades cordiales. Los que mejor saben enseñar, dicen que no se acaba nunca de aprender a enseñar ni de aprender enseñando.

Lecina hizo que el carácter de Quinet resonara como selva de ráfagas impetuosas y múltiples. Quinet perdió a sus padres en la adolescencia. Acostumbrado a vivir sin afecciones inmediatas, Quinet era un tanto triste y parsimonioso, desde que la orfandad le sorprendió en plena energía inicial. Lecina, que tiene cuatro o cinco años más que Quinet y es enérgico, hizo, sin proponérselo, un presente de audacia y optimismo al huérfano tímido. Este pagó a Lecina prendiendo en el espíritu del enérgico, gustosa sed de matices y esa comprensión indulgente para las feroces

espontaneidades, ásperas y sentimentales, del carácter español. Este fenómeno es poco frecuente entre nosotros, poco propicios, según se ha dicho con razón, a la amistad y al diálogo sin manotadas.



Quinet asiste a un concierto íntimo en casa de Amadeo. Amadeo lleva catorce años dialogando con su violín. Es un caso animoso de voluntad empeñada en burlas contra las bullangas de charanga y despreciativa para los chistosos comentarios de los críticos que estarían en una dehesa si muchas redacciones no fueran dehesas.

Amadeo era un carácter acre. Los hombres contrariados por la falsedad del ambiente, han de pasar por la desgracia de tener que protestar demasiadas veces y sus opiniones se producen con acritud, mediante la estolidez de los días.

Pero la acritud intoxica y necesita ser neutralizada. Amadeo encontró a ese caminante fatigado que se llama humor, y pensó que antes de la fatiga, el humor podría producirse también. La acritud cedió plaza al humor en renuevo implacable, donoso de espontaneidad. Este es el segundo tiempo de algunas vocaciones bien temperadas. El tercer tiempo se reduce a criticarse como reo de ocio.

Amadeo está preludiando este tercer tiempo y se entrega de todo corazón al tiempo de hacer. Ha comprendido que si una tarde tocó maravillosamente, fue a costa de un tesoro de emociones madres que se agotan temprano.

No falta en el buen coraje de Amadeo el equilibrio de las ironías ni la sal de las medias creencias sin excesiva insistencia; ni falta tampoco el prevenido pensamiento de que la juventud pasará, ni las

resoluciones rotundas y afirmativas que nada tienen que ver con el agrio gesto del matarife.

Carlos acompañará a Amadeo. Dice un poeta que los hombres verdaderamente enamorados, apenas se atreven a descubrir su amor cuando se atreven a amar. Así, este Carlos enlutado sentado al piano, prescinde de vocear su mérito con exterioridades, pero convence de lo que siente y cambia de conversación cuando se le alaba.

Ha superado la emoción primaria y entrecortada; se ha hecho diligente contra las asechanzas del repentismo. Es un gran catador acendrado, experimentado por las horas de sus pruebas, de sus adivinaciones, de sus rectificaciones. Contra las piruetas y los estropicios de tantos concertistas a quienes presenta y sostiene el peluquero, Carlos es él, sólo él en integridad y seriedad, en autonomía y heroísmo.

A Quinet, estos artistas no le parecen admirables por amigos, sino que son amigos porque suscitaron admiración. Se han erguido en lo alto de la juventud y Quinet ha podido pedirles muchos conciertos íntimos como el de hoy, y la ofrenda confidencial, tan interesante en los músicos poco habladores, dispuestos para lo inefable.

Quinet ha afirmado su sentido musical y ha aprendido las páginas inolvidables. Mañana se alejarán Amadeo y Carlos rumbo a América. Cruzarán el mundo por amor al oro bien empleado, porque la emoción puede ser compatible con las contratas y la competencia también; y porque las contratas no son golosinas para ellos en la ciudad, más tierra de volver que tierra de estar.

Romanza en fa. Un Andante de Mozart niño. La tarde húmeda y melancólica. Segundo tiempo de la Sexta, que el Sordo escribió —

dicen— cuando presentía la verdad de su sordera. Albéniz: zambra. Un temblor ruso: voluptuosidad, tacto de seda; ahora el violín es seda y lírico fragor; el piano contesta: sonoros graves. Responso. Talayero temblaba de placer ante este sacrosanto violín. La enfermedad refinaba su pasión de oír. Una madrugada partió, silencioso para no volver. Quinet está pálido.



Sospecha Quinet que la política corriente no es más que capricho de vanidad explotado por unos cuantos apoderados. La ilusión de tener distrito, de ser subsecretario o ministro, obedece a deseos autoritarios y ardientes de las esposas, a celos, a blandenguería de mamás y suegras, a zalemas de queridas. Mientras Quinet ignoró estas cosas, no pudo darse cuenta de los famosos secretos de la política.

Los parciales de la democracia no pueden contestar al cargo de Bertrand Russell que señala el desafecto de las escuelas políticas para la pedagogía y la economía del trabajo, ya que no se ha establecido ni se estudia científicamente el ordenamiento de estas dos fuerzas decisivas del mañana. Todavía se ocupan los partidos llamados reformistas avanzados de prometer leyes para proteger el trabajo de la mujer embarazada. Esto supone que aceptan un estado social en el que la mujer embarazada tiene que ir a la fábrica.

El español hacendoso se apercibe a ser desvalijado, pero no desencanta fácilmente. España es un país tardo para Quinet el desencanto. Como si cada palmo de suelo español no fuera tierra irredenta, los patriotas de poltrona, antes de darse por desencantados, hablan de irredentismos lejanos y se ufanan de los nombres de calles y barcos: Libertad, Independencia, Soberanía

Nacional, el cañonero Terror... Todo esto es un país de dependientes, señala fondo indecoroso, inapetente para la cordura.

Ser apedreado —piensa Quinet— puede dar honor dando muerte y martirio, aunque sea único honor del lapidado este honor póstumo de morir. Jamás habrá honor en una guerra de hortalizas arrojadas. Los políticos no se lapidarán unos a otros, pero seguirán batallando con desperdicios de verdulería.

Quinet no ha podido oír que el político dijera cosas sencillas, útiles y sobre todo, ordenadas. Acaba de asistir a un mitin de gentes de orden.

El orden, según Quinet, es complacencia de vivir eficaz. La complacencia del espíritu en el orden es la mejor preparación de actividad, porque el movimiento, no sólo se demuestra andando, sino que sólo andando se perfecciona mediante la economía de esfuerzo inteligente para hacerlo intenso, esto es, elegante. El orden es tónico de las potencias de perfección. Explica la belleza geométrica del Templo de Diana y nunca explicará como bello el hecho de que se rectifiquen geoméricamente las montañas desnudas ni que en España se llamen gentes de orden las más desordenadas.

Los discursos de un mitin de orden tendrían que ser, por lo menos, ordenados. La confusión de estos oradores facilitones que no se perderán seguramente en ninguna ruta luminosa del mundo y que ni siquiera saben ordenar su ideología, contrasta con sus apelaciones al orden.

Quinet se entristece ante la victoria de los desordenados y ante la falta de seriedad que supone el atributo de redimir a los demás, comunicándoles una felicidad fulminante para antes o después del

tránsito. Su desprecio se exalta pensando en tantas lenguas esquineras, en tantas plumas facilitonas, aptas para firmar cada día un testimonio de servidumbre; en tantos derechos no creados, sino contrahechos por la mesocracia carnívora y rencorosa; en tantos fiscales de su majestad enlutados y misántropos que estancan el orden y la ciencia de aburrir, representan el espíritu de plomo de la clase media y abusan, como se ha dicho, del permiso que bondadosamente concedemos a todo hombre para ser estúpido.

Quinet hace voto de ordenar cotidianamente su vida. Apetece vehemencias, ardor intelectual para solidarizarlas y una llamarada que encienda el mundo en el orden justo. Sufre hoy un tormento que desconocen los amigos del orden inyectado en los preámbulos; está inquieto viendo el desorden de su mesa de trabajo, revoltijo burlón para este momento del atormentado. El mitin del orden ha hecho que el joven tuviera que comprobar el maléfico desorden, el implo desorden de los hombres de orden y que chillara más el desorden de la mesa de trabajo de Quinet, puesta y ocupada sin pulcritud ni primor de gustosa simetría: novelas, recortes, apuntes, irnos prismáticos, tres corbatas, medio limón, cuartillas caídas, una botella de colonia, tabaco suelto... ¿No pugnan estos descuidos sistemáticos con una escrupulosa selección de actividad? Sí, porque atormentan; y atormentan porque el desorden taladra las perspectivas del entendimiento y desconcierta y detiene la firmeza de construir.

El desorden hace odiosos los objetos. El polvo cohíbe los objetos. Todo está como cohibido en la mesa de Quinet. Piensa éste que las mesas de los cuaresmeros del orden serán mesas desordenadas; que si ellos las ordenan sin ordenarse, deben ser mesas de prestamistas, pero no de ordénanos. Quinet se odia.



Tertulia en el Paseo. Segunda mitad de mayo. Siete de la tarde. Banda en el Kiosco; por fortuna no se oye. Gran luz caediza y despejada en azul celeste.

Están sentados en sillas metálicas y benéficas algunos amigos de Quinet, todos de espíritu guerrillero y a la vez anacreóntico. A Bayo le gustan todas las vaqueras que pasan a esta hora por la acera con vasijas relucientes. A Pineda le atraen las mujeres que no se pintan y anda muy apurado para encontrar una. Gil Serveto y Miranda discuten sobre escotes.

Pasan las chavalas; trenzas a cada lado del cuello, ademanes sueltos, poca ingenuidad —¿poca o demasiada?—, colores planos de jersey, boinas, una preciosa boina morada. Las piernas de las chavalas son de dos clases: unas igualadas, no tienen tobillo descarnado ni el grueso alto, acumulado y excesivo, sino proporción entonada de columnas humanas; no parecen que se van a quebrar a ras del pie, porque su intersección con la base no es el extremo de un huso. Las otras piernas abotargadas con vaivén ladeado y sin ritmo, por debilidad de la base, son de adulterada maja, cuya defensa no es la sandalia, sino el tacón de chapín.

Van pasando las jovencitas aligeradas, las excesivas de masa, que no son pocas, las matronas anchas como cluecas, los tenientes, los señoritos autoseducidos, poseídos por sus calcetines y sus corbatas.

Los obreros se arremolinan en los andenes hablando del mitin del domingo y de otras cosas más privadas y profundas. Las gacetas locales llaman destructores a estos bravos artesanos, pero lo cierto es que ellos han construido todo lo que los gaceteros gozan y manchan.

Dominando el rumor de conversaciones parciales, gran voz de bajo, mana lenta, clara y silabeada de los gruesos labios de Feliciano.

—Te digo que la vi; inmediatamente adoré en ella, como diría don Gregorio; es una criatura voraz y angélica; mira como miraría un incendio.

—Al contrario de Lucía.

—La corsetera Lucía tiene dos ojos que se entornan como se entornaría una ventana de espía o detective: lánguidamente; como se entornan, como retroceden hacia los senos, los abanicos de las mujeres querenciosas...

—Lánguidamente...

—Ojos de telón lento... Lánguidas y voraces me matan alternativamente, según la temperatura.

—Una de las dos te ganará a la otra.

—Es poco probable; ignoran los secretos de eso que llaman flirt, que es para mí algo así como un ejercicio rápido; aquí se entiende el flirt de cinco, seis o más años, en el teatro, en la iglesia, en el paseo, un flirt absurdo, la negación del flirt. ¿Os acordáis de María Dolores que enamoró a un señorito de esos del flirt y le despidió ella porque no supo el pinturero seguir a María Dolores en una prueba de alpinismo? Él pinturero se fatigaba. Los señoritos no tienen derecho al flirt. No pueden saber flirtear. Que flirteen con una montaña.

Y, sin embargo, en el Paseo hay enjambres de parejas que juegan al flirt y serán vencidas por una montaña o por una descendencia enclenque. Parejas que cuando tengan cuarenta años, dirán melancólicamente:

—Aquel flirt del Paseo...

Feliciano encuentra a Jusepe otro día en la calle más ciudadana y alumbrada y le cuenta la conversación del Paseo.

—Yo también creo —dice Jusepe— que el flirt debe ser una prueba de resistencia rápida y no un discreteo como el de las comedias llamadas irónicas y amables a lo Tristán Bernard, con lagrimitas al final.

—Son comedietas para conmover a gentes lagrimales. Cada comedia, un flirt en tres actos. El teatro es más para reír o llorar que para pensar.

—Y muchas comedias no son más que mítines en tres actos.

Este alegre grupo se confunde con la gente que pasa. Jusepe grita más que todos y tiene una voz chillona, agresiva y convencida. Si Jusepe fuera poeta, no escribiría madrigales entrecortados y meteóricos. No tendría paciencia para medir endecasílabos, y en cambio la tiene para pasar la noche en un laboratorio de química. Es íntimo de Quinet, lo que no quita a discutir siempre con el aprendiz de mirar sobre mil cuestiones del aprendizaje ni a pasear los dos toda una tarde sin dirigirse apenas la palabra.

A Jusepe le parece que las mujeres van aprendiendo a vestirse y a andar gracias al cine, aunque con servilismo.

—Aquella chavala —dice— se ha puesto una túnica sencilla y proporcionada... Aquella otra va demasiado *smart trimming features distinguish the new models*... Hay que reírse del figurín y del corsé... Esta, ésta sí que tiene unos ojos que pasan de castaño oscuro... Hay que ver cómo va diciendo que la elegancia no se compra en un taller de modista... Hay que ver cómo dice: «la elegancia soy yo».



Azul

Azul es la ciudad en su delicadeza vespertina. Porque azul llega a la ciudad para disipar nimbos y decirnos que la santidad no está más allá de las cosas, no está en la aureola, sino en la integridad de las cosas mismas. Azul deprime lo que ciega y requiere lo que alumbra. Azul aleja la confusión y acaricia la tierra después de las detonaciones luminosas. Azul es hechizo de claridad.

Quinet se apasiona de azul. Su amor de claridad se complace en este azul de las tardes traído por lluvia de estío y oreado por el soplo tónico, suave hoy, del animoso cierzo. No hay resplandores deformadores, no hay cataratas ni rayos que taladren con luz violeta. Las nubes huidizas, escasas, húmedas y remotas, entonan términos y distancias en el horizonte limpio. No se explica Quinet en este ambiente el desorden ideológico que es un murciélago y otro murciélago y otro en su ambigüedad volátil y nocturna, o bagatela, brillante y enjaulada —colibrí preso— o constelación de lucernas que esmaltan la noche de los que viven en perpetua noche y llama a soñar más que a vivir. Azul apasiona a Quinet. Azul es un

descendimiento bien proyectado, en tintas planas, sobre la concreta perfilada Ciudad Mudéjar.

Todas las cosas son más permanentes bajo el azul, más íntimas y agradecidas, más antípodas de espasmos lúgubres. Hay ya muchas nieblas en la mente y en la decisión y en el dolor presentido para que nos asalten bandadas de cuestiones previas en los recodos sombríos de las cosas. Todo lo teñido de gris se avergüenza del advenimiento del azul. Aquella nube que estaba sobre el campanario puntiagudo y parecía una masa redondeada y gaseosa que sale por la veleta como esencia de un pulverizador, ha cedido al encanto azul. Como el sol, que ha deliberado galantemente con la tarde azulada y se ha despedido, comanditario de otros mundos.

Aire sutil norteño insinúa un delicioso escalofrío que Quinet estima como dosis de complacencia, regalo y codicia de los centros nerviosos, aroma de vitalidad, invitación a las cimas del azul mate lejano. Sube, sube, que te llama la nube...

La tarde en la colina es una zona de horas empapadas más que salpicadas de azul, sin depravaciones ni columpios alocados, tarde para la concentración y la órbita perfecta, bella tarde pitagórica que aparta el pánico del entendimiento.

Quinet se apercibe a emplearla dignamente. Los límites de las cosas y las cosas mismas en sus perímetros y dentro de su acabamiento, se descubren, bajo el azul, por atracciones nuevas. Ahora comprende Quinet cómo son solidarias la geometría y la forma humana en la belleza escultórica y que los pedestales arbitrarios y los picachos de los monumentos de la ciudad se construyeran sobre asfalto y montañas simuladas por hombres capaces de ser comisarios o algo así; pero que un héroe necesite un

friso, una fuente cercada de azulejos, un jardín, unos árboles, un templo; que necesite, lo primero, señores de las comisiones organizadoras, un escultor.

Quinet se pregunta si pueden construirse jardines urbanos desproporcionados y asimétricos. ¿Conviene simular en poco espacio, ni en un mucho, el tumulto forestal que en las selvas es bello, porque la belleza no es única? Quinet ama las selvas auténticas, no el simulacro caprichoso, sin lobos ni sierpes, por supuesto. Quinet sueña en pequeños boscajes geométricos, en un huerto casero capaz de ser cuidado por él mismo.

Estas ideas se han complacido bajo el mágico azul de la misma tarde empleada por el señor Castro Sama en digerir media perdiz y leer unos vaticinios políticos, los mismos que se hacían quince o veinte años atrás y con idéntica amenidad acerca de los planes de cualquier vejistorio y de las entradas y salidas de los mandones en el alcázar. Los periódicos no saben ahorrarse semejantes informaciones externas que contribuyen a afirmar la creencia en fantasmas. El señor Castro Sama es inocente y español hasta el extremo de creer en la existencia de los subsecretarios.

Como, anochecido ya, tiene que salir a conferenciar con su agente de Bolsa y recuerda que Quinet debía licenciarse en estos días, va a casa del joven a última hora de la tarde, cuando supone que Quinet ha regresado ya.

—Enhorabuena.

—¿Pues qué pasa? ¡Ah, sí! Muchas gracias.

—¿De manera que bien, eh?

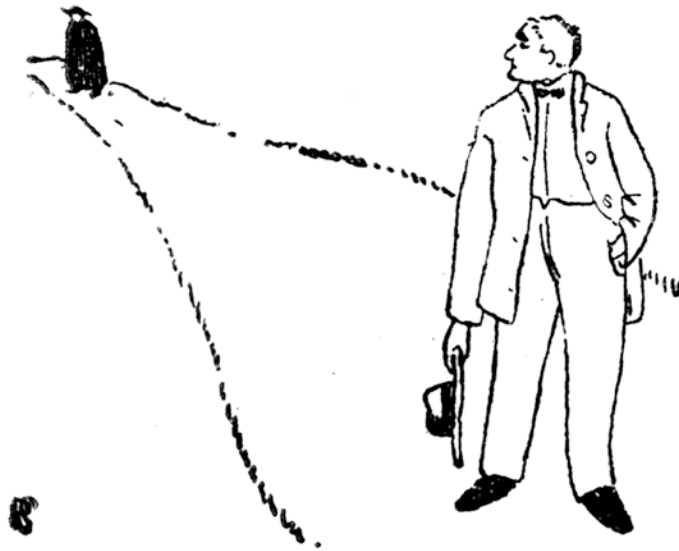
—Bien.

Quinet, insaciable de azul, escucha el parabién y contesta al señor Castro Sama con indiferencia correcta. ¿Qué es una licenciatura en su apetencia de azul? ¿Por qué —piensa Quinet— no he de poder dialogar con este hombre y alegrarnos en el azul?

En la retina del joven tiembla en afirmación de azul, la sonoridad, el donaire, la fértil vehemencia de una contemplación espléndida y ajustada que se complace en ofrecer nuevas suscitaciones como victorias conseguidas por el aprendiz de mirar. Está Quinet fortalecido por la suavidad del azul, modeladora y maestra del temperamento: está enamorado del azul.

Subir el señor Castro Sama a la colina, al mediar la tarde aireada y humedecida, hubiera sido exponerse a un disgusto familiar, coreado por hijas y yernos. Si Quinet cantara un himno al azul y no hablara de la licenciatura, ¿creerla el señor Castro Sama que el nuevo licenciado era un ente de aquelarre? Quinet se refiere dócilmente al azul. El señor Castro Sama no ha reparado en el azul, no sabe nada del azul.

Como tantas y tantas gentes, admite milagros y apariciones y no ha visto jamás el milagro azul, la aparición azul.



Casta

El padre de Quinet había nacido en un lugar montañoso, de padres labradores. Fue el menor de los hermanos. Estudió la carrera con grandes sacrificios, ganando la vida en una farmacia, hasta que se hizo médico.

Se casó con una joven esbelta y maciza, hija única de un médico de la ciudad, y fue a establecerse el padre de Quinet al mismo lugar de su nacimiento para ejercer la medicina.

Cuando Quinet iba a venir al mundo, los padres llevaban dos años de matrimonio. Se trasladaron a la ciudad y Quinet nació en la casa materna. Volvieron los padres al lugar y poco después murieron los abuelos maternos del pequeño Quinet. La madre de éste heredó una casa en la ciudad, comprada a fuerza de ahorrar toda la vida.

Quinet iba creciendo en el pueblo. Su padre, fervoroso y romántico por las ideas de la Enciclopedia, educó al hijo después de leer y releer el Emile. Guardaba una afectuosa adhesión a Rousseau, no empañada por esa especie de crítica poco premeditada que desearía encontrar en Rousseau el eco de los escubrimientos posteriores a él. Quinet tenía los pulmones fuertes y la mirada expresiva. A los doce años salió de la escuela rural. Como era inteligente, habla faltado a casi todas las clases; no sabía qué es diéresis o crema ni quiénes eran los amalecitas, pero cruzaba el río, trepaba por los árboles, desobedecía cachazudamente a todos, se hacía esperar a las horas de comer, le gustaba andar descalzo y no seguir ningún consejo.

¡Qué buen profesor había sido el padre para el hijo! Dibujaban mapas y rutas, hacían estadísticas de producción, de analfabetismo y de nacimientos. Leían libros de viajes. Habían visitado las Barbadas acompañando al capitán de quince años y los encantadores relatos de los viajeros ingleses les habían llevado por selvas, puertos y montañas. Salían al campo a estudiar la botánica. Tenían una linterna mágica para proyectar panoramas distantes, un gimnasio, un equipo para rondar montes y un pequeño laboratorio.

Los fenómenos naturales eran estudiados sin la seca petulancia de las aulas. El médico hacía la crítica de la historia en sentido biológico. Se detenía en la maciza belleza de la geometría. Aprovechaba las obras maestras para formar en el estudiante, con lecturas detenidas y comentadas, un gusto personal. Se valía de buenas reproducciones para mostrar la antigüedad y daba una importancia constructiva y excepcional al dibujo.

Quinet no tuvo hermanos y la familia labradora de su padre se extinguió después de malvender el patrimonio y emigrar el heredero

y el segundón a América, buscando allí la fortuna que no tuvo a bien surgir de los tapetes verdes.

Hubiera podido el médico salvar los bienes con algún sacrificio, pero no estaba en sus opiniones explotar la tierra con brazos ajenos y dejó pasar las subastas. Lo único que rescató, poniéndose de acuerdo con los acreedores, fue la casa natal y un huerto contiguo de media hectárea. Hizo algunas reformas en el inmueble y trabajó con Quinet en el huerto, que tenía un pozo blanco y veredas limitadas por parras. Vivió en la casa que tuvo que pagar a plazos deducidos de la conducta o haber de su profesión, ya que la casa de la ciudad producía poco.

De los emigrantes nada supo el padre de Quinet. Era el médico la compensación de aquellas vidas inapetentes para el trabajo.

Espíritu ponderado y estudioso, tomaba muy en serio sus deberes paternales. Acostumbraba a repetir que tan criminal es a veces dar una vida como quitarla, y que algunos hijos vivían huérfanos a pesar de tener padres.

Leía revistas extranjeras y había acumulado experiencias y conocimientos muy honrosos. Su biblioteca guardaba lo mejor de lo último y lo bueno de todos los siglos. Se había especializado en neurología y era conocido por sus investigaciones personales.

Con el párroco del lugar había discutido muchas veces. No discutía ya. El párroco se sentía atraído por la vida austera del médico y por la seguridad de su dialéctica breve, sin frases de artículo de fondo ni ampulósidades de mitin, ocultando gran parte del tesoro científico para no señalar excesiva superioridad. Aquel médico, un poco dolorido por las miserias humanas, aunque animoso y cordial siempre, era tan comprensivo y atrayente en su descreimiento, que

el párroco sentía más deseos de abrazarle y de confesarse que de confesarle.

Se irguió la tragedia entre los dos hombres. Las dudas del párroco hicieron que éste fuera apartándose del médico por temor a caer en la sima negra de los descreídos. El apartamiento era otro dolor y otro desasosiego para el sacerdote.

Comprendió el padre de Quinet que en la severidad del párroco había un poema afectivo y una falta que jamás cometen los hombres de mundo. Extremó su afabilidad, teniendo el tino de no emplearla con inoportunidad ni de creerse vencedor y acabó por convencerse de que el párroco sufría horriblemente; no quiso insistir en demostraciones amistosas que podían interpretarse como oficiosidades de apostolado laico. En el fondo de la cuestión veía el médico una debilidad y un pavor al diálogo, que le atravesaban el corazón.

Un día se vieron desde lejos en un olivar. Iban en dirección opuesta por el mismo sendero. El párroco se desvió.

Pasaron dos o tres años el párroco y el médico esquivándose mutuamente, hasta que el clérigo fue a tomar posesión de una parroquia de más categoría. El nuevo pastor de almas era un curita delgado y presuntuoso, gran organizador de novenas teatrales, intrigante y politicón que leía «Razón y Fe» imitaba a los jesuitas y recargaba con media hora la misa dominical para hablar mal de aquel procurador melifluo que se llamó don Segismundo Moret. Las devotas viejas del pueblo salían de la iglesia creyendo que Moret era un diablo recién doctorado. Otra de las manías del párroco nuevo, era establecer sindicatos netamente católicos, o lo que es igual,

amarillos. Alternaba con los señores territoriales; quería hacer olvidar que él había salido de una choza campesina.

Sospechaba el médico que las sacudidas del corazón de su padre, que había sido muy jugador, tendrían dolorosas resonancias. Recordaba que en su adolescencia había padecido alguna crisis, algunos fríos aldabonazos cardíacos.

Murió repentinamente. Quinet estuvo mucho tiempo idiotizado y no pudo examinarse del último curso del grado.

La esposa del médico y Quinet dejaron el pueblo y se fueron a la ciudad como dos fantasmas.



La madre de Quinet —Isabel— dejó la casa y el huerto cuando abandonó el pueblo buscando la salud del hijo, tres o cuatro meses después de la muerte del médico. El facultativo que sustituyó al padre de Quinet, arrendó la casa y la tierra.

Vivían Isabel y Quinet en la casa heredada por la madre, en una plaza mudéjar de la ciudad.

Era un edificio fuerte y bien dispuesto. Se alquiló todo, excepto el piso principal, que ocuparon ellos. Con la renta de esta casa y unos miles de pesetas ahorradas por la familia en los últimos años de la vida del médico, la viuda y el huérfano podían vivir modestamente.

Del pueblo había llevado Isabel a la ciudad una moza, más como discípula de trabajos y primores caseros, que como criada de servir.

En algunos espíritus, la risa y el llanto son solícitos como partes de un vaivén; en cierto modo, se complementan. La madre de Quinet se saturó de dolor y no con la desazón de las que consideran

indispensable hacerse desagradables, vistas y escuchadas a fuerza de pregonarse tristes.

Puso en Quinet las mejores delicadezas maternas. Fue enfermera y mil veces madre de aquel adolescente a quien faltaba la luz tan pura de un hombre tan puro. Sonreía ella por bondad, por animar a Quinet doliente. Perdía noches y días. Era un espíritu cándido, pero incapaz de aturdimiento. Hay en estas generosidades clara luz inmortal. Todos se habían anticipado en el pueblo a idealizar el nombre de Isabel con el presentido reflejo de aquella luz.

Ella comprendió su misión. El padre se corresponde con el hijo mediante la madre. En esta sazón veía Isabel la eternidad, que no era para ella sino la maternidad sucesiva y consciente. En el amor al único hijo, comprobaba una resurrección. Sentirse madre en la continuidad sin fin, madre en el desprendimiento y en la solicitud, eran los deseos de Isabel; y los deseos se cumplían tan sin ruido, que merecían la categoría de ejemplos. El médico había refinado la sensibilidad de Isabel haciendo que comprendiera ella la grandeza de la maternidad en el determinismo inmediato y activo y en la vida severa que carece de máximas concluyentes y enfáticas, pero posee agilidad de equilibrio y cierto amor a la limitación y a la pura modestia.

Si alguna vez notaba cerca de ella esas bocanadas de lascivia satisfecha que se advierten en algunas mujeres poco inteligentes o el gesto de los que no se dan cuenta de nada o el resoplido de los filisteos, Isabel disculpaba las groserías, pero se sentía cada día más alejada de tales gentes y más identificada con Quinet, hijo de sus entrañas; hijo otra vez de sus cuidados, de sus horas de tristeza y de su pensamiento. Era aquella una maternidad perfecta.

Se había hecho en Isabel el silencio de los que no se desengañan porque deliberan familiarmente con el desengaño presentido. Su jovial ingenuidad no irradiaba pensamientos pálidos, tan molestos y persistentes en las exterioridades premeditadas. Hablaba del amado muerto y era tan deferente, que no trataba de atraerse ninguna compasión. La acritud del dolor era enemiga suya y el valor más fortalecido su valor.

En la formación del carácter de Quinet había sentido Isabel un refinamiento de dolor sereno, uniendo la idealidad del recuerdo con la vida ocupada. ¿Resignación? Era resignada en cuanto puede una resignada no ser olvidadiza. Por lo demás, no aceptaba la resignación. Veía en la resignación usual, el deporte religioso de una raza cuyos pecados consisten, precisamente, en conformarse, y en el arrepentimiento, una devoción relamida, necesaria a los pobres débiles diablos con pretensiones de perversidad y de precocidad, cuando apenas aciertan más que a ser zafios.

La figura de Isabel era delicada y pensativa; la edad bien llevada. Era una mujer de gracia consciente profundamente humana, libertada de la tiranía de exhibirse y de la pesadez adiposa de las aposentadas.

Galsworttuy habló de gracia coherente. Isabel anunciaba un ser íntegramente coherente. Esta virtud de la coherencia es de las más raras, porque no se aviene con la vida episódica de nuestras colegialas destinadas a deslumbrar y a deslumbrarse tecleando inopinadamente, pintando flores inopinadamente y adoptando empaque de colegialas hasta el advenimiento de los nietos. No era Isabel una fastuosa dama pomposa a lo Rubens. En su trigüeño armonizaban las pálidas rosetas de Goya, apasionadas, pero

coherentes de expresión, con los ojos comedidos, saludables y negros.

Gustaba Quinet de tratar a Isabel con galante respeto, grato a las madres jóvenes. Advertía ella tales delicadezas filiales y las agradecía con el deseo de merecerlas. ¡Estaba tan orgullosa de su primicia!

España fue invadida por una epidemia. Isabel se sintió atacada y comprendió que sólo quedaban para ella las horas de la muerte. Siete días vivió sufriendo. Un amanecer murió con las manos trenzadas en las de Quinet, los ojos en un anhelo conmovedor y las palabras heladas que decían:

— ¡Corazón mío, corazón mío!



Los dos años que siguieron a la muerte de Isabel, vivió Quinet en una fonda. Trasladado de nuevo a su propia casa, se instaló y simplificó la vida porque vivió solo. Comía en una fonda.

El gabinete de Isabel es un dormitorio relativamente grande, conservado tal como estaba cuando murió la madre. En este recinto entra Quinet todos los días buscando la sombra de la maternidad, como si quisiera neutralizar la inclemencia de fuera. Quinet se consuela en el cuarto de su madre de la soledad arisca que poco a poco se hizo en torno a la mesa del café, cuando se alejó un amigo que iba a encontrar a su novia y otro que iba a lo mismo y otro, y Quinet pidió un limón agridulce que bebió a la salud de la novia que él sólo no tenía.

Entre las paredes sagradas, Quinet adora a su madre bella y muerta, flor sin ostentación arisca ni fachendosa, madre que encendió la llama purificada de oscilaciones en el espíritu de Quinet.

El joven va exaltándose en este culto a los antepasados y la sombra de su madre se le representa como fuente de eternidad. La madre se hizo digna de esta emoción que por sí misma, en una continuidad de propósitos y de hechos, enlaza los siglos pasados con los siglos que vendrán. La otra eternidad es de concilio.

Estos pensamientos se corresponden con la belleza de una torre mudéjar frontera. El balcón no tiene los espesos cortinajes tan de salón de trono, tan obedientes a los que odian la luz. Unos libros hay en la estancia —los libros de Isabel, encuadernados con primor—, un costurero, dos armarios roperos antiguos y grandes con embutidos de boj, una consola, tres aguafuertes de paisaje con marcos de talla, dos sillones de cuero negro, un grabado francés —globo que se eleva—. Las paredes están pintadas con cal azulada en tono fuerte. Zócalo de maderas oscuras, combinadas y entrecruzadas a manera de mosaico. El suelo, como todos los suelos de la casa, de roble. Cielorraso. Un rosetón central de colores vivos, dominando el morado intenso. Del centro del rosetón, pende una lámpara antigua de bronce, pequeña, bruñida, sin añadiduras industriales, una lámpara comprada por el padre de Quinet a un chamarilero oriental en París y parecida a las de la iglesia ortodoxa de la rué Daru. Sobre el lecho de Isabel, un damasco lusitano y bermejo. En la cabecera el retrato de Quinet niño, solo en busto, con cuello abierto de gentiles y antiguos encajes. Este retrato recuerda, por el carácter, al niño vestido de claro que hay en el cuadro de las vejigas, pintado por Goya.

El despacho no parece despacho. Los libros están escondidos en dos arcones tallados y en un pequeño armario de librería, severo y cerrado. Una arquimesa sólida y fina de proporción como diminuto palacio de arquería florentina, dos mesas grandes de nogal y

soportes salomónicos, sillas de Daroca... En las paredes hay mapas y perspectivas, una fotografía de estampa de Durero, un cuadro con bordados de cañamazo —pájara pinta, una verja, una quinta, una flor— y marco lustroso de cerezo que Isabel recordaba haber regalado a sus padres cuando ella tenía doce años y aprendía a bordar. El cuarto de baño es sencillo, cómodo y gastado por el uso.

La sala de respeto, tapizada de amarillo, tiene la pureza intacta y tradicional. Sillería vieja y azul. En las paredes, lindas obras maestras de miniatura— una dama ojerosa, una cabeza de niño rubio, un doceañista— limitadas por cuadros de madera o por un óvalo cincelado. En otro lienzo de pared hay una reproducción de La gallina ciega, de Goya. En la presidencia de la sala, dos retratos pequeños de los padres de Quinet cuando eran solteros, retratos un poco descoloridos y rígidos, pero que idealizarían cualquier álbum. Los retratos están en marcos de marfil liso, bajo una de esas antiguas composiciones floréales sobre cristal.

En el comedor hay sillones, la mesa pequeña de trípode, un repostero amarillo con bellas fantasías decorativas del Perú. En las paredes grabados ingleses y cerámica de Muel.

Dos cuartos más, amueblados sencillamente, la cocina y una galería pequeña, completan la casa de Quinet. No hay profusión de objetos; aunque sean bellos, quieren siempre limitación. Está todo en su sitio vigilado, inventariado en la predilección tanto como en el archivo de Quinet, mil veces acariciado, abierto al aire y a la compañía, reluciente, limpio y bien guardado.

Al regresar Quinet después de la ausencia, la sonería de un reloj viejo y todas las cosas reciben a su dueño con cierto entrecejo. Quinet, tras un modesto libertinaje o un paréntesis viajero, está un

par de días sin salir de casa, como si quisiera desagraviar a sus amigos, como si buscara una reconciliación entre sus antepasados y la vida oscilante.



Cartas

Ciudad Mudéjar...

Tienes razón, Lecina. Mi libertad es tan grande como mi soledad. Tengo todos los caminos abiertos. Puedo faltar a la mesa, hacerme cartujo, vivir en el pueblo, declararme a una chavala de taller o de notas de sociedad, estudiar el doctorado o la cría de jilgueros.

Me sería fácil jugar y ¡oh, libertad! perder. Mi presupuesto es modesto y la gente tan aparatosa... Si nos ve en una calesa ya está llamándonos pillines, calaveras y otras tonterías. Quiero decir que hasta puedo dar una vuelta en calesa y por poco precio vivir en opinión de calavera.

Como estamos en época de fiestas, las hay benéficas y benéfico-patrióticas. ¿Es absolutamente preciso que un aspirante al ministerio

fiscal se ponga tierno y salga a accionar como un mozo de comedor? ¿Qué necesidad tienen estos aficionados de presentarse adamados, como dicen los autores clásicos? He asistido a una fiesta española. Indudablemente debió ser organizada por algún bromista señor, enemigo personal de Albéniz y Granados, porque estos autores fueron maltratados por el sexteto. Las manolas, un atractivo, como diría Feliciano, porque accionaban y hablaban sin reposo.

¿Hace falta que una manola sea ardilla? Chisperos, majos y tonadillas, la irrisión. Lo patético fraternizaba con la beneficencia. En esto hay cierto simbolismo. Los señoritos que se ponen tiernos en el tercer acto y piden para un asilo, no son más que irnos bromistas, aspirantes al asilo de la plantilla, del balance o del suegro rico. Ellos se pueden divertir, pero ¿qué les han hecho Granados y Albéniz para maltratarlos?

Los mismos jóvenes de la fiesta española organizaron días antes una *garden party*. Parece que en una *garden party* hay que estar un poco británico, como dice el suizo del Banco. Pues no; era todo español, sin poderlo remediar.

No es tan fácil extranjerizarse como creen los patriotas.

Con motivo de los incidentes de Cataluña, se cree aquí que en Cataluña hay separatistas; como si no supiéramos lo bromistas que son los ultraespañoles autonomistas de la periferia, predestinados, como los de la unidad, a alborotar de vez en cuando como si les doliese el hígado.

Me preguntas si me preparo. Eres malévolo. No me preparo. Eso mismo me preguntaron sin malevolencia en casa de Castro Sama. Estaba yo aquel día de buen humor y vine a decir que el Estado no ejecuta el Derecho, sino al Derecho, y que la santidad de la toga y

hasta cosas tan serias como el espadín de un ujier de sala, me parecían motivos inventados exclusivamente, para hacer colmos. Cuando pienso en estas cosas, sin embargo de lo cómicas que son, me siento expuesto a un ataque de hipocondría. Me veo inscribiendo y agravando latrocinios, cubierto con una hoja de parra hipotecaria; me veo oyendo decir al bromista del párroco que los tiempos van mal y que hay que poner un valladar. Creo que el señor Castro Sama empieza a escamarse porque hablo en tono poco respetuoso del valladar.

Hemos hecho una excursión a la montaña, sin itinerario previo ni guías. Quisimos hacer honor a nuestro perímetro torácico y a nuestro desparpajo en los trances improvisados. Vinieron Rafael, Jusepe y Rodela. Feliciano quería acompañarnos y por fin desistió porque en la montaña no hay lobos y dice que tiene muchos deseos de ver un lobo para desahogar el corazón y decir: Hermano lobo, hermano lobo...

Feliciano estuvo algo loco por una apetitosa de las «Cuarenta horas». El destino de Feliciano es enamorarse de todas las señoras del Apostolado, de todas las celadoras. Va a honesta distancia de ellas y cuando se separa, recita versos conceptuosos como estos de «El lindo don Diego»:

Señora, no se despide
Quien deja su alma asistiendo
Al culto de vuestros ojos
Desde que vive de verlos.

Cuando se convence de que ella pasa media vida visitando iglesias y conventos, Feliciano se desengaña, dice que es víctima de una

atracción ancestral y recuerda las ironías de Eça de Queiroz sobre los aromas teologales.

Feliciano es lo contrario de un bromista y casi perdonaría que hubiera articulistas de fondo y polizontes si estas gentes fueran capaces de no ser vulgares y bromistas cuando hablan en serio.

Es muy grato hallar este humor de Feliciano tan distinto del humor de llorones y bromistas. Feliciano es un gran carácter en agraz.

Estoy haciendo ejercicios espirituales. Me he propuesto guardar un retiro para trazarme los caminos posibles. No podría decirte lo que resolveré, pero te anticipo que no he de emprender el camino de la gloria, ni el del empresario ni el de ningún escalafón.

Oreo que la verdadera gloria no es más que la vida bien ocupada y de ahí que sea tan fácil alcanzar la falsa gloria en el mundo de los desocupados. El interés por el interés tampoco es cosa de mi jurisdicción. Concedo hasta que un hombre tenga hoy interés en acumular dinero en suficiente cuantía y sin explotar a otros, para adquirir algo que no todos quieren comprar, como la ciencia, el viaje de avidéz intelectual y la selección del medio, limitada a una amable disposición de las cosas para sentirse más acompañado de ellas que del valor o del amontonamiento de ellas. Lo que no comprendo es la plétora de dinero, la cantidad más allá de lo requerido para desenvolverse, la suma destinada a producir más sumas y no a producir más cultura, más bienestar. Cualquier patán enriquecido va mejorando sus posibles mediante el privilegio o el azar y manda en su testamento que se le entierre con hábito de fraile mendicante.

El hombre ocupado no desea deslumbrar al prójimo, que por otra parte se deslumbra cuando no tiene carácter, como se deslumbran

los antílopes, con algunos colorines. Por consiguiente, la limitación en aspiraciones sociales sólo puede darla el hábito de trabajar. Si un marqués fuera un gran escultor, renunciaría al marquesado por no renunciar a modelar.

Los jóvenes «bien» son desdeñosos con el estado llano. Se equivocan en esto. Y pagarán su error viendo un día como el tenido por ínfimo sabe más idiomas y más itinerarios y más cosas científicas y tiene más sensibilidad y hasta que se viste mejor y gana más que ellos.

Hay evidencias de esto que te digo y que empiezan a preocupar a la clase media. Un señorito español con carrera, no podría hoy competir con un mecánico inglés, norteamericano o español mismo que haya viajado un poco, ni siquiera en prestancia. El trabajo cuando no es servil y mal pagado, como en el campo español, da flexibilidad. En vano se quiere remediar esta falta de elegancia en la clase media con los deportes reglamentados y destinados a las páginas de semanarios. No son más que monerías de imitación. Los blandristas quieren imitar a los remeros y hasta hay señoritos que se ofrecen para conducir tranvías en las huelgas, porque saben que aquello va a durar tres o cuatro días. Pero hay un nuevo sentido del tiempo: encuentro a un conocido no visto hace dos o tres meses, hablo con él, y, según lo que dice, me parece que ha envejecido veinte años o que es más joven.

El cine ha contribuido algo a hacer suelta, internacional, aunque no mucho, la indumentaria y los ademanes de las chicas. Esta soltura no se advierte en los señoritos que son entre pintureros y enfermizos y leen una prensa hecha por la clase media que no ha querido renovarse ni airearse y tiene un corte de nota oficiosa,

pesada, con informaciones de pueblo sin bosques, ni escuelas ni baños.

En la excursión que hicimos a la montaña, encontré en un mesón otra de esas novias imposibles, que son mi especialidad. Era morena, toda ella primor y esbeltez del pueblo, pero se iba a casar. Se llama, a mi gusto, Venus Fluminis. Sin literatura, porque se baña en el río.

¿Cómo se divertirá la gente cuando no haya gigantes ni comisiones de festejos? Doña Beneficencia sigue haciendo de las suyas. ¿Se divertirían estos profesionales de la tómbola si no hubiera pobres? Por lo visto, la única manera de luchar contra el alcoholismo es instalar depósitos de amoniaco. ¿No crees que la caridad viene a ser para la pobreza lo que el amoníaco para un beodo? Siempre será mejor evitar la pobreza y el alcoholismo que perpetuarlos con un alivio de céntimos o un remedio de amoníaco.

El señor deán ha dicho en un discurso de Reconquista, que la civilización era el catolicismo y la barbarie el Islam. ¡Pobres sarracenos y pobre idea la que tiene el deán de la cultura de la media luna!

En Muel, todos los alfareros, según cuentan las crónicas, hubieran ido con más gusto a la Meca que a Santiago; era cuando se exportaba azulejería a Napóles y los moriscos sostenían la bella industria; en el pueblo sólo había tres cristianos «viejos»: un escribano, un clérigo y un tabernero, que sin duda representaba allí la civilización contra la barbarie de los alfareros, expulsados en un arranque de civilización de los que nos dan, así de pronto, a los españoles.

Y es que resulta más fácil heredar una casa que construirla.

Dijo también el deán, durante un párrafo histriónico y fulminante, que los sarracenos representan la negación de la familia. En labios de un célibe, eso de la negación de la familia, a título de reproche, tiene cierta gracia.

Me preguntas por el nuevo sitio de la ciudad de los sitios. Efectivamente, un sitio en toda regla: cañones, sables, bayonetas... Y, asómbrate: el nuevo sitio no ha indignado a los patriotas. Esto me sume en un mar de dudas, mar que naturalmente, es proceloso. Las informaciones de grandes y pequeños rotativos no te darán idea de lo ocurrido, porque son informaciones de polizonte. Entre amarillos, escribas y fariseos, confidentes y policías honorarios, la ciudad sitiada me parecía más bella que nunca. Tenía como un orgullo de merecer el sitio marcial. Era un nuevo orgullo de ciudad martirizada, pero capacitada para acabar con el martirio. Había en los sitiados un fervor callado, hecho del sufrimiento de todos los siglos malditos, arranque de fuerte desprecio. Entonces vi el espíritu de la ciudad que aterra a los poetas de festival, a los cajeros de banco, a los galeotes del periodismo satisfechos de su servidumbre, a la gente de estrado, a los burócratas apabullados por el miedo.

Los obreros aparecían por los soportales o por las plazuelas, llevando en el rostro un extraño resplandor y una entrecortada decisión. La ciudad era mi idolatría en su vigor de futuro. Me parecía que hasta los muertos entre sombras de miseria y las inteligencias malogradas, iban a resucitar para abrazarse a los que no querían morir irresponsables del porvenir. ¡Ah, si esta predisposición se convirtiera en afirmación de personalidad individual en vez de afirmación de jornal!

Lo de menos era la exterioridad de la huelga, manifestada en la delicada fuerza que había creado la ciudad, las tallas, las industrias,

los paisajes; la huelga era misticismo; no representaba aún matemática ni resolución justiciera; era un sentimentalismo de jornal, demasiado estruendoso para no producir una hecatombe necesaria.

Abrazos.

Quinet

VILLA DE SEGUNDONES



Romance

BASQUIÑA

—¿Por cuánto darías la basquiña?

—Por nada del mundo la daré; es la basquiña de mi madre, que siempre guardo y guardaré; el Jueves Santo, por la tarde, todos los años la llevaré.

La basquiña de María Antonia es mi tentación con sus cuatro colores bajo el claro mantón y el corte redondo y pomposo de jubileo y tradición.

Suelta sobre las maderas sin estrechez de inquisición... Antes que en Francia se bailara ningún minué de salón, nació encendido y campesino el Pompadour de Aragón.

Seda levantina sin reflejos es la basquiña; el color, morado igual que túnica nazarena de fiesta mayor.

Cada palmo tres flores menudas sobre el morado de Pasión, como luceros bordados de fragantina constelación.

Una flor es oro antiguo; otra, tallo de tragal, húmedo a la mañanada en el tempero invernal; la tercera flor tiene eminencia, como color de cardenal.

ROSA VAQUERA

Viuda Rosa Vaquera desde el fosco tiempo gripal, acabar de morir el vaquero, Rosa Vaquera tuvo un zagal.

Lozana y enlutada, guapa viuda de apetecer, cuando pasa la gente, como si se fuera a esconder.

Lo mismo el Jubileo que el Viernes de Pasión, Rosa Vaquera ha perdido la paz de su corazón.

Fresca, esbelta y maciza; morena y en sazón, no hay hombre que la mire sin amorosa compasión.

El dicho lo dice, no puede mentir: si una viuda te mira, tendrás que morir.

Lleva luto en los ojos y en la voz temblor. El duelo de los ojos, como tiempo llovedor; temporal y aguacero son lágrimas de ardor.



Hermano del vaquero, de la mina volvió. A Rosa Vaquera ¡qué guapa encontró!

Sin saber por qué, sin saber por qué no, sin decirlo ni a ella, luego se enamoró.

El pueblo por los ojos del galán miró. Nada, nada sabía... Todo lo adivinó.

—Unos terneros de recrío, en la feria compraré.

El coro dice mal pensado:

—Ahora sí qué, ahora sí qué...

Se ríe Rosa Vaquera, al parecer sin ilusión.

—Nunca quieras, Rosa Vaquera, dar al pueblo lición. ¿Si todo se sabe en el mundo, no reboces la intención.

Rosa Vaquera se compone. ¿Por qué se compondrá? Ella liada pensaba. El coro manda y mandará y un romance picaresco canta que cantará.



—¡Rosa Vaquera, Rosa Vaquera! ¿No me quieres responder?

—Aquí tengo la mensajera. ¡Santo Dios qué poco quihacer!

—Si no digo a qué vengo, que lo sepas no puede ser.

—Yo no sé por qué vienes ni lo quiero saber.

—Como vives tan sola, ganar puedes que no perder. ¿Quién llevará los terneretes por las ferias a vender?

Es el eco del coro; mejor intención no puede haber. Si el galán nada dice, ella no se puede encender.

Tal piensa Rosa Vaquera: no declara su parecer.

La mensajera, un poco bruja, pensamientos puede leer:

—El galán no quiere ser otra cosa. ¡Qué pronto se van a entender! Tres amonestaciones en una el cura tendrá que hacer, y en la curia la dispensa, paga a punto, tendrá que correr. Si tú llevas más años, ¿qué tiene que ver? Cinco o seis de ventaja ¿dañan al buen querer? A la virgen del Amor Hermoso, candelas vamos a poner.

Ya vuelven de la iglesia, son marido y mujer. Se casaron al alba: la boda he querido ver.

El rubor de Rosa Vaquera, no se puede contener. Las rosetas de ¿a cara, el luto van a enrojecer.

R I O

—¿Qué color tiene el río, barquero?

—Buen color, Quinet... Los colores del río tienen distinción: si llueve en la montaña, color royo, turbio, de buró y tarquín, agua furiente, agua de revolución. Nieva arriba, el río baja blanquinoso, agua con cal. Otras veces el río es verde y otras azulenco. Según el aire que corre se tinta el agua de cierzo, de color de invierno, de tramontana... Cuando estás en seco te acuerdas del río azulenco y no sabes si te acomete la sed del color del río que te viene a la cabeza o del aire del tiempo. Algunas tardes de bochorno el río está fosco, como el verdete de los candeleros.

El barquero lleva cinto de estambre blanco verdecido y ajustador de terciopelo tabaquero. Las abarcas son fuertes: ya han cumplido tres inviernos; se retuercen cuando llueve y se estiran con la sequera. Los peales, recios. El gorro lanudo, de oveja negra. En el cinto un cuchillo que lleva rayadas algunas palabras: «¡Viva mi amor!» Dineros, pocos y gasto con tiento. El hijo en las minas de Francia.

—Conozco el tiempo que viene por el genio del río; se encarraña a menudo como un zagal. En eso se parece al barquero. Callar y obrar, Prim por tierra y Topete por mar. En vida de mi padre pasaba Cucaracha con la cuadrilla derecho a los Monegros, mi padre bajaba y los pasaba a todos. ¿Que llegan los civiles? Muda la boca. El que quiera saber, a Salamanca.

—¿Bajan mucho los navaderos?

—De los Altos Pirineos bajan las navadas, de los Altos

Pirineos, que no se cría un sacre. Lo que bajan son palladas de madrillas cuando viene tronada. No hay mejor señal de agua que una correndida de madrillas.

—¿Y los arrieros, barquero?

—Al pasar la barca, me dijo el barquero: «Si llevas buen clarete, dame de beber, vinatero». Soy buen catavino, Quinet, si los arrieros de la ribera convidan... Esta barca era la barca de los arrieros y de las romerías: el cura iba delante, los gordos y la justicia. Si venía un invierno seco, a pedir agua a la virgen... Pero a mí que no me vengán: los herederos de la procesión pedían agua y bebían ron; y más de cuatro veces reparé que el cura malcarao volvía de la rogativa con el bonete en el tozuelo... La fiesta de la barca es en el

remate del verano, la feria. La sirga y el remo se han de apañar cada año. Pasan las labradoras como santas del altar mayor. Los del pueblo, todos gayata y picardías en el pensamiento; llevan algún pollino brincador; han de comprar lo que quiere la chica y juase un par de duros sin sábelo la dueña...

—En eso de picardías, boyateros y escolanos, barquero.

—Cuando tocan a misa primera, el cimbalico es un enredador. La casera estira la soga del cimbalico, el sacristán la campana Valera. ¡Que vayan a misa las agüelas si no tienen otro quihacer! El cura joven amadruga, es cazador.

Los escolanos acuden cuando la misa va a acabar: «Dominus vobis cum» y mañana vuelta a lo mismo. Si quieres saber picardías, los escolanos te enseñarán: igual cantan latinazos que van al bautizo. Cuando piden una limosna «San Juanico se ha de pintar». Se beben el vino rancio de las vinajeras guiñando el ojo, hacen estropicios en las bandejas de pan bendito y juegan a escondidos por detrás del altar.

—¿Y tu primo Bayona? ¿Aún tiene los pleitos de antes?

—Bayona tenía un pleito con su tío Ramón: le debía

cuatro onzas, desde el año de la venida. Que si me paga, que si no me paga, Bayona no podía pagar y su tío parte a la justicia. Desde entonces llaman a mi primo el buen sentenciador.

—¿Fué Bayona el que sentenció en cuenta del juez?

—Ya verás... Una tarde, mi primo fue a regar.

—La hortaliza es muy laminera.

—Hasta en tiempo de trilla te has de esbarrar... Ya llega su tío a la huerta y hablan entre los dos.

—¿De cuánto acá te arrimas por el campo?

—Aquí estoy regando.

—Si tocas los frutos de embargo, te podría salir mal.

—Que me salga como quiera. Que me lleven al juez. Si me encierran en la cárcel, también encierra el enterrador.

—Eso es una amenaza.

—Calle, matapobres... Ya me trajeron papeleta de Casa del Lugar. No más le debo cuatro onzas, ¿cuántas en quiere?

—¿Y los intereses de la deuda? ¿Cómo se han de dejar?

Bayona tiró el pitillo. ¿Qué mejor ocasión? Más vale remojar a su tío que matalo.

—¡Bebe un trago, mal apero, usurero, ladrón!

El viejo fue a parar a la cequia. Bajaba llena de agua hasta la cintura y más. El agüelo que es regordenco, pedía socorro. Iba a parar a la balsa del molino y en el revolvino se podía quedar.

—Ya está mi tío a remojo, no tengamos un qué sentir... Y Bayona se tiró a la cequia y le salvó la vida. ¡Vaya! ¡Le salvó la vida!

A los pocos días en Casa del Lugar:

—Aquí tu tío hace denuncia, que estuvo a punto de fenecer.

—Señor juez, es al contrario: yo lo tuve que salvar.

—El me sacó del agua, pero primero me tiró.

—¿Cómo soy malo si lo salvé? ¡Y de buena que lo salvé!

Si lo quería matar, ¿por qué lo salvé? Y si lo salvé, ¿cómo es eso si lo quería matar?

Se quedaron de piedra.

—Señor juez, rompa la denuncia y que me premien la buena alción... Cada cual a su casa y se remató el litigio.

El usurero, más muerto que vivo, esgarró los pagaretos. Desde entonces le dicen a mi primo el sentenciador. Malas chanzas tiene el agua, Quinet. Aprende historias de picardías y aprende a nadar.

—No lo dirás porque tengan que ponerme a remojo. Yo no soy rico, barquero.

—Ya lo sé, pero conviene saber nadar.

VELADA

En las calles del pueblo, luna llena. Juegan a marro los chicos y a contar cuentos. No es noche de novena, cuando crecen los sementeros. El cierzo es helador, pero los chicos no tienen frío miaja ni media. «Lluvias generales» da el calendario, pero sólo se ve el mal año.

Quinet quiere pasar una velada en la cocina de Antonio. Al entrar por la calle, una sentencia brilla resplandeciente: pero más resplandeciente es el indulto.

—¡Serás la mía muerte! ¡Serás la mía condenación! ¡Si no me tuvieran por loca! ¿Estas son horas de acudir? ¡Los pantalones rotos, ningún botón en la blusa, el ojo una perdición! Habrás ido a las

vadinas... ¡Te tengo que matar, bafuroso, pezolaga! Ya habrás subido al limonero de doña Isabel...

—Es que el chico del Palomo pega a todos...

— ¡Hijo de mis entrañas! ¡Hijo de mi corazón!

Aún se está caliente al arrimo del hogar. El chico fue a hacer junquilla y el padre a la briba. Luego estarán en casa.

Las mujeres pasaron colada el día antes y a guardar la ropa en la arqueta de la maldad. No hay armario en toda la casa que se cierre tan bien: allí se guardan los orejones y los salamines, el gaviño de la vendimia y la mejor estraleta, los recibos del consumo y los papeles de la viña, los higos de la higuera blanca que se comen la noche de Navidad.

Llega Antonio, el padre. Fue lancero de Farnesio y sabe muchas canciones que el año 60 se cantaban por los cuarteles:

Con salchichón y vino
Nos iremos al tren
A dar la despedida
Al cuartel de Jaén.

El viejo recuerda las canciones que se cantan al desencubar. La más maja de todas:

Vino, vinillo
Salistes de la cepandilla

Y corres más que un milano;
Te subes a la cabeza
Y mandas más que no el amo.
Salto de liebre,
Brinco de zorra
Bebe Antonio; que te pondrás alegre.

Hace la cena en un instante y sabe lo que pasa en el lugar.



Dolorines, blanca y rubia, ya quiere cortejar. Los cortejos los tiene impacientes. Las quince primaveras cumplidas. ¿A quién triará de los que rondan?

Dolorines quiere saber cuentos de brujas. ¿Por qué? Ella embruja a los mozos en el baile. ¡Es más bailadera que una galdrufa!

Dice la madre:

—Ves a la escuela. Aprende a bordar y a coser, las crucetas de cañamazo y las reglas de bien obrar. No te cumple saber brujerios ni tampoco maitines. Si vas a la oliva, te compraré un pañuelo de seda. Nunca seas entradera ni salidera, que no son de fiar.

Interviene Antonio:

—Entraderas y salideras nada se llevarán de casa nuestra. ¿Sabes lo que se llevan más de cuatro veces? El pan que les falta. Ahí tienes la Inés. Bien ganao lo tiene con lo que trabaja el zagal. Se han de subir las coladas, se ha de llevar la comida a Jetulia y siempre a la orden. El heredero necesita más servicio que un general. El que no quiera contenencias, que se esté solo.

Silencio. Dolorines lo rompe.

—Cuando se hacía de día me asomé a la ventana. ¡Si cayera un chaparrazo más aprisa crecería el sementero!

El padre:

—Las heladas tardanas nos acotolan.

Dolorines:

—Que quiten la primavera del calendario.

La madre:

—Calendario sin primavera y cosechas sin procesión.

Quinet:

—Las regueras en los bancales casi están por demás. Tanto vino que dieron los cepos y ¡ayuno! El oliverio está espeso. No se labra el olivar conforme es debido: un año de cosecha y cuatro de descanso; malas labores, poco abono y venga riego. Algunos olivares son barceros.

Antonio:

—El molinero los vio nacer. Tienen más años que espinas. Cuando se escapa algún cordero lechal, la sangre mancha la lana y el zagal tiene que correr.

Dolorines:

—Pero los perros no se enzarzan, ¡familia del diablo! Dan vueltas como cosas malas y brincan de través. Si se quemara el bracero, sin ser santos se salvarían los perros.

Antonio:

—Y aunque fuera santo cualquier hombre, tampoco se podría salvar del fuego.

La madre:

—¡Jesús, María y José!

Antonio:

—No hay más. ¡Que se queme todo! Entre los amos de la tierra y el alguacil del lugar, boticarios y médicos, ¿cómo se puede cumplir? La familia de los pobres vive de medio lao, poruña farfalla se vende... ¿A que no sabéis la canción del gorrión?

—La diga, padre.

Cuando no llueve y hay trigo en las eras
Quisiera gol verme gorrión.
No tendría que pagar facultativos,
Arriendo ni contribución.
El rico no podría Alcorzar la ración:
Sería por demás con alas y canaletas.
Y en las tronadas no faltaría Un forigón.
Volaría encima del campo Sin juez ni corregidor,
Cantaría a media tarde
En la finca del estillador,
Volarían las crías
Por las ramas del andador.
Como habría de todo,
No tendría que ser guardador.
En invierno, vuelo largo,
Con pena o con dolor.

Capitán de cuadrilla:
Un engaña pastor.



Quinet:

—¿Cuándo hacemos una Ufara, Antonio?

—Ya se acaban las lifaras... ¡Aquellas de la bodega sí que eran lifaras de verdá!... No habla cocinero como en las fiestas de repique... El buen merendolero se tiene que probar en la bodega. Pero sólo hay vinos compuestos... Ahora mismo, don Francisco el heredero, ¿cómo ha de aprender a podar? Quiere sacar de los libros lo que sólo dice la vida. Con un libro va podando... Don Fernando poda con solfa... Así saldrá.

Dolorines:

—Más valdría que se subiera los calcetines.

El padre:

—¿Los calcetines?

Dolorines:

—Sí, que se le caen.

El padre.

—Son guardabotas, mujer.



Ya se acaba la velada.

Dolores:

—Los pastores de la paridera ya podrán dormir hasta que salga el sol. Con las pieles que llevan y el vino del Capitán...

Antonio, aficionado a las dijendas de los versolaris:

—¡Ya se apaga el candil, recristo! A ver a mañana, que nadie lo ha visto.

RONDA

Hay rondas de muchas maneras. Cuando los mozos van a quintar es la primera vez que rondan solos con guitarras y bandurrias.

Son zagales de poca experiencia. Ya les vagará. Boyateros y mozos de labranza, sólo piensan en canciones:

Vámonos, compañeritos,
Que las estrellas van altas,
Y la luz del día viene
Descubriendo nuestras faltas.

Hay otra ronda de coro los días de San Martín. Padres de familia: gaita y cornetín.

Cantan todos de vez las tonadas de los abuelos. Cuando hay un motín, es la ronda de los motines, la ronda de pedir justicia. Pero la justicia pasa como la ronda y la miseria queda.

La ronda de los mozos viejos es ronda de sanmiguelada y de cortejar, romances de San Miguel, serenatas.

La calle mayor de Fraga
No la rondan los chavales:
La rondan los mozos viejos
Con cuchillos y puñales.

Recuerdos de la raya de Francia:

Cada vez que voy a Francia
Y paso por la espesura
Y veo la nieve blanca,
Me acuerdo de tu hermosura.

A la mañana, una despedida gentil:

Me despediré de ti
Como el sol de las paredes,
Que por la tarde se va
Y por las mañanas vuelve.



Hay otras rondas: la del triunfador de las corridas de pollos y la de Santa Agueda, que es un culto pagano a los senos de las labradoras.

Pero las rondas más gustosas para Quinet son las de guitarro sin permiso del alcalde; rondas ilegales que se organizan a media noche, después de una lifara entre cuatro o cinco amigos que van buscar a Tosca, el genio del guitarro en toda la redolada.

— ¡Atrás la ronda!

Es el alguacil que sale a desbaratar la reunión.

— Alguacil: más vale que te escondas detrás de un carro.

— ¡Siempre tenéis que comprometer!

El alguacil se incorpora a los rondadores.

Viva la ronda que ronda
Y vivan los rondadores.
Vivan las niñas bonitas
Que salen a los balcones.

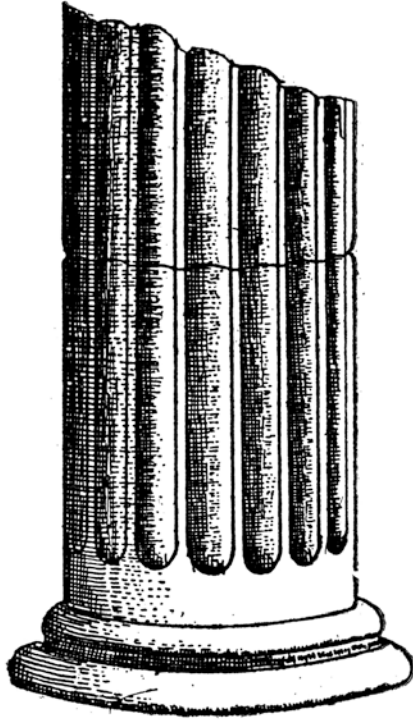
— Os digo que me comprometéis.

El guitarro a aquella hora es anticonstitucional y hereje. ¿Qué más da si suena mejor?

El alguacil no se convence; tampoco se deja seducir.

— Mañana me carrañará el alcalde. ¡A retiro!

Le gusta mucho el clarete al alguacil y la Constitución se disuelve en un jarro de vino. Se ronda hasta el amanecer. ¡Cómo brinca el guitarro las noches de cierzo!



Herederos

PILAR

Pilar es la maestra del pueblo.

Quinet deslizó hasta las manos de Pilar unos poemas de Rabindranath Tagore.

Antes de leer, la maestra fue a una habitación inmediata.

Padecía por las sábanas de casa; quería decir las tejidas con lino casero: sábanas de heredero.

Quinet preguntó:

—¿Están enfermas las sábanas?

—No, pero están desordenadas.

Pilar no podía sufrir que las sábanas no estuvieran según el orden clásico: en simetría, unas sobre otras, perfectamente alisadas, dispuestas, blancas, fragantes y sin una arruga ni media.

Quinet se reía, pero aprendía.

MIEL

Tienes unos ojazos, chinita mía de picaporte.

Cada vez que me miras, chinita mía, me das un golpe.

Se cantaba esta seguidilla en Filipinas en 1840. ¿Quién la llevarla al pueblo donde vive Quinet? ¿Quién sería el rondamundos que volvería con decires picantes y garbosos? ¿Algún heredero?

Algún español dominador la inventarla, porque el amor español a golpes parece que se sentía. Era cuando iban fragatas por el cabo de Buena Esperanza, a golpes. Si el viento se encaprichaba de las velas, estas sacaban todos los trapos a relucir.

El amor no es miel en tierra de Don Juan. Golpazo o miel; miel pocas veces; y otras, melaza.

ELENA

Enlutada, rodeada de sus tres hijas enlutadas, abrazada a ellas.

Vive en el pueblo, en la misma casa señorial de sus padres. A la entrada del otoño volverá a la ciudad con las hijas. Es heredera y ricahembra.

Está al cuidado de la cosecha. ¿De la cosecha? ¿Qué sabe ella más de lo que le dicen mayordomos y guardamontes? ¿Y qué sabe de la vida si ha vivido en tutoría perpetua?

Elena se aparta con placer de las preocupaciones de propietaria. El mayordomo compra y vende, contrata peones, paga impuestos y apalabra ganado.

Piensa Elena que los segadores que llenan el granero de ella no tienen granero, que no lo tendrán nunca y que la cadena de esclavitud será eterna.

¿Está segura Elena de la persistencia del dolor ajeno, tan útil para ella que lo explota?

Hasta hoy ha creído en la eternidad de la servidumbre, pero siente una efusión repentina, como si la paz llegara a la casa señorial desde el monte para anunciar que los segadores duermen ya sobre las gavillas, sin tiempo para soñar a la luz de las estrellas.

Piensa Elena que si ella padece dolores irremediables, también los padecen los segadores; pero los pobres nacen, además, con un estigma de esclavitud, dolor heredado y dado en herencia a los suyos.

Elena siente un escalofrío y abraza a sus hijas.

Dice la mayor, de doce años:

—¿Estás mala?

—No; es que soy una tonta. Voy a avisar que traigan luz...

Entra a poco la moza llevando un velón. Puesto éste sobre la mesa, una ráfaga apaga los tres mecheros.

Una puerta se cierra con violencia.

Elena tiembla.

—Pero, mamá..., ¿qué tienes?

RECATILLO

El huerto de Quinet está rodeado de tapias. En cada borde del andador central hay unas manzaneras tempranas, enanas.

Quinet va al huerto alguna tarde. Las tapias están coronadas por unos montones de paniceras secas que se ponen atravesadas en lo alto de la tapia, coronándola y recatándola. El recato de la tapia se llama recatillo.

Los chicos del pueblo gustan de la fruta temprana y la buscan sin acordarse de que tiene dueño. Hacen bien.

Un zagal acude al huerto de Quinet. Manzanas tempranas busca.

Salta la tapia. ¡Admirable equilibrio! Manzanas tempranas busca.

Quinet está detrás de unos arbustos.

Cuando el zagal regresa, Quinet sale a su encuentro como heredero furioso.

—¡Reladrón!

Pero es en broma.

—Te dejas las mejores manzanas.

Y le enseña a elegir las más gustosas. Con una condición: que dé un salto sin tocar el recatillo, un salto elegante, más que el de los Juegos Olímpicos.

SEGADOR MUERTO

Al atardecer baja del monte la comitiva triste de todos los veranos.

Un segador valenciano ha muerto en medio del tajo. El sol ha sido un pistolero de criminal puntería contra el tablado de las figuras de la siega.

Al día siguiente le entierran y en paz.

En paz hasta otro año.

El propietario llama al capataz de los segadores con voz maldita de heredero:

—A ver si el año que viene me traes segadores que sean más hombres.

Responso de propietario.

ARRANCADERAS

Levántate arrancadera,
que el campo está muy arriba
y el ordio de la valleta
se pasa de día en día.
¡Levántate!

Amanece. Las mujeres van subiendo al carro.

—¡Arre, Bragada!

—¡Arre, Pastora!

Cuesta arriba, cuesta arriba... La conversación es bulliciosa y rica en chascos y dijendas.

Alegres llegan las arrancaderas al campo.

Ya está allí el amo con ceño de vinagre heredado:

—¡Buenas horas de venir!

DESCOLORIDA

Presentación va a buscar flores al huerto de Quinet. Este recibe a la descolorida bajo un pórtico de mayo.

—Llévate las que quieras.

Anda como una moza que prescinde de tacones. La descolorida, que no es una aparición ni una danzarina, usa zapatos bajos de tacón plano y respuntes blancos.

Las medias son blancas y tienen el tono puro de las prendas que se lavan con ceniza del hogar.

La falda corta y azul, con decoración floreal rameada. El delantal, azul claro.

La saya pomposa, el jubón corto. Un pañolico marrón, de fleco, deja el brazo al descubierto y un ángulo en el escote. El peinado bajo con rodete. Ni arracadas ni peinetas ni sortijas. ¿Diez y seis abriles? ¿Diez y siete?

Morena y descolorida, fina de dibujo. Parece una virgen gótica. La boca es delicada. La barbata un tanto saliente.

En esta placidez, la moza aparece con el color bajo. Anda, mira y acciona sin tedio y sin dislocados gestos. Respira salud. Es descolorida, no está descolorida. Tan descolorida era ayer como hace días, como el otro año.

Así dice ella. Y añade:

—Es mi natural.

¡Su voz sí que es un poema! ¿Por qué no clasificar a las mujeres por la voz? La voz no puede llevar afeites, ni se puede disimular ni fingir. Delata los años y el carácter como nada. Obsérvese en el teatro. Toda voz normal tiene un coeficiente de resecamiento o de suavidad y puede afirmarse que hay voces de pergamino y voces de terciopelo.

La voz de esta moza es de terciopelo de tonos cálidos, como los paños de la escuela veneciana. Contrasta la voz dulce y suave con el color quebrado de la tez. ¿Se diría que ésta descolorida guarda alguna pasión oculta?

Tonterías. Esta moza jamás se apasionará con aspavientos. En algunos recodos de su voz hay un trémolo bellísimo, pero sin tragedia, sin conflictos de tercer acto. Para la pasión agridulce que emociona a algunas señoras de la platea y a algunos bomberos de guardia, esta moza tendría una sonrisa y nada más: una sonrisa burlona.

Su color, su voz, no son de teatro.

Requiebros, requiebros sin querer y sin atropellarse unos a otros.

—¡Qué voz tienes, Presentación!

—Es mi natural. Mi hermana la tiene mejor porque es heredera.

MORTIJUELO

En general, la clase media y la que se cree alta se educan en la no comprensión de nuestra tradición viva y eterna. Se ve en sus veladas conmemorativas, en sus modas, en su ajuar, en sus casas, en los monumentos que patrocinan y que hacen plebeya una plaza.

El pueblo, en cambio, conserva su fuerza creadora habitual. Si un músico español de enorme inteligencia —Falla— ha emprendido el camino verdadero, ha tenido que buscarlo oyendo las tonadillas del pueblo, estudiando las danzas del pueblo y no los jeribeques de heredero.

Del pueblo salieron los azulejeros, los imagineros y Goya y Cajal. Desde que los arquitectos no salen del pueblo, no hay Arquitectura. Algunos maestros no salieron del pueblo, pero se adaptaron a él. Esta adaptación tendrá que producirse en todos los órdenes. Goya decía como el pueblo, «salud y campicos» y desconocía la ortografía, pero era tan fuerte y elegante pintando una desastrada bruja como a la duquesa de Osma.

El conde versallesco, y antes el poeta renacentista, y antes Grecia y Roma, y los dioses indios, querían hacerse más elegantes haciéndose pastores. El deporte moderno que se tiene por elegancia no es más que imitación del remero, del pelotari...

La materia prima de elegancia está en el pueblo. Es susceptible de refinamiento, pero no de olvido.

Ejemplo de la consistencia poética del pueblo: no dice que ha nacido un niño, un renuevo, un hijuelo, pero de la muerte del párvulo, del hijuelo, se dice en muchos lugares «mortijuelo». Que salga un poeta de profesión con diez y seis flores naturales a inventar maravillas así.

DON TEODORO ERA INFANZÓN

Empleó su vida en redondear un monte, casarse dos veces, mascullar oraciones y autorizar escrituras. Jamás transnochó más que para recibir algún testamento. Era uno de esos antiguos notarios que salían a caballo con espolique delante de la cabalgadura.

El intrépido madrugador don Teodoro llevaba un tintero de cuerno metido en las alforjas de colorines cuando salía a platicar con los moribundos. Envuelto en un balandrán del Pirineo, recorría los términos del contorno como mandadero de la muerte.

Hablaba poco. Era indiferente a los latidos del mundo y se le consideraba en el pueblo como algo adivino; esto, treinta años atrás, cuando se creía que redactar escrituras era cosa de magia. Creía que Madrid era Babilonia.

Le parecía bien que el alguacilillo pregonara embargos por las esquinas y amenazara a los pobres bajo pena de abrir las puertas «con las llaves del rey».

Herederó, sentía cierto desdén por los segundones. Para él, los segundones venían al mundo a buscar fortuna y los herederos a disfrutarla.

No tenía mundo ni descendencia conocida. Si se enteraba de un percance ocurrido a algún segundón que caía vencido pecho a la vida, el heredero de infanzones decía:

—Ese revolvino, como todos los segundones no tiene mundo...

LA DESGRACIA DE SER MORENA

La morena quinceabrileña que pasa es rubia y blanca, tiene los ojos azules y se viste de gris.

En el pueblo, ser morena es una verdadera desgracia. ¿Por qué prefiere el pueblo las mozas rubicundas? Cuando las hijas de algún labrador rico quieren diferenciarse y guardar distancias, se visten de gris, de color «señor».

La moceta rubia se casará con algún heredero. Los segundones, que se contenten con las morenas.

PASA OTRA ZAGALA

Trigueña, de ese trigueño-egipciaco tan distinto del trillo gueñodorado de la estepa y del trigueño-bronce de la montaña.

No usa ningún color «señor». Se viste de morado y amarillo en tonos fuertes, lo mismo que su madre.

Se casará con algún caballero o segundón: tal es la liturgia del pueblo. El segundón poseerá la primicia apasionada y frenética, y el heredero una virgen descolorida y blanquinosa como el azúcar toquineado.

La trigueña egipciaca afirma que es muy desgraciada por no ser rubia y esblanquecida. Quinet se opone resueltamente al antojo y la morena egipciaca agradece la galantería del mozo con donaires en la despedida.

Efusión de un corazón caldeado, aunque no mucho, es la de Quinet, que lanza como disco clásico, el requiebro de los labradores:

—¡Adiós, clavelina temprana!

LAS BANDERAS

Cinco banderas hay en el pueblo: tres en la iglesia, una en la escuela y otra en un centro obrero.

Años atrás, las banderas de la iglesia iban a la cabeza de las procesiones. Los tiempos han cambiado y los «alambres de la luz» cruzan las calles, agresivos contra las banderas.

En la escuela de los chicos hay otra bandera, vieja, derrotada, sin color. Diríase que se avergüenza de representar el oficialismo pedagógico y la imposición de enseñanzas absurdas. El maestro no puede luchar con la cazurrería de un Estado que gasta en instrucción la décima parte que Nueva Zelanda. Bien representado está el Estado con una bandera en ruinas.

La bandera del centro obrero es republicana y fue arrinconada hace años.

Decididamente, la Villa de Segundones no gusta de las banderas.

UN RECUERDO

En la botica había, años atrás, un anciano corpulento, amable y librepensador.

Tenía tarros antiguos de cerámica tosca, decorados con óvalos de contorno verde y azul sobre blanco mate. Las inscripciones parecían de herbolario: Raíz de Calaguala, Flor Cham...

La farmacopea de sueros, comprimidos y extractos, modificó aquel botamen que contenía camomila, espliego, flor de malva y otras poéticas variedades, sustituidas ahora por tabletas de aspirina, específicos y perfumería de alambique.

Quinet se complace con el recuerdo de aquel anciano cumplido y redicho que estaba enamorado de la botánica clásica y asustaba a los tonantes herederos del pueblo leyendo Las Dominicales.

LA PLAZA

Es el orgullo del pueblo. El administrador del duque, el señor rector de la parroquia y los propietarios pasean por esta plaza clásica las mañanas soleadas. La plaza tiene una herrería estrepitosa y el palacio de un grande de España frente por frente.

En las noches del plenilunio va Quinet a rondar la plaza. La puerta de la herrería deja oír abierta de par en par, los martillazos de los herreros que van reduciendo el hierro sobre la inclusa.

El hogar de la fragua da contraluces y las chispas saltan como centellas.

El alma feudal está enfrente: es el palacio sordo y destartalado del grande de España, ídolo de herederos.

Pero los segundones miran con buenos ojos el espíritu rojo y vibrante de la fragua.

El palacio domina a los hombres. La fragua domina el hierro retorcido como un condenado.

LOS PAÑUELOS VAN DESAPARECIENDO

¡Qué dolor, qué dolor, qué pena! Aquellos ramos morados sobre fondo negro, los divinos azules enamorados y nupciales, ¡daban tal carácter al ceñir una testa morena!

El gris de los vestidos de las bodas y el gris de las gorras de la jovenalla han silenciado los gritos de color. El gris parece doliente y más que recatado, cobarde, color de cambalache.

La culpa es de los acaudalados que se empeñan en llevar una gorra «Wilson» y parecer señoritos.

—Yo creo —piensa Quinet—, que para llevar una gorra «Wilson» hay que hablar inglés.

Esto lo comprenderán mejor que los poltrones herederos autoritarios, los segundones que salen a ganar la vida por el mundo.

APARATO DE TORMENTO

Máquina de tormento es el gramófono. ¿Por qué, al ser visto por Quinet en el único escaparate del pueblo, el joven ha sentido cierta

impresión alegre? ¿Sería porque no funcionaba el aparato de tormento?

De tarde en tarde pasa por el pueblo un cine ambulante. Las películas de panoramas distantes gustan a los segundones que tienen alma viajera.

El pueblo amaneció de la noche a la mañana «villa muy leal».

Quinet se indigna. ¿Qué significa eso de enorgullecer por una pragmática que otorga libertad? ¿No es bochornoso ser moro leal?

JARDÍN

¿Por qué hay casas sin jardín? Decía Ángel Ganivet que casarse para ir a un piso no era casamiento que se explica por casa, sino pisamiento.

Lo mismo interpreta el pueblo estas palabras: el que se casa, casa quiere.

Ahora, que la casa no debía entenderse sin jardín como el que tiene Quinet: pequeño, geométrico, ordenado y limpio, con muchos claveles y una higuera —chavala aún— pizpireta y sedienta siempre. Jardín con tejidos de cañas y mimbres cubiertos con campanillas no precisamente lujuriosas, pero algo deshonestas sí son, pardiez.

En verano las flores del jardín quieren estar resguardadas por un quitasol nada menos. Quinet ha descubierto que no es por calor, sino que por nada del mundo serían infieles por el sol a los pillines dondiegos que brujulean en julio, aunque sea a través de alguna celosía de enredaderas ufanas del riego de la tardada.

En primavera, las flores no tienen que jugar a escondidos con el celoso porque el sol anda de amoríos por otras tierras.

En otoño las rosas octubreras agradecen a Quinet que despeje su intermediación, arriando el quitasol.

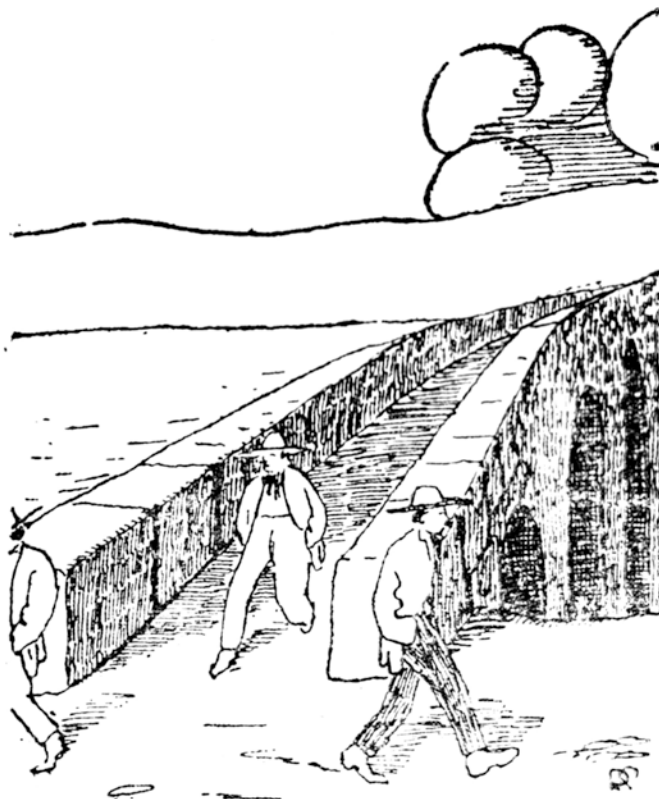
Encantadora red solar y otoñal cuando las mujeres vuelven a querer locamente como la condesa Amelia de Solms Braunfels, heredera que Van Dyck buscó a Quinet y que le trae loco.

LOOR AL MURO DERRIBADO

Por el pueblo corre propicia la algazara. Los segundones se entregan frenéticamente al trabajo en las horas silenciosas.

Mientras los opulentos se desperezan desmañadamente jugando al julepe, van derribándose muros viejos y abriéndose nuevos portales y nuevos surcos. Esto matará a aquello.

CORROS



Vacaciones, santidad...

Quinet sale del pueblo y llega hasta una pequeña ciudad, distante cuatro Leguas de su retiro.

Las casas han marcado la muralla antigua, han limitado el recinto. Hay además de retirarse en todas las casas. En igual prestancia, vale más el edificio, tiene más liquido imponible cuanto más haya ganado a correr a los otros rezagados y perezosos.

Las casas construidas en el paseo de la estación ¿no forman una fila que se fuga del núcleo? ¿Han llegado de Cataluña y van a hacer el amor, por turno, a los factores de la estación? Son, de todas maneras, un poco extrañas en el tapiz, ajenas a la iniciativa indígena.

No se ve la muralla, pero se insinúa en la línea exterior de las casas, ondulante y envolvente como en los tapices.

El castillo —también ocurre en los tapices— preside la ciudad como rajá que tiene a sus pies un harem de casas.

Edmundo de Amicis vió este castillo adentrarse por la España feudal y se asustó un poco.

El paisaje es grave, aunque a trozos quiere arrepentirse de la gravedad y apunta cierta donosura, como las españoletas del siglo XVIII.

En pequeños grupos, jinetes en las vacaciones, vuelven de paseo los estudiantes de la recoleta ciudad. Es hora de luna clara, desacreditada por los novelistas. El paseo de chopos llega ante una mole conventual y hace la reverencia de una plazoleta. En ella se detienen los estudiantes y forman corro.

Llevan esos cuellos un poco italianos, estallantes arriba en blanco, como si salieran del surtidor de la garganta, cuellos muy señalados en el nocturno de las nueve y cuarto por su traza circundante.

Accionan. Llevan en los bolsillos la pipa que marea, el bloc de apuntes para no apuntar nada y un «kodak», porque vacaciones sin «kodak», vacaciones perdidas.

Se marca la voz de tenorino mimado, la otra, intermitente, con cambiantes y trémolos chillones del segundo de Derecho, y una tercera —la de Quinet— sin recodos ni incisiones, agolpada en expresiones fuertes y sucesivas.

Los estudiantes han salido a media tarde. Vuelven apresuradamente. Tienen costumbre de pisar mucha más superficie de asfalto que de monte. En la Ciudad Mudéjar, docente para ellos,

la vuelta del monte se ve siempre solicitada por la hora de María, una hora de las Cuarenta Horas.

O por la hora de unas pantorrillas linfáticas, de cabaret linfático.

O por la hora de los corros en los Porches.



Una mora me enamora
Y una cristiana me dice,
Que no me case con ella
Menos que no se bautice.

¡Gran subasta de barraganas en otros siglos! La pequeña ciudad era un emporio ribereño. ¡Frecuentes y lucidas las subastas de barraganas moras y hebreas! ¡Tanto dos senos, tanto dos ojos como centellas! Las cristianas de pro caían también, lo que se llama caer «en los negros abismos del pecado», aunque no se cae nunca en semejantes abismos.

Quinet va a visitar cierto convento románico, románico tardío. Allí se cobijan unos corros de viejas. El convento lo fundó cierta dama, madre de una doncella caída en los consabidos abismos. Sólo pueden profesar en el monasterio matronas nobles de pergaminos y hembras caídas o por caer.

Quinet admira las tallas, más devoto de la madera trabajada que de los santos. La despedida de las monjas tras la limosna, tiene un final inesperado y risueño.

De pie en una estancia del convento, cuando se despide de las reverendas, llega un clérigo que pasa de largo:

—El capellán del convento: un santo.

Tal dice una de las monjas que hablan con Quinet.

A poco cruza la estancia una religiosa anciana, apoyada en un bastón de cerecera:

—La madre de más edad: una santa.

Quinet sonrío y se va. ¿Qué va a hacer allí?

El único ser no atacado de santidad es él.



Arroyo claro, fuente serena...

El corro de niñas en la pequeña explanada, a la entrada del puente.

—Arroyo claro, fuente serena...

Pocos momentos antes, una chiquilla se quería casar con un mocito barbero.

Otra cantaba la trova de Gerineldito pulido.

Otra, que la viudita, la viudita, la viudita se quiere casar.

«De las tres hijas que tengo la más linda le daré», ofrecía Rosario.

Jacintica y Genoveva explicaban que el día de la Asunción hay una fiesta en Granada.

Por más romances que sepan, por más mentiricas que canten, las niñas vuelven siempre a su canto favorito, a la apoteosis del corro:

—Arroyo claro, fuente serena...

Es como la risalleta de ellas. La única canción que las reúne y las enardece.

La que afina gargantas morenas y blancas.

La que suena mejor.

La que no tiene letras mayúsculas.

La canción del tiempo. Oyéndola te olvidas de que tienes sed.

Hace pensar en regalar una gargantilla de cerezas a cada chavala.

Da explicación del verano, en el mes preciso de las trilleras.

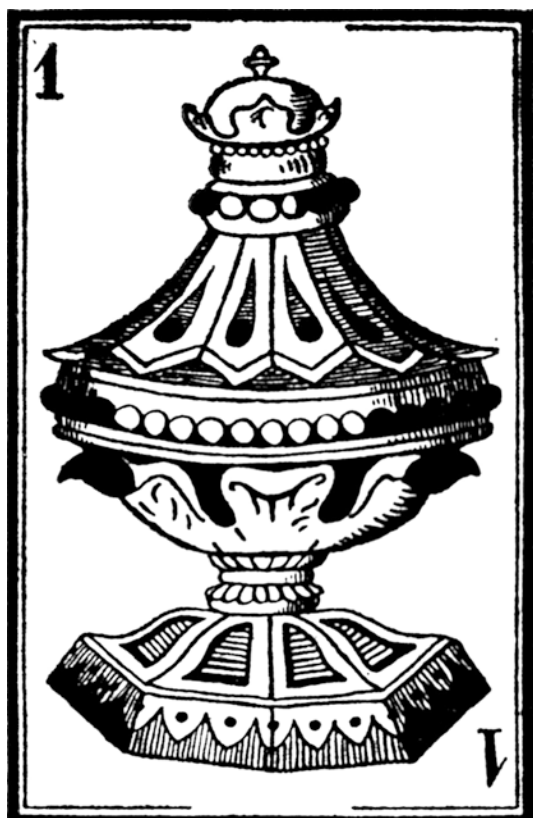
Abre el apetito y juega en el recuerdo con todas las canciones.

No se puede cantar cuando viene la tronada, ni en las noches de aire. Saldría mal.

Si al oírla se leyera un gran poema, se cerraría el libro aunque el lector estuviera en la página culminante. Si el libro tuviera prólogo de un figurón, se cerraría solo.

Aquella sed que se tenía y que el canto hizo olvidar, reaparece cuando el canto cesa, y no puede aliviarse más que con agua clara.

O con un racimo de moscatel.



Casino

La Ciudad de Tapiz tiene casino: corro de hombres desocupados que juegan al tresillo. La tertulia diaria es la misma de diez años atrás; el café, peor.

—¿Qué novedades hay?

—Las de ayer y otra más.

—¿Otra más?

—El forastero.

—¿Quinet?

—Quinet.

—Lo peor es que sólo sabemos el nombre.

—¿Qué vendrá a hacer aquí?

Gran contrariedad. En los pueblos grandes o chicos, la curiosidad es maligna y frenética. Cuando llega un viajante, ya se sabe a qué. Cuando llega un cura o un prestidigitador, también. Lo peor que puede ocurrirle a un desconocido es no presentar su cédula en el casino o decir si es croupier, empleado del Catastro o tratante.

—A lo mejor vendrá a volar el castillo.

—O a manejar a los sindicalistas.

—¿Con quién va?

—Con los estudiantes.

—Pues ayer iba solo.

—Y el sábado, solo.

—¿Qué? ¿Echamos la partida?

—No podremos jugar con sosiego.

—¡Exagerao!

—El forastero me da mala espina.

—Ya nos dirán algo los estudiantes.

— ¡Manolo!

El llamado está en un rincón del casino, escribiendo.

—¿No salimos hoy a dar una vuelta?

—Más tarde.

—¿Solo?

—Con quien se tercié.

—No dejarás de ir con Quinet.

—Ya podría ser.

El desocupado del casino dirige sus miradas hacia Manolo. La curiosidad crece cuando no se satisface, pero las preguntas diáfanas y directas, se guardan cuidadosamente. Lo intencionado y tortuoso es más asequible a los jugadores de tresillo.

—¡Buen paseo disteis la otra tarde!

—Remojao.

—¿También se bañó el forastero?

—¡Vaya!

—Ya sabemos algo del forastero: que se baña.

—Nada bien Quinet y resiste un rato largo debajo del agua. ¿A que no sabéis lo que dijo aquella tarde?

—¿Qué dijo?

—Venía con nosotros el perro que tiene don Jacinto y enredando por la orilla del río mordió a Quinet: cosa de nada, cuatro esgarrapazos.

—El perro tiene conocimiento.

—Morder a un forastero no está nunca mal: es lo que hacen los comerciantes, porque «ave de paso, cañazo», y lo que hacemos aquí nosotros.

—No seas bruto, Caliva: aquí no mordemos a nadie.

—Será si no se deja, pero como se deje... ¡Si conoceré yo a la gente!

—Bueno, que cuente Manolo.

—Pues el perro, que es mordedor de verdad, estaba enfurruñado, pero de contento, no de rabia; uno de los amigos que venían con nosotros, quiso castigar al chucho por haber mordido a Quinet y va y tira el perro al río. Entonces Quinet preguntó si aquí se consideraba el baño como un castigo, porque ¡ya le importa bien al perro que le den un remojón!

Manolo habla con cierta chunga.

—Aquí no se baña nadie.

—¿Y cuándo marcha el forastero?

—Pues cuando venga al casino y os vea a vosotros, que queréis saber más que un investigador de Hacienda.

—Poco te preguntamos.

—Porque nada contesto.

—Y poco nos importa.

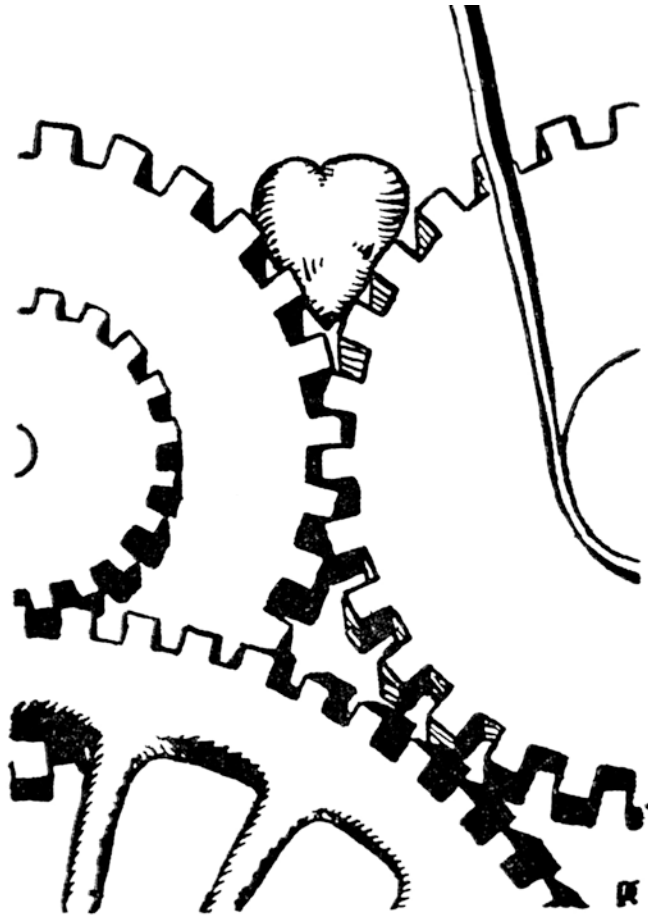
—Eso es harina de otro costal.

—Que vaya o que venga, ya se apañará el forastero. ¡Dejar estar a Manolo! No sabíamos que se tratara con gente de secretos.

—¡Pero si no hay ningún secreto!

—Pues no sabemos a qué viene Quinet y pasa tantos días retratando las murallas y dando vueltas por el pueblo... Cualquiera diría que es un espía.

—Los únicos espías sois vosotros, vagos, más que vagos.



Amor envolvente y p rfido

Ciudad de Tapiz, fin de verano 1924.

Querido Lecina: El amor es envolvente y p rfido. Quisiera hablarte del chasco que me dieron las tres novias posibles.

Josefina es grata, rubia sin trampa, amable, menuda y achiquillada. Su figura se descompone en curvas. Ha entrado en la veintena. No tiene ningún rasgo aguile o. Sabe tocar al piano unos horribles

vales automáticos y ultramarinos, más la Polca del Recuerdo (1870) y el Cuarteto de las Hilanderas de «Marta».

Rosalía es rubia de tonos más claros, como encendidos del sol pasado por agua. Delgada, saludable, blanca, dos años más joven que Josefina, concentrada, mirona como quien no quiere, desdeñosa y precavida. Rosalía canta en confianza siempre que no haya que llegar a las nubes. Sus curvas nacen sin estruendo ni escándalo.

Juana tiene la cara ligeramente morena. No canta ni toca vales americanos, pero los baila. Sus ojos son raros, un poco extremoorientales, como si acabaran de salir de una pesadilla golosa de cosas materiales gustadas y suficientes. Juega con los bucles y con los ojos, pero sin picardía. Es baja de estatura, aficionada al escote y a la crema. Si habla parece que no está muy convencida de lo que dice con aquellos ojos a medio apagar. Si anda es vértice de todas las miradas. Regordeta.

Aquí tienes las tres novias posibles. ¿Por qué no otras tres, seis, quince? Pues porque son amigas de la familia de Manolo y más que nada, porque son hermanas, Juana la mayor.

Las tres estaban en un vals. Las conocí a la vez. Josefina tocaba el piano, Rosalía cantaba y Juana bailaba con el boticario, que resultó novio. He aquí despejada la novia extremooriental. El amor es envolvente y pérfido.

Rosalía sueña con un ingeniero. A partir del último tercio del siglo pasado fue la clase media un conglomerado definido y con cierta uniformidad. Cuando se hablaba de la opinión, se quería señalar lo que pensaba la clase media. Un acontecimiento de resonancia colectiva, un cambio de gobierno, eran comentados en torno a la clásica camilla o junto a las estufas semifamiliares de los casinillos.

Apenas alcanzaba la sensibilidad del promedio a descubrir en los temas públicos una perspectiva limitada a límites caseros. La política se reducía a pactos por consejo de las ninfas domésticas. Era natural que las guerras civiles se terminaran con abrazos, sistema debido, sin duda a indicación de las mujeres.

La cesantía de un burócrata movilizaba grandes recursos imaginativos, poseídos justamente con las llaves domésticas por las hembras, y el límite de todos los panoramas era tener una sala de respeto con panzudo sofá y consola bruñida, los hijos colocados y el chocolate a buen recaudo.

Desde principios de siglo, y señaladamente en los años de guerra, la clase media fue completada —mejor diría invadida— por elementos cuya sensibilidad no estaba prendida del escalafón. ¿Qué hombres representaban el nuevo sector? Los que se dedican a actividades de radio extenso, el trabajo intelectual de responsabilidad y consistencia, el esfuerzo libre ajeno al oficinismo, los idiomas, el arte, la técnica y el profesorado.

La clase media perdió su homogeneidad y, al mismo tiempo, su ranciedad de cuarto sopero. Mientras los burócratas seguían aferrados a una sociología de brasero y gorro de dormir, los otros pretendían personificar una ciudadanía insospechada para quien no hubiera observado las normales costumbres, consolidadas ya en otros países.

Aparecía el hombre nuevo con un gesto entre despectivo y misericordioso para la canosa patilla paterna. Su concepción del mundo era, y es, una red de ciudades asfaltadas, con barriadas industriales, el puerto de rango internacional, el aeródromo o la estación americana, la estilográfica, la velocidad y la prisa.

No creía mucho en la religión ni en la política: creía en la economía, en la estructura concéntrica de la industria, en la electrificación de la agricultura y en los canales.

¿No recuerdas cómo en los castizos medios de Galdós, entre políticos, obispos y ricachones, irrumpe un ingeniero israelita — Daniel Marton— que reniega de su religión? Y el Máximo de Electra, ¿no es otro técnico aparecido entre gentes propicias a las maquinaciones religiosas?

Estos hombres sanguíneos y optimistas han revolucionado la clase media.

Fueron recibidos en triunfo, hasta el extremo de formar una categoría aparte. Para un matrimonio conveniente de clase media, las jóvenes no esperan al burócrata hambriento ni al poeta descolorido y desdeñan al abogadillo. Quieren un ingeniero.

Se quiere hacer de la técnica, no función industrial, sino categoría y preeminencia. La exaltación de la técnica se vio favorecida por el cientifismo alemán. El mejor constructor de relojes ganaría la guerra. Quien fabricara anilinas más concentradas impondría la paz y se adjudicaría los provechos, pero Alemania fue vencida por unos vencidos y se habló una temporada del triunfo del humanismo sobre la técnica. Espejismo todo.

Pero he aquí que resucita, en formas ostentosas o veladas, el mito de la técnica, convertido en sistema exclusivo de convivencia, querido Lecina, y he aquí que las chicas prefieren a los ingenieros enlutados y futbolistas que hablan de democracia.

Descartada, pues, Rosalía. Es prometida de un ingeniero lejano, emprendedor y cinematográfico. El amor es envolvente y pérfido.

Rosalía está intrigada y Manolo me explicó que escribe a su novia cartas como esta:

«Puedes vivir en el mar sin navegar. ¿Cómo? Entrando en el cine.

Pero hace falta que vayas a entrada general y que estés entre el público infantil.

Todavía otra condición: debes cerrar los ojos. Más: debe proyectarse una película de pasión y aventura.

Escucharás el fragor de la tempestad y la brisa de bonanza, los gritos de una tripulación y los ¡hurras! victoriosos. Escucharás también el silencio de algún heroísmo que guarda sus gritos para un momento culminante y las apoteosis envueltas en el idilio de la barcarola final.

Si los niños se encuentran con soluciones desagradables, ¿qué es lo que harían más a gusto? Pues ir a la taquilla y pedir la devolución del dinero.

Que es lo que se le ocurre a la víctima de una mala travesía o al grumete engañado.»

El amor es envolvente y pérfido.

Queda Josefina; mejor dicho, quedaba, pero el amor es envolvente y pérfido.

Josefina estaba muy amable conmigo y yo con ella. Te aseguro que tuve que escribir cuatro cartas declarativas y suntuosas, para expresar el fuego clandestino de mi corazón de colores, y que rompí las cuatro cartas porque me parecieron artificiales y poco espontáneas.

Decidí declararme de palabra, pero la palabra quedaba helada en la garganta.

Así pasé cerca de dos meses. Era una idiotez que se tambaleaba entre cornucopias y vales ultramarinos. Por fin iba a lanzarme al piélagos, y la tarde que proyecté expresar mis cuitas, cuando verdaderamente estaba dispuesto a la galantería, supe que un heredero de la ciudad se había anticipado.

El desengaño fue premio de mi indecisión, y Josefina no volvió apenas a dirigirme la palabra.

Se han evaporado mis tres novias posibles, querido Le-cina. Soy el rigor de las desdichas. En el pueblo me interesó la descolorida, pero se hubiera reído de este abogadillo al saber las predilecciones que guardaba para una labradora de boda prevista. Aquí me interesan tres hermanas y nada. Aunque bien pensado, ¿cómo iba yo a mantener mujer?



Josefina aprende una canción romántica que su madre cantaba soltera.

Al pasar por la calle de Josefina, las tres hermanas estaban en el salón. Se oía la voz pastosa y llena de Rosalía, la ingeniera, que cantaba:

Tortolita que alegre cantabas
En la rama de mi verde limón;

Sigue, sigue tu canto amoroso
Mientras duermes y descansas mi amor.
¡Ay, mi amor!
Mientras duermes y descansas mi amor.

Juana reía a carcajadas. La madre decía:

—¡Loca, loca! En mi tiempo se cantaba la canción de la tortolita con temblor en la voz...

¡Con temblor en la voz! ¡Qué temblor ni qué nada!

Dirás que desprecio el temblor y que he temblado dos meses delante de Josefina.



Me voy de la Ciudad del Tapiz. Los estudiantes tienen todos novia, la genticilla del casino me sigue los pasos, el cura y el notario me dirigen miradas venenosas y las tres hermanas siguen riendo cuando cantan el poema romántico de la tortolita.

Quiero saturarme de diabólica energía.

A propósito: he leído en un periódico cierto artículo de Lloyd George. Dice en un periódico, hablando de un viaje a América, que las grandes ciudades del Norte —New York, Pensylvania, Cleveland— le parecieron poseídas de diabólica energía.

Que la energía produce riqueza, es indudable: riqueza diabólica.

Pero ¿da felicidad?, pregunta Lloyd George.

La contestación no se hace esperar.

El político dice que si la riqueza no produce felicidad, debe producirla.

¿Qué misión, pues, hemos de adjudicar a la política si es la riqueza la que puede producir felicidad?

Pocas veces ha escrito un político palabras tan condenatorias contra la política.

Descompongamos la frase y hagamos un sencillo cálculo:

Energía diabólica, igual a riqueza diabólica.

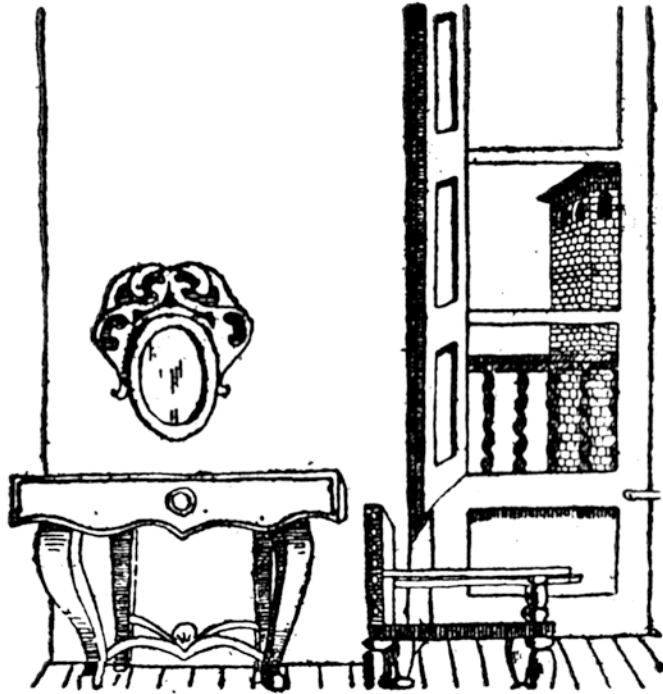
Riqueza diabólica menos diablo, igual a riqueza diabólica menos política.

Por consiguiente, riqueza diabólica igual a política.

Lloyd George igual a político.

Y Lloyd George igual al diablo.

VIRGEN CEÑUDA



Exposición

Quinet aprendió a mirar en la Ciudad Mudéjar. Su retina se hizo cauta y precavida. Se bañó en azul. Osciló ante el panorama triste y ante los destinos tristes. Era otro balbuceo inicial que parecía alarma, sensación desconocida y prólogo de interrogaciones nuevas.

Tenía centinelas dobles en el recinto de su ánimo. La única seguridad de su temor era sentirlo. La inquietud, un cerco enemigo.

Padecía una de esas pequeñas tragedias agravadas por los libros cuajados de conflictos, sin más solución que boda triste o alegre y plaza de escalafón o de yermo. Quinet quiso descontar los problemas amontonados y el artificio de rebusca. Quiso desnudar la realidad y por su parte intentó desprenderse del ropaje que llevan

los hombres a patrón, sujetos que miran el porvenir como si oyeran la buenaventura.

Se concentró para ordenar sensaciones apenas gustadas, y calificar y espaciar la curiosidad naciente. La Ciudad Mudéjar con los mismos festivales y los mismos figurones le producía cierta desolación pasiva.

Huyó al pueblo. Encontró allí campesinos de novela y casticismo de guitarra. En la Villa de Segundones, como en la Ciudad Mudéjar, los herederos y mayorazgos estudiaban Derecho Romano, jugaban en el casino y asistían a asambleas trigueras. Los segundones de la ciudad y del pueblo iban viviendo melancólicamente sin rebelión y sin luz, sin pan y con ladrones.

Le pareció que estaba en un despoblado reseco sin otras manifestaciones que las abyectas. En el pueblo encontró renuevos de identidad y casticismo mezclados con roña. Allá lejos oía las canciones niñas del corro y las palabras de severidad entristecida y temerosa del estado llano. Arriba se columpiaba la mentecatez oficiosa y la vocación para los desastres.

Tenía Quinet agudas y persistentes sorpresas en su vida afectiva. Había sido desahuciado por sus novias antes de tenerlas.

La Venus del Flumen se casó de la noche a la mañana. Dolorines hubiera exigido tantas explicaciones sobre el hecho de que Quinet pudiera pretenderla, que no valía la pena inventar novelas con zampoña y villancicos para probar una verdad lisa y llana. Las tres chicas de la tertulia del vals se habían reído, tal vez a la fuerza, de la escasa intrepidez de Quinet para las declaraciones de arremetida, y el joven acabó por creer que el amor es envolvente y pérfido como las serpientes.

Queriendo apartarse de las declaraciones novelescas había sufrido algunos fracasos. Para curarse no encontraba más camino que el refugio en la duda novelesca y los calificativos inventados con alevosía manifiesta por algunos autores.

No era buen aprendiz de mirar porque la timidez había sido en él consejera invariable y única. No era buen aprendiz de mirar porque se ensimismaba demasiado. En otro tiempo pensaba en la tristeza que se lleva puesta como un grillete y sacudía su propensión al camino entretenido; ahora volvía a caer hacia el peso muerto de las indecisiones y de los matices buscados como deleitante y sofista; hacia las dudas sin posible amortización.

¿De qué zona de su intimidad partía la maraña de serpentinas, las reservas en haz y en perpetua reproducción, el temor, beligerante victorioso de la audacia? Y lo peor era que sólo veía el contrapeso de la decisión repentina como oposición a su dolorido sentir en perpetuo zigzag.

Estaba en peligro de caer en cualquier capítulo de cualquier novela, que es el peer trance de los posibles. Amargado y huraño ¿Acabaría en la misantropía o en la desesperanza? ¿Se dejaría llevar por seducciones secretas de esfinge o cariátide? ¿Cantaría el amor imposible con acentos de empleado del Catastro? ¿Buscaría desenlaces de ésos en que el amor es un dulce deseo de llorar que acomete a los amante0 burlados, a los vagabundos con pretensiones y a los maridos tiernos, aunque poco influyentes?



Por lo pronto se arriesgaría a dar una conferencia en el Ateneo de la Ciudad Mudéjar. Está de paso, y por mal que lo haga no podrá oír a los murmuradores.

—Debes hablar en el Ateneo.

—Debe usted decirnos algo, Quinet.

Es un viejo bibliotecario el que habla, amigo de Quinet, a quien conoció como lector diario.

—Precisamente —dice el bibliotecario— estamos agotando en el Ateneo una serie de conferencias sobre los viajes.

—¿Y para cuándo podría hablar?

—Mañana mismo. Es domingo y tenemos tiempo de anunciar la conferencia en los periódicos.



Quinet se va a casa de un amigo y prepara la conferencia. ¿Qué dirá? Viajero convencido, tiene ideas difusas y desordenadas sobre el viajero y el viaje.

¿Hablará de la estética del viaje, de los viajes que no pueden hacerse o de los aventureros? Dejémosle en paz hasta mañana domingo, y como tenemos potestad para abusar del calendario y del reloj, supongamos que repentinamente pasan las horas y que llega el momento de la conferencia.



El salón de actos del Ateneo —¿por qué no puede haber un Ateneo sin salón de actos?— está casi lleno.

La presidencia ocupa una cabecera sobre la plataforma. Quinet se sienta a la derecha del bibliotecario. Este le presenta.

Relativo silencio.

Quinet empieza a hablar despacio y con voz descolorida.

Gracias al Ateneo, al público. Dice que se propone hablar de los viajes. No sabe si beber agua, pero ¡es tan pronto!

Al terminar el párrafo de salutación, bebe. Va a limpiarse los labios y no tiene pañuelo, ¡oh tragedia!

Vuelve a beber, esta vez poco. Y arranca a hablar con voz más segura.

Aquí veréis lo que dice:



«El carácter no se desenvuelve sólo por traslación; en tal caso, las valijas serían muy inteligentes. Pero es evidente que se contrae el normal desarrollo del hombre si desaprovecha los viajes o carece de gusto para viajar.

Hay viajes de placer, de un placer cualquiera vanidoso y aturdido, sometido a moda de balneario o playa. Hay también viajes de negocio, en los que el viaje es lo de menos.

Paseaba un señor por la orilla de un canal de Ámsterdam. Era un sujeto de aire satisfecho, cargado de oro y ostentación. Había ido a Ámsterdam en busca de negocios. Luego veréis qué clase. Delante, y a poca distancia de él, paseaba una madre con su niño. Por azar y desdicha cayó el niño al canal. La madre articuló apenas un grito de horror, se arrojó al agua y pudo salvar a su hijo.

El negociante sacó un bloc de su bolsillo y se dispuso a anotar algo.

—¿Sería usted tan amable, señora? ¿Me permitiría usted anotar su nombre? ¿Podré también conocer las señas de su domicilio?

—¡Hijo mío! ¡Se salvó! —contestó la madre.

—Bien, bien —insistió el negociante—; pero ¿me permite usted que...?

—¡Mi hijo se salvó! — repitió la madre, no comprendiendo que se le hicieran preguntas ajenas al niño.

— Nada voy a conseguir de esta mujer —gruñó el impertinente preguntón, y se dirigió a un testigo de la escena.

—Le pagaré bien si me indica mañana el domicilio de esa mujer.

Consiguió satisfacer su curiosidad y se hizo anunciar al día siguiente en casa de la madre valerosa y feliz.

—Señora... Tuve el honor de presenciar...

—¡Ah! ¿Pero estaba usted allí? No vi ni oí nada y me arrojé pensando sólo en salvar a mi hijo.

—Perdóneme —dijo el negociante—; aparte del salvamento, usted gritó; oí perfectamente el grito, y vengo a ofrecer a usted una contrata en mi teatro.

¡Pobre madre! Aquel hombre era un empresario que había llegado a Ámsterdam para cazar artistas.

Se llamaba el Público.»



«Se trata de otro público, y aquí no hay empresario, pero en cambio hay un canal más peligroso que el de Ámsterdam, porque no sé si hablo o bebo un trago penoso.

Como no nos interesa ningún viaje de negociante, he querido proyectar ante vosotros el episodio del canal de Ámsterdam que conozco por Multatuli.

El viaje forzado tampoco nos interesa de momento. Queremos referirnos a viajes distintos, olvidando deliberadamente el transitar de picaros y trotamundos, la caminata de bohemios y el vagar sin pulcritud ni tino de tantos y tantos aventureros cuyas hazañas son necesidades.

Sobran andariegos y andantes, hampones y excursionistas. Sobran cazadores de kilómetros.»



«No queremos referirnos tampoco a los viajeros de expediciones polares, ni a los descubridores y geógrafos ni a los mares de islas misteriosas, esas islas que nos parecían cajas de sorpresas o de música a los quince años.

Podríamos citar uno por uno, o tal vez uno por otro, los nombres de viajeros célebres.

Nuestra memoria guarda la nomenclatura náutica, lo primero que dijo el negro cuando vio el reloj, el saqueo de la plantación, las piraterías que un valiente malogra siempre, los contagios malayos, la piragua ligera, la sal marina de velas y cuerdas y las tonadillas del siglo pasado llevadas a la Argentina y devueltas con gracejo criollo.

Que no nos vengan a los chicos de entonces con películas de viajes cuando los viajes son de odio submarino o de episodios con chinos lúgubres, fumaderos de opio, radiogramas nacionalistas, espías, tráfico de cacao y secuestro de tanguistas.

Es mucho más amable la lejanía del río voluntarioso, el viento vengador y la tempestad a palo seco que premia a los buenos y castiga a los malos.

Transigimos con los barcos de rueda, pero no con los trasatlánticos que cobijan líos, tapadillos y dramas comprimidos, en los que el mar se ve obligado a hacer de comparsa suplantado por el comedor, la intriga de cámara lujosa y el marino de pijama.

Preferimos aquellos marineros que tuteaban al Pacífico tripulando un bergantín revoltoso y chico, a proa con sirenas pintadas de azul, verde y amarillo. Preferimos el marinero de sotabarba, acordeón y pipa. Sin embargo, nuestro propósito es hablar del viaje posible de primer término, viaje privado, curioso y ferroviario, del viaje de estos días...

Perdón por hoy, Harry Markel. Perdón por hoy, John Carpenter.»

«Hay un viaje que no se hace en cuadrilla, caravana ni grupo de agencia: el viaje desapercibido y gustoso a cuyo fin nadie nos espera.

El primer cuidado es no vestirse de figurín. El segundo romper los itinerarios forzados. Siempre hay cosas agradables que no están en el programa.

Cuando se trata de los programas de los otros debemos ser un poco tolerantes. Debemos hacer como aquel marinero de Ámsterdam.

Perdonad... Ya estamos de nuevo en Ámsterdam.

Había allí un marinero a quien se le iba a amputar una pierna.

Resistió el marinero la prueba con valentía ejemplar, sin dejar de fumar estoicamente en pipa. De vez en cuando apretaba los dientes, pero al fin, consiguió dominar el dolor.

El cirujano no sabía cómo alabar tanta fortaleza.

—¡Bravo, bravo! —decía mientras vendaba la herida.

De pronto, el héroe lanzó un gemido frenético. El cirujano le había pinchado ligeramente el brazo, sin darse cuenta, con un alfiler.

—¿Cómo te quejas de una cosa tan leve, tú que has resistido la operación de cortar la pierna?

—Porque el pinchazo no estaba en el programa.

El marinero tenía razón en quejarse, porque el pinchazo no estaba en el programa. Esto último no lo dice Multatuli, pero lo digo yo.

El tercer cuidado consiste en despedir al cicerone, inservible para el que sabe y para el que no sabe. Se exceptúa Sevilla cuando el cicerone es gitano, porque entonces no hay necesidad de que sepa nada de nada. Ha de ser uno de esos gitanos que pierden la guía y se disculpan diciendo que también se pierde un crucero.

El cuarto cuidado es saber madrugar. El quinto, no viajar con ningún cazador, porque siempre habla de tigres que se le metieron de pronto en el zurrón y se acuestan allí temerosos de la puntería.

El sexto cuidado es contar con un buen mapa, que es, más que nadie, su seguro servidor. El séptimo, callar más que hablar. El octavo, ahuyentar por todos los medios a los profesores, a los poetas, a los anticuarios y a los regionalistas.

Hay muchos cuidados más, y uno primordial, que es contar con dinero, aunque no es indispensable que el viaje sea largo para aprovecharlo.

Dicen los italianos que en cada genovés hay siete judíos, y que si se tiene un amigo en Génova sale éste a la estación y muy amablemente enseña al viajero el humo que sale por la chimenea de su casa, sin llegar a más su hospitalidad.

Conviene que supongamos en cada amigo un genovés, aunque no lo sea.»



«Es el viaje de vacación el que hoy nos interesa. La curiosidad que hay en un espíritu viajero, ocupado y modesto, se viste de fiesta al sonar el timbre de las vacaciones. Atrás no quedan preocupaciones familiares ni deudos que mantener o acompañar, porque se trata de vacaciones de juventud y libertad.

El viajero se domicilia en un tren madrugador junto a la ventanilla y recuerda la impedimenta que lleva —el aseo y lo indispensable—. No decimos que viaja en un tren limpio y rápido porque no somos partidarios de bromas pesadas.

Dicen los portugueses que los trenes españoles llegan a su destino cuando llegan, si por casualidad llegan. Evidente. A un viajero español le pueden ocurrir cosas extraordinarias, incluso llegar alguna vez en su vida al término del viaje.

Hay que pasar puentes que se sostienen por milagro, más que sufrir el lloriqueo de la infancia y la manía persecutoria del revisor, que sólo deja de taladrar cuando a fuerza de taladros no queda nada taladrable en el boleto.

Los señoritos de pueblo salen a las estaciones con aire de esperar siempre a alguien que no llega.

Junto al viajero desapercibido hay un intrépido ciudadano cariñoso, providencia de los niños, auxilio de menesterosos, recadero de refrescos y horario informador, tan inseguro como los horarios.

Avanza el día y el calor. Gritos de soldados y guitarreo no faltan. Más gritos. Vuelve a subir el revisor y despierta a los que duermen, cosa más fácil que taladrar el espacio, que es lo que resta del boleto.

En las estaciones de movimiento la mitad de los viajeros que se quedan envidian a la mitad de los que se van. La otra mitad que se queda compadece al cincuenta por ciento de los que marchan. El viajero desapercibido permanece perplejo, algo así como clavado por la intersección de lloriqueos y parabienes en el vértice de las despedidas.

Se llega por azar al término propuesto después de unas horas molestas y carboníferas.

Al viajero le esperan porfías crueles: la fonda, los guardias, el resguardo, la celebridad local, los vecinos intrigados...

Un camarero le pregunta por las cajas.

—¿Las cajas?

—¿Pero no es usted el viajante nuevo que nos recomendó don Jorge?

Al viajero desapercibido le toman por viajante, pero no por viajante de tres al cuarto, sino por un ser recomendable por don Jorge. ¿Quién será don Jorge? No lo sabemos.

Lo cierto es que el camarero mira al recién llegado con gesto de lástima cuando se entera de que no es el recomendado de don Jorge.

Le dan un cuarto húmedo y bajo. No merece más quien se permite la libertad de no conocer a don Jorge.

Cuando os pregunten en una fonda si os recomienda don Jorge, decid prontamente que si.»



«Al día siguiente el viajero pregunta por la catedral.

El camarero piensa que aquel ente es un cura disfrazado o anticuario. Inmediatamente rectifica, porque la juventud no necesita disfrazarse para nada, y el viajero no puede ser anticuario porque no lleva lentes.

¿Quién será el hombre absurdo que viaja sin ser viajante, que pregunta por la catedral sin ser cura ni anticuario, que no pide informes sobre el bar mejor provisto de camareras y que no conoce a don Jorge?

—¿Será algún loco? ¿Algún anarquista? Intriga. Mirar con malos ojos. Escuchar...

Por fin se descubre la incógnita. El viajero declara en la hoja de ingreso que es contable. Entonces le ofrecen otro cuarto mejor, llaman al limpiabotas, le sirven un entremés más y no le nombran sin decir don Jacinto.

Pero es tarde. El viajero que no puede pasar desapercibido no quiere tampoco sufrir impertinencias groseras ni amables, y se marcha de la fonda.

Halló primero grosería y después oficiosidad. El viajero está en una capital de provincia de España.»



«Los viajes son más agradables si se olvida uno del tren, de la fonda, del camarero, de don Jorge, del café, del revisor, del teatro, de las estaciones, de las maletas, de la celebridad local, de la belleza local y del color local, que no es local ni color. Por lo demás, los viajes son muy divertidos.»



«Hay algo más en los viajes. Según el temperamento, ese algo comprende desde cero a infinito.

Lo que importa es no ser especialista en viajes ni hacer de los trenes nuestros aliados. Digo esto porque precisamente en estos días he leído que Herriot es el nuevo dictador de la política francesa.

¿Quién es Herriot? Pues un señor que se vanagloria de haber estudiado a fondo la vida de Lyon.

Dos motivos principales han llamado la atención de Herriot en Lyon: el Ródano y la estación.

Los cruces complicados de Lyon, arranque mudo y enlace de trayectos europeos, el Ródano y su comunicación con el Rin parece que han hecho nacer en la testa de Herriot, como nacen los nabos, cierta visión de las perspectivas internacionales.

Hemos de ver gobernar a Herriot con una sensibilidad de controleur de exprés. Seguro que someterá a Francia al reinado de las covachuelas radicaleras contra los paisajes, cuyo padre es el buen Ródano. Si Herriot quiere tener ministeriales a su talante, que los tenga. Pero que no haga también ministerial al Ródano.»

«Permitidme una nueva cita de Multatuli, desconocido o poco menos en España.

En un diálogo de ese autor se desarrollan algunos puntos de vista contra los especialistas. Oíd el diálogo:

—El especialista es un personaje que olvida muchas cosas en el curso de su vida para alcanzar el premio de mediocridad en el concurso de habituales que profesan determinado oficio. Especialista es un señor medio ciego por creer que sólo existe un punto digno de contemplación con fijeza. Para todo lo demás se permite el derecho de ser miope. El especialista... Confieso que no doy con las palabras justas... ¿Ha visto usted barrer la calle alguna vez?

—No tan a menudo como sería el deseo de los amigos de la higiene, pero en fin, sí: he visto barrer la calle.

—¿No ha sentido deseos de arrancar la escoba de manos del barrendero para enseñarle a barrer?

—Sí, en efecto...

—Tiene usted idea perfecta de cómo deben barrerse las calles. ¿Es la que practican los barrenderos?

—Con la mano sobre el corazón, por mi vida, por mi salud, por mi honor y mi conciencia, ante los dioses y ante los hombres juro que no.

—¡Muy bien! Dígame ahora si cree a ese barrendero capaz de contestar una consulta, de curar el sarampión infantil, de amortizar la deuda pública, de inventar alguna máquina ingeniosa para la imprenta, de descubrir América...

—Con la mano sobre el corazón, por mi vida, por mi salud, etc... (léase más arriba). ¡No!

—Pues verá usted barrendero que no sabe barrer —como los otros no saben lo suyo—; el barrendero que no conoce otro oficio distinto que el de ignorar lo que es un barrido, podemos afirmar que es un especialista.»

«Hay tres cosas que no se deben repetir: el salto a la garrocha, la luna de miel y el viaje inútil.

Después de oírme estaréis de acuerdo en que no se debe tampoco repetir un hecho tan baladí como dar conferencias. Por más que no podéis quejaros de mí. Os he llevado a Ámsterdam, he querido hablar de viajes sin conseguirlo y esto supone un esfuerzo inaudito, aparte de que en no hablar mal del tema ni referirse para nada a él me parezco a todos los conferenciantes. He dicho.»



Duró la conferencia cuarenta minutos. Los comentarios bastante más. La satisfacción de Quinet bastante menos.

El bibliotecario no encontró bien que aludiera Quinet con cierto desdén a la literatura picaresca. El párrafo sobre Herriot y el Ródano molestó a un señor de la Ciudad Mudéjar acostumbrado a decir que le gustaban mucho los bailes chuloeslovacos y aspirante a inscribir en su partido el Ebro con todos sus ríos alimentadores, derivados y canalizados.

Los tres o cuatro cicerones de la Ciudad Mudéjar se enfadaron seriamente con Quinet y el señor Castro Lama le tuvo por loco una vez más, dos veces más...

Quinet se fue de la Ciudad Mudéjar.



El peligro parece alejarse de la mente de Quinet, que siente furiosos deseos de visitar un pueblo grande, atacado de febrilidad inútil como él.

Su maleta tiene muchas etiquetas y muchos recorridos. ¿Por qué no visitar a Lecina en la pequeña ciudad amurallada y encastillada, infestada de jolgorios de bar, aquella capital de provincia en cuyo Instituto enseña Lecina la asignatura de Geografía y se hacen unas procesiones tan memorables?

Lecina tiene un hijo robusto y despierto. Lecina no es concejal ni socio de ningún casino. Lecina estudia sin cesar, está reñido con los señores del claustro y no padece ninguna variedad de reúma. Lecina pasea por las huertas de la ciudad o por las calles solitarias y se pone a hablar con los albañiles y con los que podan árboles en el paseo.

Cuando llega Quinet a casa de Lecina, éste ha vuelto ya del Instituto.

¡Con qué jovial sorpresa recibe aquella familia a Quinet!

—Aquí estarás preso una temporada.

—No será tanto.

—Será lo que tasan los sastres. Esto tiene mucho interés. Iremos al Ideal Corinto sólo una vez, y ya conoces a todos los trasnochadores. Luego verás a los que se levantan temprano, y te presentaré a mis

amigos, sin olvidar a los que quisieran serlo y llevan unas sortijas fantásticas y sólo sienten no tener cuatro manos para cubrirlas de solitarios y sellos con iniciales. Conocerás el Museo y mi observatorio... un observatorio que yo he ido nutriendo heroicamente, querido Quinet. Y, por fin, conocerás una estanquera muy guapa. Después de todo eso, ya puedes marcharte. A quien primero vas a conocer es a Salustio, un vecino que tiene la manía de que la ciudad progresa y se alegra de que se le contradiga. Viene casi todas las tardes y te conoce mucho de oídos. A los diez minutos de charla ya seréis amigos, pero te advierto que dejaréis de serlo en el preciso momento en que no le lleves la contraria. La amistad, para él, es la discusión. Vive poco menos que de milagro, de algunos restos de herencia que va liquidando sólo para vivir en pugna con los suyos, a los que quiere entrañablemente.



Salustio y Quinet se saludan como si fueran antiguos amigos.

—Pues sí, amigo Salustio... progresamos...

—Mucho, mucho; somos progresistas sin poderlo remediar. Hace diez años había en esta calle una taberna: La Cuba Dorada. Recuerdo que se bebía el vino en unos vasos con esquinas, recios y turbios, y que todo lo más que se podía comer eran cuatro pastas baratas.

Lecina tercia en la conversación.

—Y se arruinó La Cuba Dorada porque se estableció enfrente el Bar Delicias. Allí se podían pedir aperitivos, anchoas, ginebra y fiambres.

Salustio sonrío:

—El progreso es evidente... Y luego se arruinó el Bar Delicias porque en la misma manzana se inauguró el Ideal Corinto, con pianola, camareros uniformados, reservados, trasnochadores y tanguistas.

—Ahí, ahí —dice Quinet.

—Son tres épocas de la vida del pueblo. La sed de La Cuba Dorada era de vinazo: primera época: guerra de Cuba, los repatriados, pesimismo literario; en realidad, indiferencia. La sed del Bar Delicias era un poco más costosa: segunda época: regeneradores en cada esquina, crisis, regionalismo y fiambres; en realidad, indiferencia. La sed del Ideal Corinto no se comprende sin estruendo: la pianola tiene asma o meningitis, pero es tan fastidiosa como si estuviera bien de salud; hay en el mostrador un endiablado aparato que chilla para hacer mal café; el ruido de la pianola y el de la cafetera de vapor se juntan en la tercera época de la sed: comisionistas que danzan como almas en pena, peñas de fútbol, cincuentones que quieren establecer en su casa aparatos receptores de conciertos, limpiabotas, mas limpiabotas, chulos, mangantes, soldados de cuota, policías, cocainómanos, consentidos, jovencitos pálidos, el vigilante con gorra de galones, algún cura disfrazado y alucinado, veinte mil duros para mañana...

—Todo esto será también indiferencia tal vez —dice Quinet.

—Pero indiferencia de la peor calaña, amigo mío; indiferencia que se viste de pontifical y que hace ruido y se complace en molestar; indiferencia de presumido, de fatigado intrigante, de ocioso y desnivelado; indiferencia del que está al cabo de la calle; indiferencia de entierro caro, de caballo de carreras, de perro de marquesa o de chófer de banquero.

—Usted es un espíritu de contradicción, amigo Salustio.

—Hay aquí veinte mil habitantes. Diez y nueve mil novecientos cuarenta viven al margen de toda esa mojiganga. ¿Por qué no hemos de ser de ellos?



—Me hablabas de tus indecisiones, Quinet.

—Son las malditas indecisiones de siempre, Lecina.

—Y de tu plan inmediato para ganar la vida.

—En mi plan, extenso y complicado, lo único que se advierte es que no hay plan.

—Ni falta que hace. Los planes se hacen solos: vienen a la mano, se ensanchan, se achican y fracasan o no. En el primer caso, el hombre orgulloso se cree triunfador. En el segundo, vencido. Lo que pasa es que tiene más importancia lo inesperado que lo premeditado.

—Pero se puede reaccionar.

—Y se puede pensar en que hay victorias que son derrotas y derrotas que son victorias. De todas maneras, lo que resulta siempre inútil es el plan.

—El plan, la derrota y la victoria.

—Pesimista te veo.

—Es que no tengo otra cosa que hacer.

—Trabaja.

—¿Y qué hago yo?

—La carrera de nada te sirve.

—Me sirve de estorbo, aunque poco tiempo me hizo perder.

—Lo que ocurre es que no eres hombre de acción. Te pasas la vida mirando.

—Y volviendo a mirar.

—Eso eres: mirón.

—Tengo un tesoro de sensaciones negativas y soy millonario en desengaños. Cada posición ideal frente a los otros me desencanta un poco más.

—Y la reacción para reponerte ha de ser mayor, naturalmente.

—Y más dolorosa.

—De lo que resulta que desprecias cada día más.

—A los otros y a mí.

—¿Por qué?

—A los otros porque me molestan y a mí por muchas más razones.

—Veamos.

—En primer lugar, porque me molesto yo mismo; en segundo, porque quiero molestarme con más insistencia matizando las molestias insoportables. He llegado a construir para mi uso particular una especie de almacén de molestias y elijo con preferencia las molestias como si eligiera los frascos de veneno lento.

—Entonces ya sé lo que te falta.

—Novia.

—Mujer.

¡Qué tumulto de fiesta mayor en la ciudad encastillada!

Acuden ganaderos con largas blusas negras, armados de inseparables y contundentes varas, secretarios de ayuntamiento, mozas casaderas, campesinos en busca de guadañas para la siega, carreteros en procesión, facultativos, traficantes de pueblo, músicos ambulantes, prestamistas y curas.

La feria es casi igual que veinte años atrás, y parece a los habitantes de la ciudad encastillada que la ven por primera vez. La misma mujer-cañón y los mismos caballitos. Estruendo, color, polvo, quincalla. Concertante de Las golondrinas. Barracas cubistas. Subastas. Dos monos de atracción en una subasta. Calderilla.

Juguetes. La mecánica ha cambiado algo las ferias. Los caballos de cartón empiezan a marcharse a la enfermería. Las muñecas cara de colorín, aquellas deliciosas muñecas baratas, se han retirado a la vida privada. Camiones. Aeroplanos. Locomotoras de exprés. Cuchillos y navajas con música. Máquinas de afeitar. Pequeñas ruletas sacadineros como todas. Botellas de agua coloreada y etiquetas de vino, pero en realidad inocente como el agua de los licores de agua.

Quinet pasea por la feria acompañado de Lecina.

—Esta animación es contagiosa, quieras o no, Lecina.

—Y contagiosa la manía de comprar algo. Quinet. Lo que tú debías comprar es una mujer.

—El amor es envolvente y pérfido.

—Para los guerreros de retirada, todas las plazas, incluso las débiles, son inexpugnables.

—El inexpugnable soy yo.

—Pretensiones que tienes. Se está enfermo de pretensión, cosa distinta de la sugestión. Te aseguro que marchas de aquí curado y que si no te curas no marchas, pero si eres incurable te echo.

—Músicas.

—Lo verás.

—Músicas.

—Adela preguntó que si te ibas pronto.

—Quinet cambia de conversación.



Adela es vecina. Pasa algún rato en casa de éste, acompañada de sus dos hijos, uno de tres años, otro de cinco.

Hace labores de encaje con la mujer de Lecina. Es una viuda lozana, bien compuesta, risueña y tonta.

Su lozanía tiene cierta exuberancia estallante, pero que no estalla, sino que va a estallar, a romper el corsé.

Lo de bien compuesta entiéndase a la manera de la ciudad encastillada que tiene un código de escotes dictado por los jesuitas y aceptado por gruñonas viejas y sucias y por guapas jóvenes, lo que es irritante.

Risueña y jovial Adela, sí, pero con jovialidad uniformada. Es jovial porque la jovialidad agrada. No ha pensado nunca nada porque no

pensar agrada. Sabe que agrada el escote y no lo lleva más que leve y recatado, para que haya muchos protestantes, a quienes agrada tanto serlo como dejar de serlo.

Adela se guarda de aparecer como mujer amiga de jaranas y tertulias. Viuda que pasa poco del cuarto de siglo, ha de curarse en salud de la maledicencia.

En ello pone tan especial cuidado, que si lo pusiera igual en dejar de ser tonta tendría un tesoro de inteligencia, aunque éste iría a un banco que no es su banco porque la cabeza peinada y rizada pertenece a la jurisdicción de los admiradores y la cuenta corriente de ella.

Adela es tonta, pero una tonta sin grandes alardes de tontería, una tonta discreta de diminutas tonterías. Entre todas ellas no suman una tontería grande.

A pesar de que Quinet habla cambiado de conversación, Lecina se complace en dar semejantes informes de Adela como si pretendiera, como cualquier ignaciano de la ciudad, pasar por casamentero.

Quinet vuelve a cambiar de conversación. Su cronómetro sentimental dice que el amor es envolvente y péfido, y cuando no, amor tonto. Pero su cronómetro sentimental va retrasado, y, quien lo retrasa es incapaz de comprender lo agradable que puede ser un amor tonto: tan agradable como un amor imposible, que es el más agradable de todos.



Por el borde florido del río. Anochece. Camino vecinal. En plena huerta.

Los dos amigos han hablado con esas palabras medrosas atajadas por puntos suspensivos de los que asaltan en primer término cada secreto y cada reserva.

El diálogo ha tenido que suspenderse para que Quinet dialogue con él mismo. A veces quedan muchas cosas por decir y se silban.

Pero Lecina no está dispuesto a callar ni a silbar, sino a discursar.

—Eres reservón y fantástico, Quinet. Representas una generación cansada que oye hablar a todas horas de pobreza y decadencia. ¡Español representativo que te rodeas de conflictos íntimos y los amurallas y cercas con aspavientos, que juzgas el amor envolvente y pérfido y quieres ganarlo como se gana a la lotería!

¡Español que no miras atrás, y dudas delante de todos los caminos o emprendes uno al azar! ¡Español que te hundes en el callar atravesado por las espadas de los indiferentes, haciéndote rabiosamente indiferente como ellos y renunciando a salvarte solo!

Eres la juventud que descubre llagas y que las colecciona y cataloga para olvidarlas luego, olvidando también el mal propio y recurriendo a la terapéutica libresca de desastre hecha por unos cuantos apesadumbrados por males ajenos como si no los tuvieran propios.

Mereces el castigo de mi discurso y te aseguro que vas a oírme. Eres indeciso porque tu voluntad está enlutada. Esperas que se cumpla el novenario para llorar la muerte de otra ilusión absurda. Así te pasas la vida. Es más práctico y más poético un hortelano que tú. Al menos el hortelano nada quiere saber de los litigios de una multitud endomingada para el mitin y que no tiene otros litigios.

Entristecido de tres al cuarto, que hinchas tu corazón con el dolor colectivo, sin que ese dolor sea otra cosa que dolor conformado, que lloras por los que rien, que te sientes clavado en una especie de cruz ideal y quien te clava es la patrona de cualquier casa de huéspedes.

Caballero andante que supones continencia en los humildes, amor de relámpago en tu pecho y sinceridad en los prólogos. Que dudas sin método, que viajas sin rumbo, que lees sin orden, que acabas dando vueltas rodeado de círculos concéntricos y vertiginosos o quietos, que esperas desfacer entuertos y tienes pocas camisas, que te mareas con la literatura bruñida o tosca de los novelistas capaces de explicarnos dramas y tragedias sólo para que sepamos que pasaron por París o que se acostaron con su respetable tía.

Preocupado que te arrodillas ante demasiadas cosas deleznable. ¡Creyente en el amor por adivinación, en el amor-flecha, de golpe y porrazo! Dolorido y cansado de ir acá y allá porque sí, a ver qué pasa. Olvidadizo hasta el extremo de no tener una lista de adversarios. Capaz de ir a hablar con Salustio sin recordar que estáis, estábais o podéis estar reñidos y que es de muy mal efecto distraerse hasta el punto de no guardar las conveniencias.

Repentino para hallar simbolismo hasta en Adela, que es agradable y tonta, ¡Estás en peligro de merecerla como se merece un cachete!

Inquieto sin inquietudes activas. Usurero de tí mismo que haces préstamos de optimismo aprovechable cuando juegas al escarmiento, y, como en todos los juegos, vuelves a empezar, perdiéndolo todo menos la esperanza de ganar.

Eres lo que muchos jóvenes y muchos viejos: intrigante. Pero tus intrigas rezan sólo contigo. No estás satisfecho sin plantearte

problemas trascendentales y regeneradores, problemas intrincados, pero con la particularidad de que una mujer los barre de tu mundo interior cuando ella quiere o cuando no quiere.

¿De qué raza eres, que llegas a creer en el aprendizaje de mirar como ejercicio sin tregua?

¿Crees que una de tus miradas está cargada de expresión y que mirar es hablar o callar por los codos? ¿Crees que tres mil miradas no han de hacerte dudar tres mil veces?

Cuando Lecina llega a este pasaje de su discurso, Quinet se siente el hombre más petulante del mundo. No sabe qué decir ni qué hacer ante semejante prueba oratoria. ¡Qué palabras certeras y hasta conmovidas! ¡Qué hombre aquel!

A partir del discurso, Lecina ya no es el mismo para Quinet. Es otro.

Ha puesto el dedo en la llaga. Ha tenido palabras de acierto y acometidas irresistibles. Quinet está dispuesto a oírle casi de rodillas, pero recuerda que Lecina afirma que Quinet se arrodilla demasiado, y renuncia.

A lo que renuncia también es a seguir siendo un sujeto de experiencia y de crítica. Doloroso, ingrato y despreciable es servir de modelo a hombre tan experimentado que tiene un museo de ocurrencias y las suelta como cohetes. ¡Quién sabe si, después, el cohete será trozo de caña quemada!

Sea lo que fuere, Quinet abandona a Lecina sin más pretexto que la voluntad de marcharse y la necesidad que tiene de hacerlo pronto.

Se siente aplastado por la riqueza analítica de Lecina, por la comprensión extraordinaria que ha demostrado buceando en las

más ocultas ocurrencias de Quinet, incluso en cosas que éste no sospechaba.

Los dos o tres días que siguen al discurso de Lecina —Quinet desearía verlo reproducido en un folleto— son largos y un poco ceremoniosos. Lecina cree que ha obtenido un triunfo. Quinet lo duda al día siguiente de creerlo.

Si Quinet tuviera un poco de mundo sabría que cuando un hombre hace discursos es un petulante y un mimado por quien los escucha.

Sabría también que los más profundos análisis psicológicos tienen a veces un origen bastante sucio.

Pero Quinet es inocente como él solo y se cree irremediablemente estrujado.

Despedidas. La mujer de Lecina, sorprendida de marcha tan repentina y poco esperada. Nunca faltan pretextos, aunque Quinet calla el verdadero motivo de la huida y no dice que está apabullado y Vencido por la oratoria algo inglesa de Lecina, por sus adivinaciones más sorprendentes que las de cualquier médium y por el desparpajo enteramente doctoral de Lecina, tan cambiado por el aire de la ciudad encastillada poblada por Salustios que llevan la contraria; mujeres agradables y tontas y psicólogos.

El tren que conduce a Quinet es rápido y, por consiguiente, corre poco.

—¡Adiós, ciudad encastillada con tus anticuarios resacos, tus Salustios casuistas, tus psicólogos de capirote y tus viudas agradables y tontas! ¡Adiós, ciudad rellena de discursos y pianolas! ¡Adiós! ¡Que te aprovechen esos rellenos por los siglos de los siglos!

Epílogo: un cigarro y una risalleta.

Quinet es ingenuo hasta el extremo de creer un poco en los discursos de psicología. No hay tal. Ocurre algo muy corriente. Lecina desea que Adela sea su querida. He aquí el paradero de sus grandiosas concepciones,



Otra vez la inclemencia de fuera ha malogrado las ilusiones de Quinet.

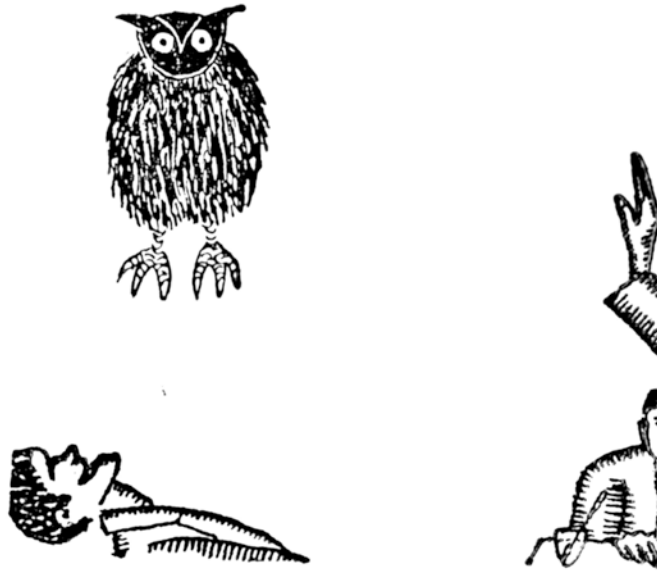
Derrotado por la psicología de Lecina, Quinet se ríe, pero no acaba de reírse.

Si sospechara que el trascendentalismo de su amigo tiene relación con las medias de seda de una vecina agradable y tonta, Quinet sabría a qué atribuir exactamente la manía oratoria de Lecina.

Vería que tal vez Adela no es tan tonta como parece, o como cree o dice que cree Lecina. Pero los informes que tiene Quinet y la capacidad para oír discursos significan que Adela es rematadamente tonta y Lecina rematadamente psicólogo.

Cree lo primero y casi cree lo segundo. Vuelve a reír. Si supiera la verdad reiría también, pero con risa más desconsolada.

Algunos amigos son Utilísimos cuando se deciden a ser rivales. Empiezan por decir que es tonta la mujer objeto de rivalidad y alejan al rival con un discurso empapado de psicología. El rival no llega a serlo y se marcha creyendo que Adela es tonta y el rival también. Tonta ella y tonto él.



Nudo

A pesar de las apreciaciones de Lecina, Quinet se escapa de casi todas las ilusiones con fundamento, y si en su vida no pasa nada de lo que requiere cédula y padrinos, mejor. Quinet no es el lector de novelas que supone su amigo el psicólogo. Ni lector, ni autor, ni comentarista. Si sus reservas parecen timidez, que lo parezcan. ¿Qué timidez cabe en Quinet, cuando a los dos meses de marcharse de la ciudad encastillada tiene relaciones con una mecanógrafa?

Es en Madrid. ¡Oh, Madrid, calumniado porque hay ministerios, paradas y sablistas! También hay mecanógrafas, y entre ellas la sin par Julieta.

Al llegar a Madrid hay que pensar en una casa de huéspedes. Algunas veces las casas de huéspedes tienen balcón y edificios enfrente. ¿Por qué no ha de vivir en uno de éstos la sin par Julieta?

Hay entre todos los morenos de mujer el moreno sin palidez ni ojeras. Parece que no hay mujeres en ninguna novela ni en ningún cuento sin el consabido cerco amoratado y sin ojeras. ¿Por qué? ¿Por qué no ha de ser morena y carecer de ojeras la sin par Julieta?

Entre las mecanógrafas hay variedades de figuras hasta el infinito. Sin embargo, la vida sin chistes y el gracejo sobrio y serio dan al cuerpo una prestancia sin facha de maniquí. ¿Por qué no ha de ser flexible, maciza y sana la sin par Julieta?

El pelo que prefiere Quinet es el limpio. ¿Por qué no ha de ser así el de la sin par Julieta? El color no es cuestión primordial, pero Julieta lo tiene castaño y dócil.

Hay ojos de mar, de río, de lago y de turbión, de inmensidad y de embrujamiento. Los novelistas han disertado con cierta pesadez sobre los ojos. Para estar acreditados han de ser grandes y si puede ser que paren los relojes. También es indispensable que sean rasgados y negros como una pena, de color de uva o de color celestial. Los de Julieta no son muy grandes. No hay ojos tan imposibles de analizar como los de la sin par Julieta.

Está averiguado que no hay madrileña sin salero. Pues bien: la sin par Julieta no lleva ningún salero a mano para sazonar sus palabras, porque no es madrileña, sino bilbaína.

Aguileña y garbosa, sin prontitudes de esas que dan a la mujer aspecto desasido, la sin par Julieta sólo hace con prisa una cosa: escribir a máquina.

Quinet conoció a Julieta de balcón a balcón. Los balcones son a veces observatorios y a veces escaparates. Lo mejor es que el balcón sea simplemente balcón. En realidad no sabemos lo que puede ser

mejor, pero quedamos en que el balcón de la sin par Julieta era sólo balcón.

Madrid es más alegre en verano porque la gente petulante se marcha, y lo peor es que vuelve.

Pues bien: Quinet llegó a Madrid en verano. Su balcón estaba frente al de la sin par Julieta.



Primero un saludo —inclinando la cabeza— a la sin par Julieta. Inmediatamente, compra de algunas corbatas. Silbar. Volver repentinamente de la Moncloa habiendo salido a dar una vuelta larga.

Desde que Quinet observó que vivía tan cerca de la sin par Julieta hasta la primera inclinación de cabeza, transcurrió cerca de un mes. Desde el saludo a la compra de corbatas, ocho días, y así sucesivamente fueron cada vez más cortas las etapas del balcón al convertirse de simple balcón en observatorio.

La sin par Julieta vivía con sus padres. Toda la familia iba enlutada por la muerte de un pariente próximo.

No es fácil calcular lo que gusta una mecanógrafa vestida de negro, y sólo puede averiguarse aproximadamente sabiendo lo que gusta vestida de otro color.



Madrid, a tantos...

Querido Rodela: La Biblioteca de Filosofía y Letras tiene siempre algo que no se encuentra en ninguna otra biblioteca de Madrid.

Está en el Instituto de San Isidro, arriba, en el primer piso. El edificio es completamente Madrid, como el conventillo de la Encarnación, el Botánico y la Puerta de Alcalá.

Tiene esas piedras granuladas, salpimentadas de motas negras y azules; piedras regulares, decorativas por si mismas. Rectángulos, guirnaldas y columnas: proporción y limitación.

La fachada es maciza y pobre, entre San Isidro y la Escuela de Arquitectura. En medio de una casi perpetua feria de todas las cosas de la feria, aquella parte de Madrid tiene el movimiento que ya debieron hallar allí los maragatos del siglo pasado o los chicos de la provincia de Segovia que venían a hacer el aprendizaje en tiendas de especiería. Una especiería es la tienda que más llama la atención a los chicos de Segovia y a mí.

No sé qué anhelo de aventura se respira en las especierías. Tienen poca luz y aromas cargados. Hacen soñar en viajes. Regalan el olfato con esencias picantes. El especiero no es un negociante en grande. Vende pocas y pequeñas dosis. Vende usando como el cuentagotas de las especias.

El comercio de especias sería antiguamente muy arriesgado por las navegaciones de altura. Sería también dilatado, porque unas libras de especias cunden mucho y se compran como la cocaína.

Las especierías están todas en barrios viejos y comerciales. ¿Cómo te explicarías un herbolario o un especiero en cualquier trozo de la Reforma? En Sevilla las tonadillas hablan de la Torre del Oro y de las especias. En Barcelona los especieros se agrupan cerca de los soportales. La especiería es cosa de soportal, de Platería, de Judería, de calle estrecha y húmeda. Pues bien: Madrid me parece como una

especiería pasada. A pesar de sus aires de modernidad, dice más en Madrid una especiería que un garaje.

El comercio, todo el comercio, incluso la política y el mundillo teatral, son cosas de especiería inodora. La gente tiene aire convaleciente y de vez en cuando habla por hacer gracia, aunque maldita la que tiene. Cada temporada hay niños mimados y la amistad tiene aire indolente y enfermizo. Preocupan los caprichos de convaleciente, lo que va a pasar y luego no pasa nada, aun cuando se diga que pasa esto o lo otro.

Pero de vez en cuando pasa una mecanógrafa, querido Rodela.

Todo este larguísimo y pesado prólogo ha preparado la salida en escena de una mecanógrafa: la sin par Julieta.

Hasta ahora puedo decirte que es un tanto arisca conmigo. Sin embargo, creo que será la compensación de mis fracasos amorios. Por lo menos he llegado a tiempo, cosa extraña en mí, que zozobrara fatalmente ante las más sencillas audacias.

Lecina tenía un poco de razón cuando me decía que no era un hombre decidido. Recordando sus discursos me atreví a escribir una carta a la sin par Julieta. Lo hice en la biblioteca de Filosofía y Letras. No fracasé ni triunfé. Espero.

Nos hemos ido conociendo de balcón a balcón. No sabes lo que son las noches veraniegas en Madrid. Se puede decir que ella pensaba en no salir sin decírmelo. Por mi parte, es seguro que diría cosas parecidas. Me quedaba en casa y hasta media noche nos espiábamos. ¡Qué elocuencia en nuestros mutuos pensamientos! ¡Qué mudez tan sugestiva!

Una noche silbaba yo por lo bajo, al balcón, un trozo de Mozart. Entró la sin par Julieta en el comedor de su casa y a los dos minutos tocó al piano —maravillosamente— la página entera.

La delicadeza me conmovió un poco. Repetí el trozo y volvió ella a repetir la página. Aquella noche hasta el sereno. último acompañamiento de nuestros diálogos mudos, me pareció una institución poética.

Estuve dos días esperando contestación de la sin par Julieta. No me decía que sí ni que no en la que recibí. Su letra era rápida, entrelazada con rasgos de imperdible, decorativa y sin modas angulosas ni palabras escritas en forma de acordeón. Se veía que ella era libre, y lo más juicioso que se desprendía del último párrafo y del antepenúltimo es que deseaba seguir siendo libre.

Volví a escribir como galán joven insistente y contentadizo. La sin par Julieta estuvo cinco días sin contestar. Tuve el buen gusto de no darme por resentido ni casi por enterado, me compré tres o cuatro corbatas y continué quedándome en el balcón por las noches hasta la una. Ella se iba a dormir unos veinte minutos antes cada noche, y decrecía su amabilidad hasta el extremo de no contestar a mis iniciativas musicales. Apagaba la luz y se sentaba en una silla baja, sin tener en cuenta que el cartero sirve para algo.

Los escasos momentos que tenía la luz encendida, veía yo en su cara una expresión contenida y opaca. Llegó por fin su carta.

¿Para qué voy a entretenerme en detallar los episodios que prepararon la primera entrevista? Nos encontramos en un ángulo del jardín que hay en la calle de Bailén, tal como ella deseaba. Acudió la sin par Julieta con puntualidad poco magnánima y nos llegamos hasta Rosales. Somos novios, esperó, creo y silbo.

Pero los diálogos mudos del balcón se han suprimido casi por completo. Lo quiere así la sin par Julieta y tiene razón. No es muy agradable proporcionar sesiones de cine a la vecindad.

Me pareció una chica sencilla, despreocupada, con cierto interés atento por lo que yo decía y sin esa desconfianza de ritual que tienen los proemios amorosos. Ni ella ni yo podíamos exigirnos nada.

Ya nos iríamos conociendo o desconociendo. Te juro que al quedarme solo después de acompañarla hasta cerca de su casa para evitar el cerco de las porteras, que es más estrecho que el de Verdún, sentí una especie de emoción desconocida. ¿Era la inquietud de mi responsabilidad que despertaba al apagarse las luminarias de la primera apoteosis, o el convencimiento de que empleaba bien mi predilección? No sé, Rodela. Algo había de todo eso en las que iban y venían por la mente calenturienta.

¿Se presiente una pasión seria con más facilidad que un amorío, aunque éste sea más fácil de expresar y de sentir?

Los primeros términos de un azar agradable como el que había nacido en el balcón de manera tan inesperada y grata son como ráfagas de primavera que preparan el verano igual que se prepara el latiguillo final de párrafo. Yo, que actualmente tengo buena opinión de mí mismo, veía en la sin par Julieta una criatura distinta de las que solía tratar, poco propicia al amorío.

Las porteras durante el día y los serenos de noche, personifican el barrio hasta el extremo de que se creen postergados si no pueden enterarse todo lo directamente posible de lo que no les importa.

El barrio mira por sus ojos y habla cuando ellos hablan. No hay gente más amable y respetuosa con la paga ni que tome más en

serio el proteccionismo del barrio cuando cobran y cuando dejan de cobrar. Lo saben todo, y de lo contrario no serían lo que son. El que no paga es enemigo del barrio.

Me decidí, pues, a enviar unas flores a la sin par Julieta por conducto de la portera. En la aduana porteril tuve que improvisar un pequeño discurso y una pequeña propina. Me creí desde aquel día el verdadero novio. En todos los procesos de amor interviene la portera como testigo de descargo, y es la que da estado legal a cualquier noviazgo. Su protección reconforta. Es lo contrario de la suegra, tiene buen golpe de vista y ningún hombre avisado prescindirá de ella si quiere que las andanzas amorosas supriman el fracaso. Entiende todos los idiomas y es doctora en señas.

La sin par Julieta me quiere un poco. Ya me ha dicho que es mecanógrafa de un colegio de señoritas y que trabaja sólo por las tardes. El amor es envolvente, pero no pérfido, querido Rodela. ¿Qué son las opiniones más que experiencias? Dentro de poco es probable que piense que el amor no es envolvente ni pérfido. Seré un novio perfecto, apasionado, amigo de la portera, puntual y, ¡horror!, celoso.

Me acostumbro a escribir una carta diaria en la biblioteca y a recibir otra de la sin par Julieta en mi casa. Estamos en ese momento del amor ácido, de verdadera prueba, cuando el barrio se entera, la portera sonrío, el chico de la tienda de ultramarinos guiña el ojo, la señora del principal se interesa, la familia pregunta y el folletín corre por la calle con franquicia.

Es el preludio y la sorpresa, la esperanza que va tomando cuerpo. La sin par Julieta está muy animada y en carácter, con ese aire de

consulta y avidez que tienen las mujeres en cualquier momento que no necesitan consultar nada.

Hasta otro día, amigo Rodela, doliente y valeroso Rodela.

Quinet



La portera bendice a los novios cuando los ve juntos en la calle. No se recatan gran cosa.

Quinet está enamorado de la sin par Julieta. Enamorado, pero no rendido ni servil, como es costumbre.

Llena la imaginación de palabras a media voz, de promesas y de cantos sin música. Lleno el corazón de la claridad que llega por fin.

Profundo sentido tienen ahora sus ideas y risueños panoramas, sus monólogos silbados. Aquella sed de matices de antes ya se ha contraído sin renunciar al matiz, pero con olvido del haz de matices. Quinet piensa en la seriedad que la sin par Julieta planea en la vida de todos los días. Bien es verdad que Quinet es un hombre que pasó tiempo haciendo planes y volviéndolos a hacer. Hoy es la sin par Julieta el ideal que obliga a pensar en todo. Mañana habrá que soldar el amor de la joven con algún haber, y este es el plan nuevo de Quinet.

Si quiere cantar, hace números. Si hace números, canta. No es rico ni afortunado en cualquier don de cualquier padrino. Tiene la juventud sin balance ni utilidad inmediata. Ignora y quiere ignorar las tretas del conquistador de Madrid.

Ni la literatura ni nada de lo que se aspira en las tertulias sucede a Quinet. Es más rectilíneo en sus cosas ideadas y en sus trayectorias.

El ideal se le aparece como cosa dinámica que valoriza las potencias de la eficacia. ¿No vale más tener una silla necesaria para sentarse que desear toda la vida una sillería de doce unidades, sobrando once o poco menos?

Si la gloria se otorgara por sufragio universal, Quinet la rechazaría por las molestias que da. Si se diera como premio por un cónclave, la rechazaría también. Cuando los hombres no necesiten la gloria ajena para calentarse al fuego que produce, podrán llamarse hombres.

No es cima la gloria. ¿Por qué ha de serlo? ¿Por qué ha de venir a ser cosa de atributo oficial allá arriba, amenazando con desahuciarlos de las localidades de favor que nos deja?

La sin par Julieta se aturdiría si oyera que Quinet llamaba a la gloria, no porque ésta podría ser su rival, sino porque la gloria es una cosa de la que oyen hablar las gentes sencillas como las jovencitas de hazaña de calavera, cuando las personas mayores hacen salir a las jovencitas y no pueden explicar lo que es la gloria a los sencillos. Hay que estar en el quid o no ser inocente, para comprender la gloria.

Acostumbrado Quinet a la lucha para explicarse lo que no comprende, no puede menos de atribuir a la sin par Julieta el papel de figura constructiva de su mundo interior. Por ella se ensimisma y se pone a silbar y a escribir. Leed lo que escribe:

«El amor no es pretexto de novelas. El amor no es ideal, ni gloria, ni felicidad. Tampoco materialización ni transfiguración. El amor es una cosa privada y distinta para cada ser.

La sin par Julieta me hace pensar que el amor es algo menos sutil que sus retratos novelescos y menos complicado que los conflictos de alcoba. El amor no es el infinito sino la verdadera intimidad que

despierta lejos de los galanes del teatro que roncan o beben o pelean o bostezan. O nace cuando se desprenden de lentejuelas las mujeres. Hay que ser delicado, fuerte, leal, sano y optimista. La gloria es el uniforme y el festival. El amor es la selección privada de dos.

Hay millones de libros de amor que nada dicen a los enamorados y millones de enamorados que nada dicen en los libros de amor. Seamos de estos últimos. Hagamos el amor inédito para los novelistas y para el público. Tengamos la alegría de ser rebeldes a las malditas candilejas apestosas de énfasis, acumuladoras de aplausos de gente bien cenada. Apartémonos de los finales de boda y de la boda que señala el momento de marcharse a dormir porque la comedia es finita.

No creamos en la obsesión del útero. Impongamos un poco de limpieza. Que sea todo como sea, pero que no venga a ser lo mismo. Que se escriban obras sin la manía de que todo gire en torno a una enfermedad femenina de romana caprichosa o de gallo castrado y charlatán.

La gente copia los conflictos de novelas y tragedias cuando no tiene cosa distinta que hacer. Después de ir al teatro a presenciar el caso de La Malquerida, hubo un turbión de padrastros enamoradizos.

Los moralistas de junta son unos cargantes; no sólo por hipocresía, sino porque repugnarían igual aunque no fueran hipócritas.

Los que plagian a Pitigrilli vienen a estar en el polo opuesto de los moralistas de junta, pero se parecen a ellos.

No hay más diferencia que la que se advierte entre un harto de carne y otro ayuno e inapetente. La diferencia de unos cuantos kilos de carne en el deseo o en la satisfacción, el hecho de hablar antes o después del acto sexual no tiene importancia más que para vendedores de preservativos, doncellas o damas equívocas, adolescentes ojerosos, matronas adiposas y requeridoras, viejos esmeraldinos, alcahuetas, protectoras de la infancia y a la vez corruptoras de menores.

Es preciso no concluir todos los problemas con un timbre de alarma sexual ni complicar el estallido de una pantera humana con la melancolía del crepúsculo ni con las salchichas picantes.

Apenas hallaríamos entre los lectores de libros amatorios más que partidarios de las salchichas picantes, y frente a ellos a los amigos de la melancolía del crepúsculo.

—¿Quién es ella? — se dijo y se dice.

Ella no se sabe quién es, pero si ella lo es todo, él es poco, nada o nadie.

El feminismo es despecho. El antifeminismo, miedo. Sobre estos dos polos gira todo lo que se escribe, lo que no se escribe y lo que se quiere escribir de feminismo y antifeminismo. Si las feministas tuvieran voto votarían una sola vez a los masculinistas y no a sus compañeras de club. Una mujer que vota es tan absurda como un elector. Una casa se hace sin votar, y lo mismo un par de zapatos. ¿Qué es lo que se resuelve votando? Que algunos ciudadanos se pongan a comer y otros a rascar.

El amor libre no necesita esperar su proclamación para estar en vigor. Las mujeres como los hombres capaces de ser libres lo son.

Cuando no lo son que no se patalee ni se eche la culpa a la sociedad ni al clero.

La mujer no es mala ni buena: es producto de su autoeducación, de su temperamento, del ambiente en menor grado, de la salud, del calor, del frío. Casi siempre es lo que quiere ser, por más que se hable de imperativos económicos y de rampas viciosas por las que hay que bajar forzosamente según el parecer y el lagrimeo de los moralizadores, tanto anarquistas como cristianos.

La galantería y la grosería son evidentes líneas de un ángulo, de un zigzag. Por su cualidad inferior se corresponden en un todo de sucesivas alternativas, como el besuqueo y los garrotazos chulescos, la risa y el llanto de los histéricos, el debe y el haber de los traficantes.

El epiléptico, ser débil, tiene más fuerza que tres hombres normales cuando sufre un ataque.

Niños y niñas juegan a marido y mujer. Maridos y mujeres juegan a niños y niñas.

Las mecanógrafas que tutean su máquina se ven correspondidas; pero de la falta de pulcritud no es responsable una máquina limpia ni sucia. La sin par Julieta no deja de ser tuteada ni correspondida por su Underwood, último modelo.

Las mecanógrafas de teatro son mecanógrafas absurdas.

Tendrían que aprender a escribir a máquina para ser mecanógrafas tan solo en una escena.

La mecanógrafa es una novia que gana su vida algo precaria. Es necesario saber también taquigrafía y que en los despachos no haya tantos lobos ni tantos tragones de teclas.

La sin par Julieta me inspiró ayer estas cosas en una conversación sin falsilla.

Estoy orgulloso de la sin par Julieta. El amor no es envolvente ni pérfido.»



«Había un apóstol socialista que usaba barba, esa barba que por clasificación pertenece a los apóstoles socialistas.

Cuando hablaba en público, el éxito era seguro.

Tenían los discursos ingredientes determinados como son: exordio, peroración, réplica, exclamación... Pero el ingrediente de efecto era la barba certera y mitinera.

En el exordio se sostenía la barba relativamente quieta, en forma de abanico. Al llegar a la peroración aparecía la barba cuadrada, asiria, dialéctica y ligeramenteailable. Cuando ascendía el apóstol a la réplica, su barba adquiría cierto vigor frenético: buscaba un contradictor lejano y la barba florecía milagrosamente; cada apóstrofe hacia desarrollar un mechón; ya no era un abanico ni un cuadrado aquel aparato de hacer discursos; era arbusto con ramaje espeso y amenazador. El verdadero prodigio acaecía luego al disparar el apóstol las exclamaciones de rigor y convertir su barba en central eléctrica.

Era aquel un verdadero proceso mecánico. Desde el apacible abanico a la turbina demoníaca. El auditorio llegaba a la central eléctrica y quedaba electrocutado de entusiasmo.

Ocurrió por entonces algo verdaderamente trágico, y fue que el apóstol socialista se cortó la barba. Desde aquel momento nadie

quiso escucharle nunca más. ¡Oh desolación! Cuando hablaba el apóstol barbilampiño, el público escaso, prevenido y suspicaz, iba desfilando y haciendo signos pesimistas. El apóstol había arriado la barba y no quedaba nada».



«Hay entendimientos que viven de medio lado y lamentan la influencia de los inventos mecánicos en la vida.

No se fijan en el hecho de que aquellos inventos son inéditos para la mayor parte de los hombres y establecen la conclusión de que la mecánica destruye el fervor, la emoción, el color y la espontaneidad.

Ni siquiera a primera vista tienen razón, porque la mecánica no es culpable de que haya pianolistas y gramofonistas, ni de que se escriban dramas mecánicos a máquina o en ondas hertzianas.

Con un teléfono y un auto se confecciona fácilmente una película. El inventor del argumento y el director de escena son hombres de una pieza, hombres-máquinas. A ellos debe achacarse la culpa de que la película sea una tontería.

El radiograma que reproduce las palabras tontas de los discursos tontos, no es el radiograma que interesa.

La mecánica de los discursos de un primer ministro es lo que estorba. Bien es verdad que si aquella mecánica pudiera suprimirse, automáticamente quedaría suprimido el primer ministro, inutilizado, apabullado. Si se quita la barba como el apóstol, no queda nada. Sin embargo, quedan los infinitos radiogramas posibles como agentes de civilización.»



La sin par Julieta está sentada frente a la máquina de escribir en un gabinete sencillo, claro, aseado y pequeño.

Teclea. No lleva lentes. ¿Por qué ha de ser más poética una mujer bordando zapatillas que escribiendo a máquina?

La máquina está limpia y centrada, porque de lo contrario la sin par Julieta que es curiosa de su porte y equilibrada, no podría tutearla y sólo ganaría seis pesetas en vez de ganar ocho con setenta céntimos, que es lo que ganará hoy sin fatiga.

Los ojos de la sin par Julieta no son rasgados porque no hay necesidad de que nadie se haya entretenido en la crueldad de rasgarlos.

Tampoco son torneados sus brazos descubiertos ni parecen serpientes ni asas de ánfora.

El tamaño adjudicado a los labios sensuales es el grueso, o si se quiere el gordezuelo. La sin par Julieta tiene unos labios carnosos, sutiles, firmes y poco rojos; no son labios de los que convidan a néctar ni ambrosía. Probablemente la ambrosía de las más ensalzadas heroínas es saliva.

Los senos de la sin par Julieta no están acostumbrados a ser poemas ni elegías; se contentan con ser chicos, y si pueden calificarse o no de provocativos es cosa que no interesa más que a los provocadores, entre los que puede haber un idiota más que un seno y un autoprovocado más que una mecanógrafa.

El cuello no es de cisne, ni siquiera de garza; es de mujer y se ve desnudo mate, sin collar, lleno, proporcionado, suave y pulcro.

Las manos de la sin par Julieta serían muy difíciles de pintar. A causa de la asimetría de las manos se ve que los mejores pintores

vacilan cuando tratan de expresarlas. Tienen fisonomía como la cara. Hay manos regordetas y mofletudas, satisfechas de su opulencia y desparramadas en los dedos complacientes, lentos, gordos, lacios, hechos a repartir con cuenta y razón y a beneficio de inventario o acostumbrados al libro de horas, a las pláticas, a cortar despacio el pan y a explicar travesuras al señor obispo: son las manos que no se contraen nunca, que se cruzan con las cuentas del rosario y que ríen en medio de las grandes solemnidades delatando lo cómico de las escenas solemnes; esas manos de actriz vieja y abotagada empeñada en hacer papeles infantiles, sin saber que ni las manos ni la voz pueden pintarse; manos de pantera, que se tragan la mano adolescente y deseada después de envolverla con el racimo de plátanos que son los dedos. Hay otras manos regañonas, secas, tristes, inhábiles y malhumoradas, que se cuidan por la manicura, pero no pueden dejar de ser agrias. Se puede decir que son manos de vírgenes góticas o sarmientos, pero ambas comparaciones no serían adecuadas porque ya las han usado 14.876 novelistas.

Las manos de la sin par Julieta son la distracción de la máquina. No aprietan las teclas ni las acarician, ni estrujan el redondel de cada palanca para que se grabe un signo. En estos casos los dedos de la sin par Julieta no serían la distracción y el recreo de la máquina. Porque la máquina sale a recreo como una colegiala cuando la sin par Julieta se pone a escribir.

Estas manos de la sin par Julieta no se darán seguramente en saludos inútiles. Entregadas al trabajo inteligente —otro novio que pide la mano de la sin par Julieta—, ¿pueden emplearse en hacer señas azucaradas desde el balcón? Si de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso —los ingleses dicen que es el paso de Calais— no hay duda de que la sublimidad amorosa deja de serlo en el

momento preciso en que la mirada cede a la seña y la carabela de cinco palos con uñas se lanza al paso de Calais. Es la primera confianza excesiva insistente y erizada de dedos, además de tocar y desnudar que es lo que hacen los novios benditos y los otros con la presa.

No: estas manos de la sin par Julieta carecen de grosería para hacer señas. Tienen una conversación tan rápida con la máquina, que a lo mejor saldrá un barullo... No es barullo, no: ha salido un folio perfecto, con los blancos debidos. Las manos aprietan un tornillo. Ahora descansan medio minuto. Luego buscan papel... Y cae el telón.

La sin par Julieta tiene que trabajar cuarenta y cinco minutos más para ganar lo que se propone. Sus manos trigueñas y danzantes, pequeñas y sanas, jugarán con la máquina hasta las seis menos cuarto de esta tarde. Tres minutos después la máquina se vestirá de luto con una funda. No es que la máquina quiera estar vestida. Es que la sin par Julieta dejará de jugar con ella a las seis menos cuarto en punto.



Se encuentran la sin par Julieta y Quinet. Al cine. Entran. ¡Qué película tan movida!

Barrio de Nueva York. Un puente. Calles populares y no muy ricas.

El guardia pasea. No lleva bigote ni barba. Es limpio y corpulento.

Se trata del barrio donde hay más rateros y cafés. Un garaje. El guardia cuarentón espera.

A su espalda, un raterillo opera. Caza una rastra de embutidos. El guardia no ve nada.

Autos. Chicas americanas de corto. Un botones en motocicleta. Más autos. Pasa un señor de cara alargada. Ahora dos vendedores de periódicos.

El raterillo huyó con la rastra de embutidos.

Cuando se apercibe el tendero llama al guardia.

Un espectáculo. Todo un espectáculo. Corrillos.

El tendero increpa al guardia, algún transeúnte al tendero. El guardia se disculpa y no tiene cara de increparse él.

Diríase que celebra la sustracción. ¡Todo un policeman!

Dice el guardia:

—No ocurrirá más.

Pero luego resulta que el guardia ha visto operar al raterillo y no ha querido enterarse.

En una explanada algo apartada del barrio encuentra el guardia al raterillo.

Este tiene unos quince años. Es vivo y saltarín.

Dice un niño sentado cerca de la sin par Julieta:

—Cuando ese tenga veinticinco años será una especie de Douglas Fairbanks y no hará papeles de ratero, sino que será capaz de vencer a una cuadrilla de cow-boys y para trenes.

El ratero se disculpa, pero el guardia le interrumpe:

—¿Ya te han despedido del garaje?

—Total porque hice circular unos litros de esencia y los vendí.

—Eres un demonio.

A lo lejos se ve el consabido andamiaje que aparece en todas las películas.

—Eres un demonio... Y me estáis comprometiendo.

—¡Quiá!

—Me buscáis la ruina. ¿Por qué no trabajas como Eduardo?

—Eduardo gana cuatro dólares cada día de mecanógrafo.

—Y tú sólo ganas algunos centavos con la mala vida.

El guarda da un tirón de orejas al ratero. Este se aleja.

Corre.

El guarda mueve la cabeza...

Luz. Terminó el capítulo.



Sigue el segundo. El mismo barrio y el mismo guardia.

¡Qué acciones más meritorias las del policemen! No detiene a ningún ratero.

Al contrario: les busca trabajo y les recomienda. Algunas veces le hacen quedar mal, pero el guardia erre que erre.

Se ve que no ha nacido para guardia. Hasta busca novias a los descuideros. Es el padre de ellos y les va llevando al camino del trabajo.

En cambio los otros barrios tienen policías acometedores y cada día aumenta el número de rateros, descuideros, espadistas, borreguistas y carteristas.

En el barrio de nuestro policeman los rateros van disminuyendo.

A uno le hace entrar en un taller. A otro le da unos centavos para que coma.

No maltrata ni detiene. El día que no está de servicio va al campo con él un grupo de raterillos. No son, por cierto, chicos desmayados. No están inapetentes, no. ¿Qué van a estar?

El policeman trina contra los intermediarios que explotan a los ladrones y contra los carniceros que dan gato por liebre.

Hace el bien a manos llenas y no para hasta ser un padrino bonachón que les ayuda a trabajar y les enseña.

Pero la Jefatura llama al guardia.

—Es usted un agente inactivo. ¡A ver, secretario! ¿Cuántos detenidos ha traído en el mes último?

—Dos dueños de tiendas de ultramarinos por dar menos peso.

—¿Dos?

—Y el mes anterior tres compradores de gangas.

—Es usted un policía absurdo. Queda usted licenciado.



El tercer episodio ha sido corto y triste. En el barrio hay otro policía intemperante y agresivo. Los rateros aumentan.

El buen policeman está triste, muy triste.

Acuden a su casa los regenerados. Uno le lleva dulces. Otro le quiere sacar a paseo en un auto que dirige a las mil maravillas, haciendo cabriolas y jugando con el volante.

El buen policeman está triste, muy triste. Ascende el sucesor porque hace detenciones.

Y queda solo el buen policeman. Va para viejo. Está triste, muy triste. Pero su tristeza es más buena y hasta más alegre que la del sucesor.

Aunque ascienda y vuelva a ascender. Eso es.



Otra película.

En un jardín de San Francisco de California ocurre algo desusado: un motín de niños.

¿Contra quién va la manifestación?

Por el pasillo del cine grita un chiquillo:

—¡Caramelo... los!

En la pantalla se ve un hormigueo de niños. ¡Qué cuadro! Allí no hay autos. Nadie se cae. Nadie tropieza con un árbol.

Los chicos están celebrando no un mitin, sino un motín. ¿Contra quién?

El pequeño vendedor de caramelos del pasillo grita:

—¡Caramelos y bombo... nes!

La escena se anima.

Dice un chico de los del motin:

—Debemos unir nuestra protesta contra los padres.

Un grito unánime:

—¡Abajo los padres!

El orador se crece y exclama con acento tribunicio:

—Dicen que nos quieren y se comen casi todos los dulces. Nos reservan las sobras y encima no nos dejan salir más que a ciertas horas, como si no fuéramos unos hombres. Propongo una huelga de brazos caídos. Si no da resultado iremos a la huelga del hambre y al motín, o, mejor dicho, al motín y a la huelga del hambre, o, mejor dicho, sólo al motín, porque triunfaremos.

—Pido la palabra.

—Previa.

—Eléctrica.

—¡Compañeros! Entre nuestras reivindicaciones debemos incluir el derecho efe ir todas las tardes al circo.

—Tiene la palabra el de la previa.

—Pido que se nos deje ir solos.

—Tiene la palabra el que la pidió primero.

—Pues pido que se nos deje ir como nos dé la gana: solos o acompañados y cuando queramos.

—Una voz:

—Alusiones, no. El compañero trata de tergiversar...

—Yo no trato de tergiversar nada. Quiero la libertad del sexo débil.

Todos.

—¡Viva el sexo débil!

Una voz:

—¡Viva la libertad de romper los relojes, las plumas estilográficas y los invernaderos! ¡Viva la libertad para todo!

Y se hace luz. ¡Qué lástima!



Otra película.

Barcos. Escuadras. Fiestas. Deportes. Más fiestas. Más deportes. Más fiestas...

El chico del pasillo continúa gritando:

—¡Caramelos y bombones!

De todo esto tan alegre se deduce que algún chico no podrá comprar bombones.

El chico del pasillo sigue gritando. Remoquete, burla...

—¡Caramelos y bombo... nes!

El público va desfilando.

—¿Cómo se va la gente sin comprar bombones? Porque ese hombre gordo como un globo, lleva cadena de reloj y seguro que tiene muchos duros.

Estas palabras son de la sin par Julieta.

La pareja se va. Quinet deja a su novia a la entrada del barrio.

Al día siguiente han de encontrarse otra vez.



Quinet llega primero. Diez minutos después aparece la sin par Julieta sin mantilla ni sombrero, menuda, llena sin exceso, bien compuesta, pero no mejor que ayer, un poco más seria de lo que Quinet desea.

—Julieta, mecanógrafa.

—Quinet, abogado.

Así se presentan con desparpajo cada vez que se encuentran.

—¿Quiere usted que vayamos hacia Rosales, Julieta?

—Rosales está muy lejos.

—Volvemos cuando usted quiera.

—Bien.

Ya están en la rampa. En la rampa de Caballerizas.



—Recibí su carta. No la contesté antes porque tenía mucho que trabajar.

—La contestación ha sido para mí muy agradable, ya que ha tenido la bondad de concederme otra entrevista. Gracias.

—De nada.

—Perdón, Julieta; de mucho.

—No es un gran favor ni un gran desengaño. El desengaño vendrá después cuando sepa que he tenido un hijo. Se lo digo porque es verdad y por anticiparme a la portera.

Quinet no podía esperar un latigazo semejante. Queda herido. ¿Por qué? Por el pecado original nada menos. Julieta comprende que debe seguir hablando:

—Es costumbre callar la verdad, pero yo prefiero decirla. Es costumbre también atribuir al hombre el papel de engañador, pero yo declaro que a mí no me engañó ningún hombre ni fui víctima de nadie.

—Es un caso muy original el suyo, Julieta.

—Y muy poco recomendable.

—No digo tanto.

—Lo dirá usted luego y sería peor. Creo que no tengo derecho a hablar¹ del seductor, porque no fue seductor, sino seducido, como ocurre casi siempre, y además porque está muerto. Ni caí ni me levanté. Quise vivir, sencillamente, y como esto ocurre igual en Bilbao que aquí... Usted, ¿por qué se ha fijado en mí? Pues deseando que, después de unas cuantas escenas convencionales —y no digo que el argumento es convencional— acabemos viviendo juntos. Me lo dice usted con otras palabras en sus cartas, sin conocerme...

¡Qué sinceridad tan dolorosa para Quinet, convencido hoy más que nunca de que el amor es envolvente y pérfido!

¡Encontrarse de pronto frente a una mujer que no hace remilgos ni pregunta nada y además que no es virgen ni se cree condenada y que gana la vida!

Casi sin aliento, dice Quinet:

—Sentiría que usted... lamentaría que...

—No lamente nada, por favor. Acaba usted de tropezar con un chasco tremendo. Se desvía y en paz.

¿Qué partido adoptar ante aquella joven que pregona lo que otra llamaría su deshonor, con la misma soltura que escribe a máquina o toca una página de Mozart, aquella página que tantas veces oyó Quinet en la Ciudad Mudéjar? ¡Oh, inutilidad del aprendizaje de mirar! ¿Qué lecciones se aprenden mirando que puedan servir para adoptar una posición de nadador?

El filósofo se halla en peligro de naufragio y no aprendió a nadar.

Afortunadamente pasa un tranvía. Julieta ve que aquel tranvía puede ser salvavidas del náufrago.

—Se va usted en ese tranvía y yo me llevo a casa de una amiga que vive ahí cerca.

—No puedo consentir...

Palabras de filósofo.

— ¡Váyase!

Palabras de enojo, un poco doloridas.

Todavía caen sobre el filósofo otras frases.

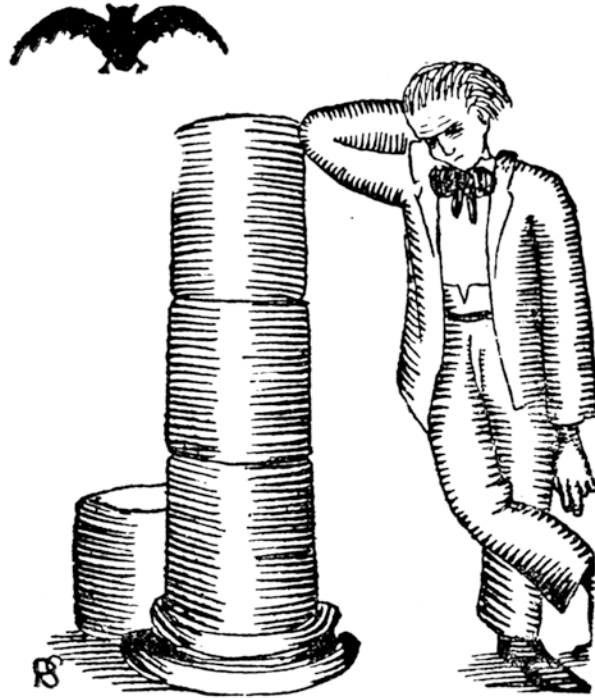
—No me crea usted desvergonzada. La desvergüenza está en no ser leal, en mentir.

—Adiós, Julieta.

—Adiós, Quinet.

El tranvía actúa de salvavidas.

Julieta sonrío.



Desenlace

—He sufrido muchas torturas y muchas dudas, Rodela. —Pero no tienes derecho a llamarte héroe y ya se dijo que sólo los héroes tienen alguna opción a la tristeza.

—Los héroes lo son algunas veces sin sospecharlo.

—No me vengas con pretensiones. No es tu caso, Quinet. Algunos hombres creen que todos sus errores pueden transferirse al infinito y justifican sus equivocaciones y sus malos pasos diciendo que como aspiran a cosas infinitas, ya tienen bastante, pero la ruta hacia el infinito es también infinita. En cambio las etapas son limitadas y comprobables. Si a los veinte años se aspira al infinito y a los cuarenta se sigue profesando la misma aspiración sin haber hecho

más que roncar y llenar las funciones automáticas del organismo, el aspirante al infinito no tiene nada de idealista.

—Entonces hay que marchar con la primera caravana que pase.

—De ninguna manera. Si hay un sofisma de caravana disciplinada, el disciplinado por temperamento se unirá a los disciplinados. El indisciplinado y subversivo dejará pasar la caravana. Pero si la indisciplina es una cosa reglamentaria y sectaria, el individuo no estará solo y buscará a los indisciplinados retóricos como él. En vano intentarán los disciplinados y los indisciplinados de cualquier clase situarse en grupos que desentonen y se lleven mal con su propio mundo interior. El conformista irá con los conformistas y obedecerá a los jefes incluso para lances que han de venir. Carecerá de temperamento propio y aceptará uno cualquiera de recambio. El indisciplinado por disciplina se unirá al grupo reglamentariamente indisciplinado y aceptará la disciplina de la indisciplina. El hombre normal no aceptará ninguna posición preconcebida y se permitirá la libertad de obedecerse él mismo. Creo que tú profesas la disciplina de la indisciplina, a pesar de tu filosofía. Lo que tú eres no lo sabes tú mismo, aprendiz de mirar. La sin par Julieta, a la que quieres mucho y consideras inferior porque no duda tanto como tú, ni enmaraña las cosas sencillas con pretensiones trascendentalistas, te enseñará a escribir a máquina. El amor tiene tres fases precisas y sucesivas, tres épocas distintas. En la primera, la mujer observa con el rabillo del ojo y quiere apercebirse de que el hombre es un dominador de sí mismo; no transige en nada de lo que el hombre inventa para quererse dominar sin poder, ni cede más que por motivos ajenos al amor mismo, ni transige con nada. Su gusto es dominar a un dominador y no a un instrumento. Cuando ella domina, empieza a pedir pruebas; es un escarceo, un forcejeo atractivo y como procurado al descuido;

se trata de darse por vencido en pequeñas concesiones tales como el color de una corbata o la prestancia de un sombrero. A esto llaman conflictos los dramaturgos. Si el hombre que ha vencido en la primera época se deja vencer en la segunda, el amor se fortalece y se eterniza hasta el extremo de durar tres o cuatro semanas.

—Eres la negación más negativa que conozco. ¿Cómo has podido cambiar así?

—No soy ninguna negación; me limito a descontar ilusiones creyendo que los pesimistas son algo. Así como las clases pasivas de la vida. No hay nada tan triste y pesimista como el optimismo real disfrazado con frases de cansancio y desaliento. Creo que los hombres no se guían por ideas sino por instintos. En las ideas se ha querido empadronar a los hombres y en el instinto a la mujer, pero hombres y mujeres viven y obran por instinto. Los partidos y las escuelas responden al instinto. Tal o cual antipatía que se explican en el teatro y en la literatura, en el casino y en el periódico, no tienen más fundamento que el instinto. Entre conservadores y liberales ingleses no hay diferencia de procedimientos y menos de ideas. Lo que hay es un pugilato para vestirse mejor. Los dramas y las novelas no son más que declaraciones privadas que se desarrollan igual que los catarros. El novelista de las tanguistas quiere ser niño mimado de las tanguistas y si hay una de ellas que araña en su corazón provocando cosquillas cardíacas, saldrá en la novela arañando o haciendo cosquillas cardíacas a un joven que pinta o hace versos o se dedica a dirigir una central eléctrica, por que los novelistas montan toda una central eléctrica antes que los mecánicos.

—¿Y no se salva nada de tu acometividad?

—Se salva la pasión y el frenesí a condición de que no sean teatrales, a condición de que sean privados, resueltos y dinámicos. La política es una cosa privada dominada por el instinto de las mujeres. ¿Quién dirás que resolvió el movimiento revolucionario de Italia cuando los trabajadores ocuparon los talleres en 1920? Pues la hija de Giolitti, que era quien en realidad presidía el gobierno, como aquí lo ha presidido la querida de algún figurón. Aquella muchacha inspiró a los atribulados varones una solución: la de conceder a la técnica calificada y adherida al capitalismo la infalibilidad necesaria para fallar el pleito. Una vez más fueron víctimas los obreros de su credulidad y millones de hombres se dejaron dominar indirectamente por una mujer. En realidad les faltó instinto y pasión, porque estos dones no se practican en la vida privada y corriente.

—Lo conveniente será, según tú, que no se oxide el instinto ni se apague la pasión; que en la vida de relación haya algo más que molestias y rutina.

—Exacto; por eso desprecio a los redentores tan aficionados a manejar la vida colectiva mientras su vida privada es un desierto, una caverna o una cuadra, aunque esté decorada con tapices y estatuas.



Quinet ha reservado ante Rodela su reciente desilusión.

Al tenerse ahora por desdichado, sus palabras adquieren una profundidad completamente trágica. No es un desdichado cualquiera atosigado por desdichas dispersas.

¿Sabrá algo la portera? ¿Qué diablos había en las palabras de Julieta, más seductora en el preciso momento de confesar su caída?

¿Qué hacer después de la vergonzosa escapatoria? ¿Dejar para siempre un amor imposible? ¿Y por qué imposible?

—Es muy fuerte ser padrastro —piensa Quinet—. Padrastro de una criatura que será maravillosa...

Empiezan las dudas de Quinet, la matización de las dudas, el retorcimiento de ellas... ¿Se atreverá a insistir?

Dejemos al aprendiz de mirar buscando un poco de audacia en su tenebrario perpetuo y copiemos unas cartas de la sin par Julieta, dirigidas a cierta amiga ausente.



«Mi nene es un botarate. No está nunca enfermo. Yo quisiera que tuviera algo para cuidarle, porque las madres somos más madres cuando estamos en nuestro papel de enfermeras. Que tuviera algo insignificante...

A causa del nene he perdido un novio del que oigo grandes elogios aunque me parece que no los merece mucho. Cuando supo que yo tenía un hijo casi se desmayó y tuve poco menos que ayudarle a subir al tranvía.

No le he vuelto a ver. Vive frente a mi casa. Parecía siempre muy preocupado, y cuando se reía necesitaba pensarlo un par de horas. Es huérfano, pobre y trabajador. Me dijo la portera que era periodista. Le vi media hora escasa, tiempo sobrante para darme calabazas. ¡Habrà desgracia más grande que la suya!»



«El nene me mira, cuando escribo a máquina, con ojos de agradecido. Por él dejaría yo a todos los hombres habidos y por haber. ¡Pobrecillo!

El pretendiente de que te hablé días pasados ha desaparecido del barrio. ¿Qué será de él? ¿Busca algo que no halló en mí? ¿Se acuerda de la desagradable y callejera entrevista que tuve con él?

Sea lo que fuere me voy a jugar con mi nene.»



«Soy una entusiasta del arte ruso. Estoy estudiando unas Marionetas de César Cui al piano y combino colores viejos para vestir a mi nene como un monigote estilizado de ballet. Creo que acertaré.

Me acuerdo del desconocido con cierta simpatía. ¿Qué será de él?»



Quinet conoció en una verbena —a la que fue casi por fuerza— a una de esas chicas que hay que amar casi por fuerza, porque van pregonando su simpatía por las calles con aire jacarandoso y juegos de miradas.

No amar a una de esas chicas sería agravio personal. Si su simpatía es ruidosa, también es verdad que el ruido supone casticismo.

El casticismo de aquella chica verbenera no hacía más que hundir a Quinet en profundas cavilaciones.

Pensaba en la sin par Julieta con verdadera melancolía. Quería aturdirse. ¿No es sabido que cuando un amor intenso se malogra, el galán se arroja a los amoríos de verbena? ¿No es cierto, por otra parte, que hay chicas en la verbena para todos los gustos, como

aquella amiga de Quinet, a la que había que admirar y querer por fuerza?

Un organillo y unas botellas de manzanilla preparan el castizo escenario. Pero aquella era una verbena bien: la verbena del Carmen en Chamberí. Había que aturdirse y olvidar los desengaños. No está bien probado que el humo de aceite hervido cure nada; pero, en fin, parece que es lo más indicado en la clásica España para aliviar la tristeza.

Quinet transige con la verbena. Quinet bebe y se torna locuaz. Hasta toma un coche en compañía de dos desconocidos de la casa de huéspedes, esos dos conocidos que todo el mundo desconoce mientras vive en Madrid y que se encuentran en cualquier parte haciendo alardes de amistad y sin llevar suelto.

—Iremos a buscar a Rosarito y a sus dos hermanas. ¿No le parece a usted?

—Vamos donde ustedes quieran.

Quinet es un hombre de acción. Sospecha que tendrá que amar por fuerza y beber por fuerza. Oirá todos los chismes de vecindad que le quieran contar. Es probable que le lleven a la Comisaría, al hospital o a una casa de citas. No importa. Quinet está decidido a ser hombre de acción.



Rosarito y sus dos hermanas suben al coche. ¡Olé! Hay que madrileñizarse. El señor conocido número uno tiene el labio caído y

la cabeza braquicéfala. El señor número dos mira como un sapo azarado. ¿Y qué? Van a distraer a un moribundo y se permite todo.

Rosarito es una corista delgada y zalamera. Se pinta muy mal. ¿Qué importa? Quinet está decidido a ser un hombre de acción. ¡Cómo se divierte! Sin que Rosarito hable, dice de pronto Quinet:

—Usted me convence, Rosarito.

—¿De qué?

—De tó.

Dice el señor conocido número uno:

—¡Ay qué gracia!

Quinet se crece.

La verbena está en sus momentos más típicos. El coche da vueltas y más vueltas. ¡Olé!

Mantones, pencos de ambos sexos, estudiantes, viejas con la falda hasta las rodillas, más chicas a las que hay que amar por fuerza...

Dice Quinet:

—Rosarito, usted me convence.

—¿De qué?

—De casi tó.

Dentro de dos horas Rosarito no convencerá a Quinet de nada. Por consiguiente hay que apresurarse. El señor conocido número dos propone una cena.

Todos aceptan. Piensa Quinet:

—Tendré que pagar.

Se consuela en el acto y grita:

—Cena y postres.

Rosarito calla.

Quinet interroga:

—¿No hay conformidad en lo relativo a los postres?

Rosarito dice:

—¡Eres más barbián...!

El señor número uno y el señor número dos hablan bajo con las dos hermanas de Rosarito.

Quinet paga la cena, que es muy castiza porque no se puede comer de salada que es.

—Rosarito, usted me convence.

—¿De qué?

—De casi ná.

Las tres parejas se van cada una por su lado.

La juerga termina en una habitación alquilada. Quinet es un hombre de acción.



El español-tipo no es silencioso ni sencillo. El señor conocido número uno puede figurar en una cabalgata a título de rufián o de quejumbroso.

Tampoco es inteligente ni avisado. El señor conocido número dos ignora la historia viva de su país y en absoluto si es profesor.

Tampoco es educado ni comprensivo, y razona con los puños. El señor conocido número tres goza de un humor siniestro.

Faltó en la juerga el señor conocido número tres, fue el que lanzó a Rosarito: uno de esos idiotas que se las traen.

El español-tipo es una de estas tres cosas: vanidoso, ignorante o cruel.

Quinet no representa nada. A lo sumo es la representación de las almas en pena y además paga cinco cubiertos.

El español es vanidoso, ignorante o cruel.



Madrid, a tantos...

«El Madrid de los periódicos no es Madrid, querido Jusepe.

Sin contar las tertulias de los que pretenden y de los que vienen a pretender, Madrid cuenta muchos más habitantes que pretenden poco o no pretenden nada.

Entre éstos podría contarme yo.

Las disputas son entre blancos y negros. El dollicocéfalo, es decir, el señor de la cabeza de melón, discute con el braquicéfalo, que es el que tiene la cabeza de sandia.

Y no salimos de ahí ni llevamos traza de salir.

Sin palabras literarias, sin frases hechas, ni expresiones leídas, nos ha dado el hombre del pueblo un sentido personal. No está envenenado por descripciones falsas, intrusas, de memoria y receta. Puede comprender algo más que lo de segunda mano.

Comprendo que los novelistas y los pintores se copien, mientras el pueblo ve. Es el verdadero sujeto y agente de obras consistentes. Nosotros, en cambio, sólo vamos a los banquetes y a las medallas, diplomas y cintas.

El arte es cosa de calvicie viciosa, de inauguración y de discurso.

Aquel calvo ridículo que se apellida sólo Raspagneta y se hace llamar d'Annunzio, decía que «la variedad es la sirena del mundo», pero esa frase es tan de recambio como el apellido. La variedad no es sirena del mundo, sino motor del mundo.



—Nos divertimos mucho, Rodela.

—Que me place, Quinet.

—No hay otro camino.

—Pero, ¿y la sin par Julieta?

—Mejor será que no hablemos de ella.

—No sé por qué.

—Fué una noche bestial.

¡Horror! Ya aprendió Quinet la palabra que baila llevando reloj-pulsera, la tanguista de los aburridos, muertesita a la hora de beber y que está siempre de vuelta de todo.

—Eres hombre al agua.

—Soy un fenomenillo en eso de las juergas.

—¿Fenomenillo? ¡Fandanguillo! ¡Olé! Estás muy cambiado.

—Unas miajas.

—¿Y fue una buena noche?

—Se hizo lo que se pudo.

—¿Y eso es lo bestial?

—Lo bestial y lo fatal.

—¡Anda, salero!

—Es una verdadera joya. ¡Rosario, Rosario! Mi corazón está lleno de cuentas.

—¿Te será fiel?

—Hombre, creo que sí... Voy a leerte una carta que habla de sus párpados.

Quinet no resiste a la vanidad: es un fenomenillo. Se cree amado y quiere leer una carta que sin duda considera poética. ¡Cuidado! Es el camino del español representativo, un camino de flaquezas. ¿Fenomenillo, confiado y poeta de cama ocasional? ¿Las tres desgracias en potencia? ¿Las tres cosas infectas, insistentes y mezcladas una noche oscilante que fue una noche cualquiera?

El español es vanidoso, ignorante y cruel. Rosarito tiene tres manías que se cifran en lo que ella dice: Quinet es un tío con pasta.

Vanidad, crueldad, ignorancia... Pocos días después, traición y permanganato.



¿Cómo y por qué sintió Quinet encenderse en sus venas otra repentina primavera? ¿Cómo quiso buscar de nuevo a la sin par Julieta?

Nadie podría averiguarlo. Sus vueltas y revueltas de aprendiz de mirar iban a parar siempre ante el balcón de la mecanógrafa. Ella lo notó. ¿Qué hizo? Por lo pronto marcharse del balcón. Y después...

Después se puso a pensar. Sentada en una silla baja y pizpireta estaba. ¿A punto de soñar?

El disgusto de su panorama habitual, aquella calle con panaderías, pretendientes y tabernas, quedaba lejos. Quería una escena campestre, un árbol barroco y repleto, ondulante de tejido, cantor de céfiros y orgulloso de buena sombra.

Era el mes de las veredas floridas y todo hablaba de creación. Aquella tarde —porque era una tarde y una invitación— la sin par Julieta estaba al pie del árbol barroco y repleto.

Se sentía juguetona, pero ¿con quién? Con la blusa no, de ninguna manera. ¿Tendría que jugar con el aire? Mejor sería con el agua.

Era la atracción una manera de furiosa sed. Estaba sola y libre. Enardecida no sabía cómo ni de qué. Los jilgueros iban a beber a una fuente. La sin par Julieta quiso imitar a los jilgueros.

Bebía y tenía más sed. ¡Cómo nació el desnudo! No fue ella: fue el agua; el agua desnudó a la sin par Julieta mucho mejor que una doncella real.

El agua y el deseo que tenía el agua de poseer a la sin par Julieta. Ni miedo ni tacha en la posesión. No era la fuente raquílica, sino apretada en el chorro, como brazo de matrona.

Las líneas de aquel cuerpo no convergían en el útero. Parecían inclinarse y abombarse y hacer reverencias para sostener el cuello trigueño y la nuca llena de remolinos. La cabeza tenía lo que no hay en las reproducciones clásicas y luz de inteligencia en los ojos. El cabello retirado como fleco ceñido. Unas hebras a los lados, decorativas, un poco griegas, o mejor, un poco bilbaínas.

No se contemplaba la sin par Julieta en el agua, sino ojos adentro. De aquí que no estuviera envanecida de las picardías del pie, capaces ellas solas de llenar un libro de los más picaros.

Ni vió las redondelas aliadas y prietas que eran sus senos. Ni el ámbito de las caderas que podían sostener y vencer una porfía con las cántaras. Ni las manos que hacían ver lo claro del agua. Ni las piernas nada escurridizas ni insistentes, moldeadas sin lecciones de Fidias por un marino robusto del Pacífico, que era su padre y una mujer sanguínea que era la madre, hija de vaqueros de caserío. Ni la nariz un poco grande, la verdad.

La sin par Julieta se bañaba en el hoyo de la fuente, un tazón arbitrario con piedras redondas y grandes. El chorro, a medio metro del cuerpo un tanto requerido por lo chico del tazón, embestía a la mecanógrafa con porfía. La igualdad pesada de la fuente manaba sin mucho ruido y luego el arroyo murmuraba el escándalo.

Porque era un escándalo, un verdadero escándalo.

¿Y cuándo la sin par Julieta se levantó y sin correr ni andar a tientas volvió hacia el buen árbol?

¿Y cuando desnudó la mejor fruta del mejor frutal y la puso en su mano derecha para lanzarla o para ofrecerla?

A punto fijo no sabía qué hacer con la fruta. El baño había dado al cuerpo la flexible acción y el apetito de jugar, el deseo vago de ofrecer la fruta... ¿a quién?

Aquí se producía una ilusión vivaz y cálida, capricho y divertimento de los ojos: la escena se poblaba de gritos y de bebés. Dos reñían al pie de la sin par Julieta por alcanzar la promesa que ofrecía. Un bebé volaba con su flor en la mano y trataba de ganar la delantera, mientras otro tiraba de una serpentina y el más pillo jugaba al escondite con un retrechero tira y afloja de los ojos.

Todos eran hermanos ante la maternidad que se había producido de pronto ensanchando los trazos del desnudo sin deformación ni disimulo. ¿Saltaba la fruta de la mano

o se contenía allí para regocijo de los ojos bebés? No saltaba, no. El bebé volandero esperaba como sus hermanos la ofrenda y la madre gozaba un antojo inmortal: dar rabieta ai que vuela y al que se esconde, al que forcejea con la serpentina y a los que riñen. No quería preferir a ningún bebé. Que se ingeniaran ellos. La serpentina y el escondite, el vuelo y la riña tenían tal fuerza expresiva que hechizaban a la sin par Julieta. Todo hablaba de creación, y Quinet no tenía papel en el sueño porque el español es vanidoso, ignorante y cruel y porque no se queda ni se va a tiempo.



La sin par Julieta había tenido seis bebés de ilusión: los cinco truchimanes que acabamos de conocer y otro tan inventado como ellos.

Cuando volvió la mecanógrafa de su sueño se avergonzó un poco y precipitadamente se puso a escribir a máquina. En un folio hizo tres faltas.

En cambio al inventar el otro bebé en su conversación con Quinet no hizo ninguna falta. Parecía verdad. Era prueba digna de una historia picaresca si lo picaresco fuera en la historia lo de menos.

Quinet se aturdió. Pasó por la locura de Rosarito, que no soñaba en fuentes de agua viva, sino en esencieros. Quiso volver a requebrar a la sin par Julieta y ella cerró el balcón, pero poco a poco. Hubiera sido capaz Quinet de hacer una seña, la seña que sobra si el amor falta y que debe quedar inédita si el amor no falta.

Quinet volvió a su desilusión y a sus meditaciones. Se curó de los estragos de Rosarito y estuvo a punto de hacer el amor a una vecina que escribía novelas, cuentos cortos y crónicas con tesis feminista. No se decidió porque pensó que la novelista podría* tardar en morir.



—No has vuelto a hablarme de la sin par Julieta, Quinet.

—Tienes una manía de polea: siempre vuelves a pasar.

—Esa chica te conviene.

—¿Y el chico también?

—¿Qué chico?

—Pues el suyo.

—¿Hijo de la sin par Julieta?

—Si.

—¡Idiota!

—¿Cómo idiota?

—Ya te ha convencido la portera contándote alguna de las historias del barrio.

—Ni la portera ni el barrio intervienen aquí.

—Pues no lo entiendo.

—Me lo dijo ella misma.

—¿De pronto?

—Como un disparo.

—Entonces es mentira, porque las mujeres no se confiesan así. ¿A que resulta que el confesado has sido tú?

—Sería una broma pesada.

—Más pesado parecerías tú a la sin par Julieta. Te probó como a los melones.

—Pero, ¿sabes algo?

—Poco más o menos que no sé nada. Deduzco que sería una estratagema, porque las mujeres gustan —y los hombres— de complicar la cosa más sencilla con escenografía y misterios.

—Nada de claroscuro, querido Rodela: fue la verdad descarnada.

—Desnuda y brutal.

—Verdad de sálvese el que pueda, ¿no es eso? Pues te has condenado. Cuando vuelvas, te cerrará el balcón y hará bien.

—Ya me lo cerró.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y qué piensan hacer?

—Pedir aumento de sueldo en el periódico.

—No seas ganso. Te pregunto si tienes algún plan con respecto a Julieta.

—Acabas de decirme algo que me conmueve. ¡Si me hubiera engañado sería un atractivo más!

—Pero no te aceptaría.

—¿Quién sabe?

—Una virgen tan inteligente ha de ser ceñuda.

—O no.

El español es vanidoso, ignorante y cruel.

Rodela echa en cara a Quinet los prejuicios del pecado original.

—El único pecado original es la tontería. Has caído en una tontería gorda como un trueno. Es difícil que te escuche la sin par Julieta, porque cuando una mujer hace la cala...

—El amor es envolvente y pérfido.

—Ni una cosa ni otra, Quinet. Eres un teorizante del amor y te dejas confesar por la sin par Julieta, que no profesa ninguna teoría y se limita a descontar misterios y prejuicios. En ti, descontado eso, no queda nada. En ella queda el desengaño de haber comprobado tu cobardía. Probablemente su único hijo es un monigote de cartón,

aunque te dijera otra cosa. No te queda más que un recurso para convencer a la sin par Julieta.

—¿Un recurso?

—Sí.

—Arrepentirme si lo del hijo no es verdad.

—Y aunque sea verdad... Quiero decirte otra cosa.

—Habla.

—Debes raptar a la sin par Julieta.

—Antes de todo quiero saber...

—Quieres saber si es verdad lo del hijo... Quieres hacer el papel de policía, de espía. ¿Qué más te da si ella puede quererte?

—¿Y si ella no se deja raptar?

—Será que no te quiere y puedes darte por definitivamente derrotado.

—¿Y con qué cuento para sostener a la sin par Julieta?

—Esa es otra cuestión; no me parece difícil de resolver. Pueden concederte unos meses de plazo, pasar por el escándalo y raptar a la mecanógrafa. Todo menos ser policía o arrepentirte con palabras conceptuosas y torpes que no harán sino presentar más cruda tu absurda actitud con ella. No comprendo tus celos retrospectivos que son la espuma de siglos vanidosos, ignorantes y crueles, ni tus preocupaciones de novela. Vive, y vibra. Aprende a tener iniciativas y pasiones sin falsilla.

—Recetas me das.

- Lo contrario si acaso.
- Recetas y discursos.
- Si lo tomas a mal, callaré.
- Calla si quieres o si puedes.
- Adiós.



Y llegó el desencanto de la sin par Julieta previsto por Rodela.

He aquí la carta que contestó la mecanógrafa a Quinet:

«No esperaba sus palabras de reincidente y menos su espionaje. No merecía lo segundo porque si me he valido de una estratagema para alejar a usted ha sido también para probarle. La prueba, como se dice en las causas, confieso que ha sido bastante desfavorable. Primero dejó usted de decirme lo que pensaba de mi y se marchó; después pasa por todo sospechando que no va a tener que pasar por nada.

La verdad es que yo no tengo ningún hijo más que un muñeco de cartón del que hablo en las cartas a mis amigas como si yo fuera la madre. Creo que está bien sentirse un poco madre antes de serlo. Me complace jugar con bebés que sólo existen en mi imaginación. Los invento como puedo. Y si el sueño hubiera sido realidad ¿iba usted a desdeñarme? Seguramente.

Permita que termine esta carta sin la expresión de agradecimiento que me complacería más. Si la lectura de novelas sirve para reflejar la sensibilidad que usted ha demostrado, le aconsejo que se dedique a novelista. Tendrá muchos lectores aunque pase de largo,



Quinet fue tímido en la Ciudad Mudéjar, en la Villa de Segundones y en el episodio de la sin par Julieta. Su aprendizaje de mirar se refinaba en un microscopio y descubría sólo que todo puede reducirse a miniatura.

Excepcionalmente fue hombre de acción y se entregó al vicio disgustado y ocasional.

Pero no era ésta la acción conveniente. Con Julieta reprodujo su timidez y fuera de sí, encontró sólo un consejo de Rodela: el rapto.

¿Por qué el amor ha de ser timidez o rapto? ¿Es el amor un péndulo con dos únicas fases? ¿No podrá buscarse el amor fuera del estallido sensual, de los raptos y de las novelas y fuera también del horario de Quinet destinado a llegar siempre tarde y a correr en busca de un reloj que no se retrase?

La melancolía es el epilogo de esta primera juventud de Quinet.

La melancolía de Quinet, sin embargo, es literaria.

Vedla en las preocupaciones interminables de los autores dramáticos obsesionados por un caso que no es caso, en los amores diluidos en tres actos, en los que hacen oposiciones para ganar una plaza sin ganarse ellos, en las contrariedades inventadas para alargar el capítulo o la película, en la vida de relación reseca y dura o flexible como merengue, en la persistencia de vanidad, ignorancia y crueldad.

Quinet debió seguir la conducta que le enseñara su padre y alternar sus preocupaciones con el juego de pelota y el trabajo

directo y esforzado. La actividad sanguínea de un pelotari, que necesita resolver sus hazañas repentinamente, puede enseñar decisión, y ésta repetida, requerir y justificar el acierto. Y lo mismo el trabajo manual.

Política y amor: raptó o timidez. La sin par Julieta pálida, con ojeras y desengaños, desvanecida y apuñalada por una turbamulta de vanidosos, ignorantes y crueles, soñando y teniendo que volver a soñar.

La fuente eterna manando en vano, cegada por las hecatombes y los banquetes de Camacho el Rico a los que van invitados poetas de festival y autores de melodramas.

En un campo desolado y glacial el preocupado gimiendo. Julieta, la Virgen Ceñuda cara a la muerte, cara a la muerte, cara a la muerte...

FIN



ACERCA DEL AUTOR

Felipe Aláiz de Pablo (Belver de Cinca, Huesca, 1887 - París, 1959) fue un escritor y periodista anarquista español.

Estudió en Lérida, Huesca y Zaragoza, donde se inició en las letras y dirigió durante dos años *La Revista de Aragón* (Zaragoza, 1914). Se dedicó al periodismo militante desde muy joven y para toda la vida. Aláiz fue profesor de literatura en el Liceo Escolar de Lérida.

En este centro de enseñanza coincidió con otros jóvenes maestros como Joaquín Maurín y Víctor Colomer.

Invitado por José Ortega y Gasset, colaboró en *El Sol* de Madrid. Allí circuló por la bohemia literaria y acompañará a Pío Baroja y Eugenio D'ors. Hay ciertas dudas sobre cuando tomó contacto con el mundo libertario pero quizá se produjo en Tarragona; poco después inició

una etapa en Barcelona donde codirigió *Revista Nueva* y escribió en la cárcel el libro *Quinet*.

En la época del pistolero realiza múltiples trabajos de traducciones editoriales.

Ya durante la Segunda República colaboró en *La Revista Blanca*, en la que tradujo textos de Max Nettlau.

Su auténtica vocación fue el periodismo y en concreto la crítica, paradigmático de esto es el que considerara la anarquía como una actitud en cualquier régimen; consideraba que el oficio periodístico era suficiente para llenar una vida activa y colmarla, de ahí su ausencia de obra estrictamente literaria.

Se le podía considerar un hombre llano, campechano, a pesar de su gran cultura y talento literario, detestaba los círculos distinguidos, la etiqueta y la pedantería, que pudo brillar con fuerza en la intelectualidad española pero decidió permanecer al lado de los humildes.

Fue colaborador, cuando no director, de las más importantes publicaciones, y sufrió por sus artículos innumerables multas, encarcelamientos y persecuciones hasta su exilio en Francia, en donde vivió sus últimos veinte años. Falleció en París en 1959.